

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

Personas en situación de calle o sin techo:
privaciones diferenciales y trayectorias

Gabriel Chouhy
Tutora: Verónica Filardo

2006

GRACIAS...

a mi papá, mi mamá, y todos los que me conocen:

a adriana por aguantarme la cabeza y bancar toooooodas las histerias conocidas y por embellecer con su literatura el gris espanto color rutina...

a mi generación (y no tanto): el boli, lucía, el gallego, marianita, el pieri, el tudu, el nacho, el pablo, la goñi, el llanes, el porteño, la meli, el santi y muchos otros "el" y "la" que ahora no me acuerdo y que espero no se ofendan por no incluirlos...

a los pendex del murito: el sueco, daniel, el pollo, luciana, cecilia, lucía, florencia, maría...

a mis compañeros de trabajos: al gallego (otra vez), laura, pedro, emiliano, carlos, marcelo, martín, leticia, leticia, cristina, maría, andrea y cia...

a mi hermana por las ideas y la edición, a lorenzo y gloria por poder escribir esto, al chouny por ser mi hermano preferido, a los chouhyses y algortas todos...

a rodrigo por fumarse el quilombo, a zoppolo por sus "expandidas muestras" de solidaridad, a gonzalo porque algún día...

a los vagos de mi casa por la insoportable música y el infumable olor del baño: charly, seba, the nigger man y los demás atorrantes...

a verónica por la cabeza que le puso y sobre todo por leer hasta la última coma...

a los politólogos por convencerme de estudiar sociología...

a los ciencias sociales que algún día tendrán una facultad...

/INTRODUCCIÓN 3

/SECCIÓN PRIMERA: LAS NOCIONES TEÓRICAS 5

- 1.1 Una traducción interesada: homelessness y “situación de calle” o “sin techo” 5**
 - 1.2 La mirada: dos dimensiones relevantes 7**
- 1.3 La integración categorial: el campo de las privaciones residenciales 11**
- 1.4 Vulnerabilidad social y privaciones diferenciales 16**

/SECCIÓN SEGUNDA: EL OBJETO 20

- 2.1 El problema y las preguntas de investigación 20**
- 2.2 la hipótesis 22**

/SECCIÓN TERCERA: LA ESTRATEGIA 24

- 3.1 Sobre las fuentes de datos y el diseño muestral 24**
- 3.2 Sobre las variables a utilizar 26**

/SECCIÓN CUARTA: LOS HALLAZGOS 34

- 4.1 La descripción 34**
- 4.2 La predicción 44**

/SECCIÓN QUINTA: CONCLUSIONES 48

/ANEXO: LIMITANTES A LA VALIDEZ DEL MODELO 52

/BIBLIOGRAFÍA 54

INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre pobreza y exclusión social han experimentado un desarrollo importante en los últimos años en nuestro país. Sin embargo, poco se ha focalizado la atención en algunos fenómenos que registran formatos específicos en la articulación de diversas privaciones. La “situación de calle” o “sin techo” es uno de estos fenómenos. A pesar de su escasa importancia cuantitativa, esta particular situación de privación despierta gran atención en los medios de comunicación, y es socialmente reconocida como una de las versiones más problemáticas de la exclusión social. Es que más allá de la pobreza de ingresos o la precariedad laboral, la carencia de un lugar estable, seguro y privado para vivir y entablar relaciones es percibida como la expresión aguda y generalizada de un conjunto amplio y diversificado de privaciones humanas. En este sentido, algunas investigaciones recientes (Ciapessoni, 2006) muestran cómo la “situación de calle” o “sin techo” puede ser considerada como la manifestación más extrema de la desafiliación social (Castel, 1997). Ya no se trata de vastos contingentes de población sometidos al riesgo del desempleo y la insuficiencia de ingresos. Tampoco la segregación socio-espacial o la proliferación de asentamientos irregulares en la periferia de las ciudades abarcan enteramente el fenómeno. Más que a una cuestión de cantidad, el fenómeno alude a un pequeño número de individuos socialmente vulnerables a la acumulación de privaciones, muchos de ellos con trayectorias caracterizadas por la presencia persistente y reiterada de la exclusión residencial.

Precisamente, esta investigación trata sobre las personas con privaciones residenciales agudas —habitualmente denominadas en “situación de calle” o “sin techo”— poniendo especial acento en las privaciones y trayectorias que las caracterizan. Ahora bien, es preciso alertar desde el inicio sobre el vacío explicativo que dejará esta investigación. No se pretende

aquí desarrollar un análisis sobre las causas generales que pueden explicar la “situación de calle” o “sin techo”. En este sentido, se asumen como dados los determinantes “macro” y “micro” de la pobreza, ampliamente debatidos (y muchos de ellos consensuados) en la academia nacional e internacional. Indudablemente, las transformaciones en el mundo del trabajo, el repliegue de los regímenes de bienestar, y las “revoluciones ocultas” producidas al interior de la familia han modificado la estructura de riesgos, con sus efectos evidentes sobre la matriz de integración de las sociedades. Tampoco puede obviarse la creciente tendencia a la fragmentación del tejido urbano, que supone la distribución cada vez más desigual de las clases sociales en el territorio, con su correlato en el debilitamiento de las pautas de convivencia e interacción entre sectores sociales. Todos estos elementos deben ser especialmente ponderados en la búsqueda de explicaciones sobre la pobreza y la exclusión social en general. Y por supuesto, la “situación de calle” o “sin techo” no escapa a los efectos producidos por estos procesos. Se parte entonces de la base de que las causas de un fenómeno como el que aquí se considera deben ser buscadas en procesos sociales que trascienden la dimensión estrictamente individual.

No obstante, estas cuestiones no son materia central en la presente investigación. Sin negarlas, el trabajo pretende introducir un enfoque diferente, de alcance menor, pero que supone una distinción cualitativa respecto a una mirada que, como consecuencia de su abordaje global, se detiene excesivamente en la evidente uniformidad de los rasgos distintivos de la pobreza y la exclusión, olvidando la consideración de las heterogeneidades propias de diferentes categorías de privación. Más que identificar los rasgos que diferencian a las personas que están en la calle de aquellas que no lo están, la investigación buscará definir con precisión la naturaleza del objeto en cuestión,

con miras a reticularlo, hacer estallar sus diferencias, y delimitar así un espacio desde donde evaluar la distribución diferencial de sus privaciones.

Son objetivos generales de este trabajo: 1) estudiar la distribución de las privaciones de las personas en “situación de calle” o “sin techo”, y 2) conocer el modo en que estas se articulan a diferentes perfiles de trayectoria. Para ello, se propone como objetivos específicos: a) construir una clasificación tipológica de las personas en situación de calle o sin techo en función de las distintas dimensiones de privación; b) diseñar un marco de análisis de las trayectorias en base a una matriz multidimensional de riesgos (eventos negativos o rupturas) ocurridos en el pasado; y c) proponer un modelo que asocie las distintas clases de trayectorias y privaciones. Se espera con ello profundizar el conocimiento acerca de las privaciones residenciales en general, y la “situación de calle” o “sin techo” en particular, así como aportar desde la investigación académica nacional al debate internacional sobre la “exclusión residencial” (housing exclusion) y el “sin-hogarismo” (homelessness). Naturalmente, es también un resultado esperado contribuir a la generación de políticas públicas en el área, mejorando la calidad de las estrategias de atención y reinserción de las personas en “situación de calle” o “sin techo”.

El trabajo se divide en cinco grandes secciones. En la primera se presentan las principales nociones teóricas y se realizan una serie de desplazamientos conceptuales encadenados que permiten construir el objeto de estudio y formular las preguntas de investigación. Con miras a evitar la asunción de una definición única y excluyente, se revisa la noción “situación de calle” o “sin techo” a partir de los distintos elementos (teóricos y metodológicos) implicados en el término inglés *homeless*. Seguidamente, se introduce una mirada que, rescatando las dimensiones temporal y residencial, habilita un abordaje dinámico y multidimensional del fenómeno. Luego se intenta una integración categorial que hace foco en el campo de las privaciones residenciales y en su necesaria articulación, en clave dinámica, con otras dimensiones de privación. El último apartado de esta sección realiza un balance crítico sobre el enfoque de la vulnerabilidad social para centrar definitivamente el objeto en la cuestión de las privaciones diferenciales de las personas en “situación de calle” o “sin techo”, y su asociación a distintos perfiles de trayectoria.

En la segunda sección se presenta el problema de investigación, y se formulan

preguntas orientadas a la identificación de distinciones relevantes en los perfiles de las personas en “situación de calle” o sin techo”. En este sentido, se interroga respecto a si las trayectorias de los individuos resultan significativas en la determinación de estas diferencias, y se propone indagar respecto a otros atributos que las caracterizan. Con el objetivo de precisar con claridad cada uno de estos perfiles, se fundamenta la inclusión de dos dimensiones: la inserción laboral y el capital social. Se enuncian también una serie de hipótesis que orientan la consulta de la información disponible, y que a su vez permiten precisar con claridad las fronteras del espacio evaluativo desde donde calibrar la consistencia de los hallazgos.

En la tercera sección se abordan dos cuestiones metodológicas. En primer lugar, se indican las principales características tanto de los datos como del muestreo estadístico utilizado. Así, se detallan brevemente los rasgos centrales de la encuesta sobre la cual se procesa la información, y se informa respecto a las complejidades del diseño muestral. En segundo lugar, se presentan las principales variables que conforman la base empírica para el análisis de las privaciones y las trayectorias.

La cuarta sección presenta y analiza los hallazgos más sustantivos de la investigación. En una primera instancia, se describen (mediante tabulaciones cruzadas) las categorías de personas en “situación de calle” o “sin techo” especificadas en la sección metodológica, y se estudian las trayectorias correspondientes a cada una de las cuatro categorías. En segundo lugar, se ajusta e interpreta un modelo de regresión logística que permite calibrar, para un individuo que se encuentra en “situación de calle” o “sin techo”, la incidencia de las trayectorias en la probabilidad de inclusión a las categorías extremas de privación.

Finalmente, en las conclusiones, se discuten los resultados a la luz de las preguntas de investigación y las hipótesis formuladas. En primer lugar se repasan las características generales de la población bajo estudio, se contrasta cada una de las hipótesis específicas y se construye una tipología de las personas en “situación de calle” o “sin techo”. En segundo lugar, se discute la hipótesis general realizando una serie de simulaciones, según los resultados arrojados por el modelo de regresión logística. La reflexión final realiza un balance crítico respecto a las posibilidades de ampliación y alcance de la investigación.

SECCIÓN PRIMERA:

LAS NOCIONES TEÓRICAS

Romper con las nociones del sentido común es, con independencia de la naturaleza contingente del objeto y tema de investigación, un imperativo ineludible de cualquier empresa sociológica con pretensiones ciertas de cientificidad. La deconstrucción de las categorías de uso cotidiano destinadas a su utilización científica es condición sine qua non y norma general que regula (o debería regular) el ejercicio sistemático de las ciencias sociales. La cuestión abordada en este trabajo —las trayectorias que están en el origen de las privaciones diferenciales de las personas en situación de calle— no está de ningún modo al margen de estas condiciones o normas. Siguiendo a Bourdieu...

Se advierte el fortalecimiento que la representación empirista de la ciencia puede hallar en el hecho de que el conocimiento riguroso suponga casi siempre una ruptura más o menos clamorosa, y siempre expuesta a parecer el efecto de una petición de principios o una idea preconcebida, con las evidencias del sentido común, habitualmente identificadas con el buen sentido. En efecto, basta con abandonarse, abstenerse de toda intervención, de toda construcción, para caer en el error: se deja entonces el campo libre a las preconstrucciones o al efecto automático de los mecanismos sociales que están en acción hasta en las operaciones científicas más elementales (concepción y formulación de las preguntas, definición de las categorías de codificación, etcétera) (Bourdieu, 1999: 538)

Así, más allá de que los hallazgos empíricos de esta investigación sean más o menos válidos, más o menos aleccionadores, la toma de distancia crítica respecto al significado vulgar del término “situación de calle” (operación intelectual por excelencia) resulta no sólo necesaria sino que además es, en sí misma, pertinente.

1.1 Una traducción interesada: homelessness y “situación de calle” o “sin techo”

Para la viabilidad de este estudio resulta inevitable, entonces, deconstruir la noción “situación de calle” (o su sinónimo “sin techo”) —habitualmente empleados en la jerga técnica, y sobre todo utilizados en el campo de las políticas sociales—, y evitar así la homogeneización de una población marcadamente heterogénea. Es que si los individuos que son objetos de esta investigación comparten la característica de poseer una particular privación habitacional o residencial, no por ello puede afirmarse que, en el devenir de las trayectorias individuales, las personas que comúnmente denominamos “en situación de calle” o “sin techo” estén realmente “en la calle” o “sin techo”. Más bien puede afirmarse que las personas aquí estudiadas presentan, como denominador común, dos (y sólo dos) características: poseer algún tipo de privación habitacional y tener, como estrategia de subsistencia, acceso a algún refugio.

Conocer si las personas duermen en la calle o en un refugio durante un período de relevamiento determinado (en este caso, dos meses de invierno) no es condición suficiente para diagramar sus características, ni mucho menos elaborar un juicio fundado respecto a su nivel de privación. Aunque no lo parezca, la carga de significación que acarrea el uso general y desinteresado del término “situación de calle” o “sin techo” tiene efectos que no son en absoluto ingenuos. No distingue entre personas con situaciones (residenciales, laborales, familiares o relacionales) marcadamente disímiles, y menos aún ilumina los procesos de configuración (en una mirada diacrónica) de las trayectorias que conducen a esta situación.

Así, la noción comúnmente utilizada tiene el defecto de acentuar en el imaginario la dimensión estrictamente residencial del fenómeno, ocultando —uniformización

mediante— los demás elementos que operan conjuntamente con esa dimensión y complejizan la mirada sobre el tema. En palabras de Tosi,

La categoría de los “sin techo” incluye tipos de personas con estilos de vida y problemas diferentes, y por ello el fenómeno no puede ser definido, por un lado, en términos de una dimensión basada en las condiciones físicas, sociales o económicas de la marginalidad y, por el otro, no puede ser visto en los términos de las formas tradicionales (vagabundeo, etc.). (Tosi, 2004:4)

El uso habitual y desprejuiciado del término “situación de calle” o “sin techo” homologa, en consecuencia, trayectorias heterogéneas. Resulta imperiosa la introducción de categorías más precisas para distinguir entre situaciones de privación a priori homogéneas. Descomponer el fenómeno, hacer estallar sus diferencias, sus discontinuidades intrínsecas, sus heterogeneidades, es un primer paso (indispensable, por cierto) para una reconstrucción categorial susceptible de utilización científica.

La reducción del problema a la dimensión estrictamente residencial que sobreviene del uso irreflexivo del término “situación de calle” o “sin techo” oculta incluso las distintas formas en que la “exclusión residencial” puede manifestarse. No es casualidad que, habida cuenta de este debate, la literatura internacional utilice términos diferentes para referirse a situaciones residenciales también distintas, y que por tanto suponen realidades sociales diferentes. Así, el mismo error de precisión que acarrea el uso vulgar del término “situación de calle” o “sin techo” ha sido ya hace tiempo diagnosticado en los países más avanzados, en donde el término inglés *homelessness* refiere a un conjunto variable de categorías que tienen como denominador común ciertas privaciones en el acceso a una vivienda.

Si bien lo que intuitivamente representan ambos términos difiere en la amplitud y alcance del fenómeno —la noción anglosajona cubre incluso situaciones de privación habitacional (como por ejemplo vivir en un asentamiento) que para nada se ven incluidas en el término español (relativo a la calle y la ausencia de techo)—la discusión académica existente en los países desarrollados sobre los distintos alcances y significados de la palabra *homelessness* aporta elementos sustantivos para la reconstrucción categorial.

En el idioma inglés, el término *homelessness*¹ (sin hogar) se distingue claramente (al menos en su acepción más literal) del término *houselessness* (sin casa): mientras que el primero involucra aspectos emocionales, sociales y psicológicos (propios de un hogar), el segundo considera estrictamente la dimensión residencial (en relación a una casa). La palabra *homelessness* también se utiliza como sinónimo de los términos *rough sleeper* o *no abode*, relativos a las personas que duermen al raso o sin techo. No obstante, a pesar de que evidentemente todos estos términos diferentes aluden también a situaciones diferentes, se utilizan muchas veces, no sin caer en imprecisiones conceptuales, de manera indistinta. (Fitzpatrick et al., 2000)

Así, la demarcación imprecisa de la categoría para nada conduce, según Fitzpatrick et al., a resultados neutros en el tratamiento científico y político del fenómeno. El error categorial no sólo influye en aspectos metodológicos (delimitación del universo y medición), sino que también sesga la mirada sobre el fenómeno. De manera ilustrativa, estos mismos autores revisan las distintas definiciones de *homelessness* comúnmente utilizadas tanto en el ámbito académico como en las políticas sociales. Con un rango que varía entre esquemas de clasificación “exigentes” y “laxos”, los autores reconocen al menos cinco definiciones del término:

1. La definición estrecha es la situación “sin techo”, en donde solamente aquellos que no tienen refugio de algún tipo deberían ser considerados homeless —por ejemplo, personas que duermen a la intemperie, inmigrantes recientes o víctimas de inundaciones.
2. “Sin casa” es una definición más amplia que incluye a aquellos que están viviendo en residencias temporarias y de emergencia previstas para homeless, tales como asilos nocturnos, pensiones y refugios. También cubre a aquellos que residen durante largo tiempo en instituciones, por ejemplo hospitales psiquiátricos, simplemente porque no son alojamientos adecuados para la comunidad. Otro grupo perteneciente a esta categoría incluye a hogares que se hospedan en hostales y otros lugares que son inadecuados para un alojamiento prolongado.
3. Una tercera definición de homelessness incluye a personas con

1 Dado que la traducción literal del término conlleva (como en toda traducción) cierta pérdida en su poder de significación, de aquí en más aparecerá sin traducción al español, de modo de resguardar la carga polisémica del significante en el idioma inglés.

tenencia de propiedad insegura o no permanente, tales como aquellos que se alojan con amigos, ocupantes con permiso temporal, inquilinos con notificación de desalojo y ocupantes sin permiso.

4. Aquellos que viven en situaciones residenciales “intolerables” pueden ser también considerados homeless. Esto refiere no solamente a alojamientos hacinados o precarios, sino también a situaciones donde hay amenaza de seguridad personal y bienestar psicológico.

5. Hogares que están compartiendo involuntariamente alojamiento en acuerdo durante un largo período porque no consiguen separar las viviendas, pueden también ser considerados “hogares ocultos” y por lo tanto homeless. (traducción propia) (Fitzpatrick et al., 2000:8)

El reconocimiento del carácter polisémico de un término que a priori instituye la forma primaria de enunciación del fenómeno es, sin lugar a dudas, un primer paso fundamental para la ruptura con las nociones del sentido común. Condición necesaria pero no suficiente, si no viene acompañado de una perspectiva más comprensiva que pluralice y permita emerger los componentes dinámicos a esa realidad que (mal) acostumbramos denominar “situación de calle” o “sin techo”.

No hay una “correcta” definición de homelessness, y cada uno de los rangos existentes elegidos supone una decisión esencialmente política. (...) Más claramente, las experiencias de las personas homeless deberían nutrir el debate acerca de la definición apropiada de homelessness, y la naturaleza fluida de las trayectorias de muchas personas homeless conduce a que las definiciones estáticas no sean adecuadas para captar la naturaleza de sus experiencias. (traducción propia) (Ibidem, 2000:10)

Considerar, entonces, los esfuerzos que la academia ha procurado realizar en aras de obtener definiciones más precisas de las distintas situaciones que involucran a la noción *homelessness* resulta estratégico para trazar posibles categorizaciones de las personas que, en la presente investigación, se encuentran en “situación de calle” o “sin techo”.

1.2 La mirada: dos dimensiones relevantes

La introducción de una serie de dimensiones analíticas que habiliten una mirada plural de la noción “situación de calle” o “sin techo” es condición necesaria para la viabilidad del esfuerzo de reconstrucción categorial que aquí se propone. Resultan claves, en este sentido, tanto el modo en que la dimensión temporal interviene en el establecimiento de rangos variables de privación actual, como la forma en que la exclusión residencial (constitutiva en última instancia de la categoría) se articula con privaciones de otra especie. Así, constituye un supuesto fundamental en esta investigación la idea de que las formas posibles de distinción y clasificación de las personas “en situación de calle” o “sin techo” dependen en gran medida del ordenamiento y acumulación en el tiempo de eventos “negativos”² y el modo en que la exclusión residencial se manifiesta para cada caso.

La dimensión temporal

Hace ya tiempo que en los estudios sobre las privaciones humanas el factor temporal resulta clave para la distinción entre dos conceptos analíticos que a pesar de su estrecha relación refieren a situaciones de naturaleza diferente. Fenómenos como la pobreza y la exclusión social son habitualmente confundidos, y la inclusión o no de una perspectiva dinámica en su consideración posiblemente explique esta confusión. Los enfoques que diferencian y oponen la pobreza y la exclusión social tienen en cuenta, entonces, los procesos de acumulación y reproducción de privaciones. La pobreza persistente constituye la máxima expresión de los resultados de un proceso (acumulativo en el tiempo) de exclusión social, entendido como la ruptura progresiva de los lazos entre el individuo y la sociedad (Tosi, 2005). Ahora bien, la relación puede también visualizarse en sentido inverso, si se considera que la exclusión social es consecuencia de períodos más o menos largos, más o menos acumulativos de pobreza, precariedad o privación. ¿De qué manera se establece este proceso de retroalimentación entre exclusión y pobreza?

2 Se pone entre comillas el término “negativo”, desde el momento en que se reconoce cierta normatividad (siempre adscripta a un particular punto de vista) en la valoración de los distintos eventos desencadenantes de las situaciones de calle o sin techo.

Aún partiendo de una acepción amplia del concepto de pobreza —no como la carencia de un ingreso determinado sino en tanto privación de capacidades (Sen, 2000)— la noción de exclusión social tiene por principal virtud llamar la atención sobre la centralidad de los rasgos relacionales que hacen a esas privaciones. Siguiendo a Sen,

... la importancia real de la idea de exclusión social recae en enfatizar el rol de los aspectos relacionales en la privación de las capacidades y de este modo en la experiencia de la pobreza. Aquí también la cuestión fundamental no es lo novedoso de focalizar en los rasgos relacionales (...), sino comprender que el aporte de la literatura sobre la exclusión social consiste en asignar un rol central a las conexiones relacionales. (traducción propia) (2000:6)

Ahora bien, ¿de qué manera el factor tiempo interviene para que los aspectos relacionales (relativos a la noción de exclusión) de la privación de capacidades (relativos al concepto de pobreza) sean relevantes a la hora de describir las particularidades de ciertas formas de pobreza (o de pobrezas)? La carencia por parte de un individuo (o un grupo de individuos) de capacidades para establecer ciertos vínculos con la comunidad constituye una privación en sí misma y puede por tanto ser considerada una forma de privación constitutivamente relevante. Pero esta incapacidad constitutiva se vuelve instrumental desde el momento en que la carencia de vínculos con la sociedad puede conducir a la insuficiencia de otras capacidades (Ibidem: 13). Esta idea de exclusión instrumental permite abordar los procesos dinámicos que involucran a la pobreza. Las “trampas de pobreza” en las que caen determinadas categorías de individuos, pueden estar originadas en la acumulación creciente de dificultades para el establecimiento de los vínculos necesarios para vencer las privaciones, así como también de las expectativas para superarlas.

En la medida en que destaca las rupturas vinculares de los individuos y su perpetuación en el tiempo y que, en consecuencia, se ajusta más fácilmente a la imagen común y generalmente extendida del fenómeno, el enfoque de la exclusión social se constituye, casi por excelencia, en la perspectiva desde la cual parten los estudios sobre las personas en “situación de calle” o “sin techo”.

De todas maneras, si el uso vulgar e irreflexivo de estos términos no contribuye a una descomposición analítica y desinteresada del fenómeno, se corre el riesgo de cometer —aún

incorporando la dimensión temporal— el mismo error de reducción y homogeneización cuando se lo asocia casi mecánicamente a situaciones de pobreza extrema y persistente. En palabras de Tosi,

La distinción entre “persistente”, “recurrente” y “temporaria” es obviamente una clasificación que también puede ser aplicada en los homeless. La insistencia en las situaciones persistentes y en la dificultad de escapar de las situaciones homelessness supone la identificación del concepto con formas extremas y de larga duración, y la subestimación de la heterogeneidad del problema. (...) Un punto crítico importante consiste, por tanto, en entender la diferencia entre las condiciones/procesos de larga duración de la situación homelessness, tomando la duración como indicador y elemento constitutivo de los diferentes tipos de homeless, y sus historias de vida. A los efectos de la investigación, esto requiere tomar sistemáticamente en consideración las formas temporarias de homelessness, así como la reconstrucción de los movimientos dentro y fuera de la situación. (2005:4) (traducción propia)

La perspectiva temporal introduce entonces los clivajes para establecer niveles gradativos de ruptura en los tránsitos dentro y fuera de la “situación de calle” o “sin techo”, paso necesario en las rupturas —ahora en el plano cognitivo— con esos estáticos esquemas polares de distinción. Asociar positivamente la duración con la gravedad del fenómeno y comprender los procesos de desplazamiento de los individuos hacia “equilibrios de sobrevivencia” son dos aspectos significativos que ahora se iluminan (Ibidem: 6).

No obstante, establecer a priori correlaciones perfectas entre la duración y la gravedad, o entre la acumulación de rupturas o privaciones y trayectorias de sobrevivencia, sitúa nuevamente el problema en una estructura causal determinista (Ibidem). Lejos de estas interpretaciones, los estudios de reinserción muestran que existen, con independencia del tiempo y el carácter acumulativo del proceso, factores decisivos como los activos³ disponibles de las personas (Anderson, I. & Crossan, B.:2004). En este sentido, el análisis de las trayectorias debe atender a la pérdida de recursos y capacidades que media y especifica procesos “descendentes” de privación persistente. La idea general de que una historia

3 Más adelante se recorren y se integran los enfoques que utilizan la noción de “activos” para estudiar la pobreza y dar cuenta de sus procesos de reproducción.

difícil o una larga historia en la “situación de calle” o sin “techo” implicará menores chances de “reintegración” debe ser confirmada o rebatida a la luz de estos procesos (Tosi, 2005). Larga duración y acumulación de privaciones son conceptos estrechamente relacionados, pero no son necesariamente lo mismo.

En consecuencia, no cualquier enfoque que considere los aspectos dinámicos será igualmente útil para el estudio de las personas en “situación de calle” o “sin techo”. Si la mirada dinámica se reduce al método, sin mediar su incorporación íntegra a la teoría (como hacen, por ejemplo, los clásicos estudios longitudinales —de panel— cuando analizan el tránsito dentro y fuera de la línea de pobreza), se corre el riesgo de dejar de lado el complejo entramado de elementos causales (individuales y estructurales) que moldean las trayectorias de estas personas. Resulta imperiosa, por tanto, la construcción de modelos que sitúen el análisis temporal en la teoría y permitan descomponer en clave analítica las trayectorias de empobrecimiento, contemplando la variedad de tránsitos dentro y fuera de distintas situaciones de privación más o menos probables y contingentes.

Aquí es fundamental recordar que han sido ofrecidas dos versiones de los nuevos enfoques dinámicos de la pobreza: como un método empírico de análisis únicamente basado en microdatos longitudinales, o como una perspectiva que debe ser incluida en la teoría. Si se considera el significado teórico del enfoque dinámico, la reducción del método es limitada y no capta la sensación de progresividad que representa la introducción de estos enfoques. Hablar de los cursos de vida significa analizar los procesos de mejora individual en el contexto de las acciones institucionales y las metas biográficas individuales. Estos dos niveles interactúan para producir la estructura temporal de un curso de vida completo. (...) Para el estudio de los homelessness también es importante ir más allá de los tradicionales modelos de trayectoria de tipo determinista (el modelo de “vía única” en el cual el desplazamiento sólo es posible en una dirección), favoreciendo la construcción de modelos de probabilidad y contingencia: modelos de trayectorias de empobrecimiento que permita una variedad de tránsitos dentro y fuera de la pobreza. (Leisering 2003:32-33; en Tosi, 2005:10) (Traducción propia)

¿Cómo modelar procesos de empobrecimiento sin caer en esquemas de clasificación dicotómicos? ¿Qué estrategia metodológica utilizar para trabajar

adecuadamente con las “trayectorias”? La decisión respecto a las referencias más apropiadas para situar el análisis temporal en la teoría de las personas en “situación de calle” o “sin techo” es, por tanto, una cuestión de difícil resolución.

Abrir “la caja negra” de las trayectorias supone la identificación de posibles rupturas en distintas dimensiones de la vida individual o familiar. La reconstrucción de diferentes series de eventos encadenados es central para ordenar la trama causal desde la cual explicar estas trayectorias. Los estudios e investigaciones han mostrado que en el caso de los “sin techo” un evento precipitado puede ser trazado como un punto de ruptura en sus historias de vida. Pero la privación residencial no debe ser necesariamente considerada como único principio generador de las rupturas posteriores. En este sentido, otros factores precedentes pueden ser identificados, factores que en mayor o menor medida se combinan con las privaciones residenciales. Siguiendo a Tosi (2004), situaciones individuales y familiares caracterizadas por su fragilidad intrínseca o por la sucesión previa de eventos desestabilizadores (recursos y capacidades escasas, historias familiares atípicas, enfermedad, problemas psicológicos, desempleo persistente, etc.) desencadenan una multiplicidad de factores que producen círculos viciosos de difícil salida. Desentrañar la compleja trama causal en que se estructuran esta multiplicidad de factores constituye un desafío ineludible si se pretende atribuir valor explicativo al análisis de estas trayectorias.

La dimensión residencial

La cuestión residencial ocupa un lugar privilegiado en la constitución de la categoría “situación de calle” o “sin techo”. En tanto dimensión constitutivamente relevante de la noción (dormir en la calle o no disponer de un techo para dormir indica una cierta privación en el acceso a una vivienda), marcará a fuego las formas posibles de distinción y clasificación de estas personas. Ahora bien, la experiencia acumulada en el área (Tosi, 2004; Marpsat, 2005) señala que uno de los problemas más importantes en el establecimiento de perfiles variables al interior de la población en estudio es la oscilación incontrolada —teóricamente inconsistente— entre una mirada que enfatiza la dimensión residencial y la que asocia el fenómeno a los problemas de marginalidad y pobreza extrema. La forma en que la privación residencial se articula con privaciones de otra

especie parece ser, entonces, un asunto de meridiana importancia.

Los problemas de delimitación del término “situación de calle” o “sin techo” están, nuevamente, en el origen de esta falta de precisión a la hora de establecer la relación entre diferentes dimensiones de privación y la exclusión estrictamente residencial. Es que el uso del término se asocia casi de forma automática (al menos en nuestro país) a la imagen más extrema de la “situación de calle” o “sin techo”: aquel estado de privación múltiple — y crónica— propio de personas que viven persistentemente en la calle, esto es, durante un tiempo suficiente como para desarrollar mecanismos de adaptación o sobrevivencia, sin mediar intermitencias de magnitud. Que las personas en “situación de calle” o “sin techo” presenten como rasgo general y distintivo un tipo específico de privación —la residencial— no significa que compartan, casi por antonomasia, las demás formas de privación.

Examinando las distintas definiciones utilizadas en tres países europeos, Marpsat (2005) muestra cómo la noción *homelessness* adquiere diferentes significados según la primacía que tenga en su construcción la exclusión residencial u otras privaciones que afectan a los hogares o los individuos. Así, por ejemplo, mientras que en Francia la categoría *homelessness* alude únicamente a las distintas formas en que la exclusión residencial puede manifestarse, en Italia se la asocia a situaciones de marginalidad extrema (apuntando, en especial, a los aspectos psicológicos y de aislamiento social). Naturalmente, esta polisemia tiene su correlato en las metodologías utilizadas para abordar el fenómeno de los *homeless*. En Francia, los *homeless* constituyen un sub-universo derivado de las encuestas de vivienda, y se los categoriza en base al establecimiento de un rango variable que da cuenta de la relación de los individuos u hogares con su residencia (precariedad, infraestructura, hacinamiento, tenencia, estabilidad, etc.). En Italia, donde *homeless* es sinónimo de la expresión *no abode* (sin techo), el término denota un grupo específico dentro de las diferentes categorías de pobres, y se los estudia a partir de conteos de calle y el relevamiento en refugios, viviendas de emergencia, pensiones, etc.⁴

Ahora bien, pareciera que la segunda acepción empleada —la que asocia el problema a situaciones de pobreza extrema— es similar a la registrada en nuestro país: supone un

desplazamiento de la imagen social del fenómeno hacia formas de exclusión social crónicas, designando como persona en “situación de calle” o “sin techo” a “*aquellos homeless socialmente marginados caracterizados por múltiples privaciones y por rasgos de des-socialización*” (Tosi, 2004:1). En esta visión del fenómeno —social y políticamente sensible, por cierto— el componente estrictamente residencial no es necesariamente dominante (Ibidem). En todo caso, puede decirse que, en su versión extrema, una particular forma de privación residencial es necesaria pero no suficiente para delimitar el alcance de la categoría.

En consecuencia, la construcción social del problema de las personas en “situación de calle” o “sin techo” tiene efectos para nada despreciables en el plano académico y, por tanto, en el diseño de políticas públicas. En principio, no permite un razonable tratamiento de la doble naturaleza del fenómeno: la exclusión en su dimensión social y residencial. Y, como corolario, la ambigüedad da origen a una polaridad extrema entre dos objetos de estudio independientes que explica por qué “... *la actividad de investigación sobre los sin techo se encuentra separada de la investigación sobre vivienda: cada una con lugares institucionales diferentes, actores diferentes, etc.*” (Ibidem). De no mediar intentos de delimitación e integración sistemáticos de estas dos dimensiones, las diferencias de conceptualización y —por tanto— de estimación derivadas de la imprecisión conceptual implicada en la construcción del fenómeno resultarán, según nos ubiquemos del lado de la vivienda o del lado de la exclusión, inzanjables.

En todo caso, si el vínculo entre la exclusión residencial y la acumulación de privaciones múltiples no parece muy claro, es evidente que la asociación existe, pero su sentido puede ser variable según las trayectorias individuales que vengan al caso. Los estudios respecto al perfil específico que presentan los inmigrantes europeos en “situación de calle” o “sin techo” en los países de la Europa mediterránea muestran que la naturaleza del fenómeno puede tener, con arreglo a estas trayectorias, significados totalmente diferentes. Así, la situación de los inmigrantes...

Puede ser el resultado de un proceso de marginación, exclusión que se ha vuelto crónica y que indica el fracaso de un proyecto de inmigración, o puede ser un período inicial de precariedad común a las historias de muchos inmigrantes y en donde la exclusión residencial refleja un período temporalmente crítico o una extrema acumulación temporal de necesidades residenciales, sobre todo

4 Estos dos casos son simplemente un ejemplo de la enorme diversidad de definiciones y estrategias de aproximación al fenómeno vigente en los distintos países europeos.

en la fase inicial de una historia de alojamiento. (Tosi 2001b, en Tosi, 2004:12) (Traducción propia)

El ejemplo ilumina algunas cuestiones clave para analizar el problema desde una mirada comprensiva. ¿Las personas en situación de calle o sin techo usuarias de la red de refugios de Montevideo están en esa situación como resultado de un tiempo prolongado de acumulación de privaciones múltiples? ¿O el acceso a la red de refugios es quizás el inicio de un proceso de acumulación de privaciones? ¿Es posible la coexistencia entre esos dos “perfiles de trayectoria” ejemplificados? ¿Qué otras situaciones intermedias pueden identificarse? ¿De qué manera se ordenan el componente residencial y las privaciones de otra especie en una estructura temporal? Y si la dimensión residencial es relevante para la caracterización de estas trayectorias, ¿puede afirmarse que la “situación de calle” o “sin techo” constituye una única e indivisible privación residencial compartida por el conjunto de los individuos que acostumbramos denominar de esa manera? ¿O se puede también hablar de “trayectorias residenciales diferenciales”, con variaciones en su gravedad y acumulación a lo largo del tiempo?

1.3 La integración categorial: el campo de las privaciones residenciales

El debate en torno al modo en que la exclusión social y residencial se conjugan lleva, una vez más, a que la delimitación conceptual de la noción *homelessness* resulte clave para establecer los rangos posibles de variación en la extensión y profundidad de las diferentes formas de transitar por la “situación de calle” o “sin techo”.

Un interesante intento de integración categorial es realizado por Meert, H et. al. (2004), cuando elaboran una definición operacional para la medición del fenómeno en base a la discusión y combinación de los distintos elementos conceptuales constitutivos de la noción *homelessness*. En este apartado se repasa brevemente el proceso de discusión categorial abordado por los autores. Ello permitirá abordar el problema de las personas en “situación de calle” o “sin techo” desde un enfoque capaz de asociar, análisis de trayectorias mediante, los diferentes niveles de exclusión residencial y la multiplicidad de factores que están en el

origen de las distintas privaciones.

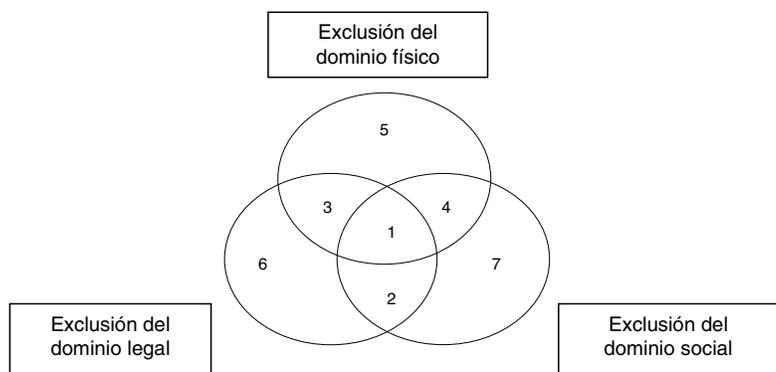
Descomponiendo las distintas propiedades que conforman un hogar –*home*–, y precisando los elementos que dan cuenta de estas propiedades, los autores vinculan la exclusión residencial con cuestiones relativas a la exclusión social. Así, identifican tres factores o dominios constitutivos de un hogar, de modo que la ausencia de estos factores pueda ser utilizada para definir distintas situaciones englobadas por el término *homelessness*.

La posesión de un hogar supone entonces:

0. un *dominio físico* sobre un espacio decente y habitable, ocupado exclusivamente por el individuo o su hogar. Se entiende, por ejemplo, que compartir dicho espacio físico con otras personas de modo involuntario implica una privación sobre este dominio.
1. un *dominio legal*, originado en algún tipo de acuerdo legítimo en referencia a la posesión de un terreno y una vivienda (un domicilio), y que especifica un período de tenencia y un derecho de posesión exclusiva
2. un *dominio social*, referido al control de un espacio privado donde entablar relaciones sociales estables y garantizar la seguridad personal. Si bien estas relaciones sociales pueden desarrollarse en espacios públicos y contextos institucionales, se considera como elemento constitutivo de la noción “hogar” la probabilidad cierta de control sobre esas relaciones y, sobre todo, su “privatización”, clausura y estabilidad en un espacio físico determinado. (Ibidem: 7)

De esta manera, mediante las combinación de las privaciones en cada uno de esos tres dominios es posible construir un diagrama que contenga los distintos espacios de intersección entre cada una de ellas (Figura 1).

Figura 1: Esferas de exclusión y diferentes categorías de *homelessness*



Fuente: Meert, H et. al. (2004:9)

Como resultado, pueden darse situaciones caracterizadas por la existencia de uno, dos o tres privaciones en los factores o dominios constitutivos, y de este modo se obtienen 7 categorías (mutuamente excluyentes) de privación residencial. Adoptando el supuesto de que en una situación de *homelessness* los hogares o individuos considerados están excluidos de por lo menos dos de las tres esferas, se construye una tipología de privación residencial: las primeras 4 conformarían (aunque en grado variable) la categoría *homelessness* (combinan al menos dos esferas de privación), mientras que las demás son situaciones de exclusión residencial (incluyen una única esfera). La siguiente tabla resume el conjunto de combinaciones posibles:

Tabla 1: Los siete dominios teóricos de la noción *homelessness*

	CATEGORÍA CONCEPTUAL	Dominio Físico	Dominio Legal	Dominio Social
Sin hogar (<i>homelessness</i>)	1 Sin techo (<i>Rooflessness</i>)	sin morada (techo)	Sin título sobre un espacio para la posesión exclusiva	sin espacio privado y contenido para el relacionamiento social
	2 Sin casa (<i>Houselessness</i>)	tiene un espacio para vivir, adecuado para habitar	Sin título sobre un espacio para la posesión exclusiva	sin espacio privado y contenido para el relacionamiento social
	3 Vivienda insegura e inadecuada (<i>Insecure and Inadequate housing</i>)	tiene un espacio para vivir (inseguro e inadecuado para habitar)	Tenencia insegura	tiene espacio para relaciones sociales
	4 Vivienda inadecuada y aislamiento social con ocupación legal (<i>Inadequate housing and social isolation within a legally occupied dwelling</i>)	Morada inadecuada (para habitar)	Tiene título legal y/o seguridad en la tenencia	sin espacio privado y contenido para el relacionamiento social
Exclusión residencial (<i>housing exclusion</i>)	5 Vivienda inadecuada (tenencia segura) (<i>Inadequate housing - secure tenure</i>)	Morada inadecuada (para habitar)	Tiene título legal y/o seguridad en la tenencia	tiene espacio para relaciones sociales
	6 Vivienda insegura (vivienda adecuada) (<i>Insecure housing - adequate housing</i>)	Tiene un lugar para vivir	Tenencia insegura	tiene espacio para relaciones sociales
	7 Aislamiento social con vivienda segura y adecuada (<i>Social isolation within a secure and adequate context</i>)	Tiene un lugar para vivir	Tiene título legal y/o seguridad en la tenencia	sin espacio privado y contenido para el relacionamiento social

Fuente: Traducción propia de Meert, H et. al. (2004:9)

De la lectura del cuadro se desprenden de modo sencillo las definiciones para cada una de las siete categorías conceptuales. Las cuatro primeras constituyen las diferentes situaciones englobadas en la noción *homelessness*. Los “sin techo” (*rooflessness*) conforman el grupo más visible del fenómeno, y se definen a partir de la

presencia conjunta de los tres tipos de privación: las personas que duermen a la intemperie carecen de un lugar decente y habitable donde dormir, mucho menos poseen un título legal para ocupar un espacio físico ni disponen de un ámbito privado donde entablar relaciones sociales. Si bien tienen un lugar adecuado para vivir, los “sin casa” (*houselessness*) carecen de un título legal para ejercer la propiedad exclusiva de un espacio y están privados de un ámbito privado —en el sentido de “íntimo o propio”, no como “falta de”— para relacionarse socialmente. La “vivienda insegura e inadecuada” (*insecure and inadequate housing*) se caracteriza por la ausencia de una tenencia legal y un lugar inadecuado para vivir, a pesar de que ofrece un espacio exclusivo y privado donde entablar

relaciones sociales. Finalmente, la situación de “vivienda inadecuada y aislamiento social con una morada legalmente ocupada” (*inadequate housing and social isolation within a legally occupied dwelling*) constituye la última de las categorías que quedarían incluidas dentro del término (Ibidem: 9).

Las restantes tres categorías estarían comprendidas dentro del fenómeno de exclusión residencial (*housing exclusion*). La situación de “vivienda inadecuada” (*inadequate housing*) ocurre en contextos de tenencia legal y disponibilidad de un espacio privado para el relacionamiento social, pero en una morada no apta para vivir. La “vivienda insegura” (*insecure housing*) combina una morada decente con la

disponibilidad de un espacio privado para el relacionamiento social, en contextos de tenencia insegura o inestable. Por último, la situación de “aislamiento social con una morada segura y adecuada” (*social isolation within a secure and an inadequate dwelling*) confirma que la

dimensión social del *habitat* puede ser referencia suficiente para constituir algunas formas de exclusión residencial, en las cuales el acceso a una vivienda trasciende enteramente la combinación de un contrato legal con la disponibilidad de una construcción estable y adecuada (Ibidem: 9-10).

Conjugando las 15 definiciones utilizadas por los países de la Unión Europea con las 7 categorías conceptuales elaboradas, se construye un listado de definiciones operacionales (ordenadas según acumulación de privaciones) en donde se distinguen 16 posibles situaciones susceptibles de medición empírica. En la tabla 2 se presentan los resultados de dicha combinación:

¿Qué conclusiones se desprenden de este

minucioso trabajo de delimitación conceptual? ¿De qué modo estas distintas definiciones — teóricas y operacionales— de la noción *homelessness* y la exclusión residencial pueden ser utilizadas para discernir con precisión entre diferentes “situaciones de calle” o “sin techo”? El intento de respuesta de estas interrogantes motiva la reflexión respecto a dos cuestiones fundamentales que a continuación se desarrollan.

Conceptualización, operacionalización y medición

En primer lugar, las evidentes diferencias entre situaciones de privación residencial muestran nuevamente que el alcance que una problemática socialmente considerada como de “pobreza extrema” —en nuestro caso, la “situación de calle” o “sin techo”— y por lo tanto la valoración pública respecto a su gravedad o dramatismo, variará en función de cuántas y cuáles categorías operacionales

consideremos en su medición. Siguiendo a Meert, H. et. al., “A pesar de que hay un número importante de definiciones, los científicos que estudian el fenómeno *homelessness* están influenciados por periodistas y hacedores de política sobre el número de *homeless* que hay en sus países” (2004:3). Ahora bien, si el tratamiento público del fenómeno condiciona la caracterización científica, es también cierto que la forma que adopte la tríada conceptualización-operacionalización-medición afectará, naturalmente, su tratamiento científico y político. Ella ocupa, en consecuencia, un lugar central en la comprensión

Tabla 2: Una definición operacional de la noción *homelessness* y la exclusión residencial

	CATEGORÍA CONCEPTUAL		CATEGORÍA OPERACIONAL
Sin hogar	1 Sin techo	1	Vive en un espacio público
		2	Se queda en un refugio nocturno y pasa parte del día en el espacio público
	2 Sin casa	3	Se queda en un centro de servicio o refugio: hostales o pensiones – refugios de mujeres
		4	Vive en un alojamiento temporario: - pagado por una fundación pública - alojamiento interino (esperando para asentarse) - unidad de vivienda transitoria (alquiler de corto tiempo) - hoteles baratos (cama y desayuno)
		5	Vive en alojamiento temporario reservado para inmigrantes (buscadores de asilo, repatriados, etc.)
		6	Vive en instituciones: Cárcel, centro de cuidados, hospital que tiene que dejar dentro de tres meses y sin alojamiento disponible
		7	Vive en un alojamiento destinado para asistirlo (sin contrato legal o bajo tenencia dependiente de la aceptación y disponibilidad)
	3 Vivienda insegura e inadecuada	8	Vive en una casa rodante (que no es un alojamiento para vacaciones o un lugar legal)
		9	Vive en una morada declarada inadecuada para habitar en ella bajo la legislación nacional
	4 Vivienda inadecuada y aislamiento social con ocupación legal	10	Vive en una morada seriamente superpoblada (de acuerdo a las definiciones estatutarias nacionales)
Exclusión residencial	5 Vivienda inadecuada (tenencia segura)	11	Vive en una estructura temporaria o vivienda precaria
	6 Vivienda insegura (vivienda adecuada)	12	Tiene notificación legal de desalojo relativa a una acción del propietario o hipoteca (atraso de deudas de renta)
		13	Vive temporalmente con la familia o amigos (sin tener otra opción)
		14	Vive en una morada sin tenencia legal
	7 Aislamiento social con vivienda segura y adecuada	15	Vive en un alojamiento destinado para asistirlo
		16	Vive bajo amenaza de violencia (por parte del compañero o la familia)

Fuente: Traducción propia tomado de Meert, H. et. al. (2004:14)

y alcance del problema.

Si se define —como parecería ocurrir en nuestro país— a la “situación de calle” o “sin techo” exclusivamente en base a la privación material de una vivienda—dejando de lado conceptos más holísticos como los de “hogar” o *home*, incluidos en la noción anglófona— la privación del dominio físico de un espacio “decente y habitable” ocupado por el individuo o su familia sería condición *sine qua non* para su delimitación. En ese caso, siendo consecuentes con la categorización recién presentada, cabría incluir situaciones operacionales que van desde la residencia en una vivienda precaria hasta estar propiamente sin techo o durmiendo en la calle (en la Tabla 2, serían aquellas definiciones operacionales comprendidas en las categorías conceptuales 1, 3, 4 y 5, que tienen como rasgo común la exclusión del dominio físico). Ahora bien, el amplio alcance que tendría esta definición operacional de las nociones “situación de calle” o “sin techo” —que a los efectos de la distinción categorial otorga a la dimensión estrictamente material de la privación residencial un estatuto de exclusividad— para nada se condice con la acepción literal de estos términos y la significación social que de ellos sobrevienen (que incluiría únicamente el último caso del rango de situaciones operacionales recién esbozado, o sea, las comprendidas en la categoría conceptual 1).

Parecería, entonces, que el dominio de un espacio físico es condición necesaria pero no suficiente para contemplar cabalmente el significado literal y socialmente aceptado de los términos “situación de calle” o “sin techo”, por lo que la inclusión de otras dimensiones de privación (sociales, legales o de otra especie) sería necesaria para su estudio y conceptualización. Lógicamente, si la “situación de calle” o “sin techo” puede ser considerada una forma particular (quizás extrema) de privación residencial, y si esta última involucra la interacción combinada de dimensiones que trascienden la apropiación material de un espacio físico, será preciso entonces contemplar en la medición toda una gama de situaciones residenciales que de alguna u otra manera den cuenta del grado y naturaleza diferente en que la privación residencial o —mejor dicho— las privaciones residenciales se manifiestan, incluidas las situaciones aparentemente extremas que competen a esta investigación. A esta altura debería estar claro que si bien “privación residencial”, por un lado, y “situación de calle” o “sin techo”, por el otro, no significan lo mismo, la primera categoría incluye a las segundas, y por lo tanto deben ser identificados —tanto en la empiria como en la teoría— los elementos que distinguen a estas últimas de las

demás situaciones también comprendidas en la primera.

De todas maneras, se podría argumentar —no sin razón— que la exigencia de rigurosidad en el establecimiento de los rasgos de distinción entre la “situación de calle” o “sin techo” y otras formas de privación residencial resulta insuficiente para colocar en tela de juicio la conceptualización y medición del fenómeno hasta ahora ensayada —de modo intuitivo— en nuestro país (incluido el universo de casos considerado en nuestra investigación). Es posible sostener que —de acuerdo a las definiciones operacionales de la Tabla 2— aquellos individuos que viven en un espacio público o duermen en un refugio nocturno pero pasan parte del día en el espacio público (las dos situaciones comprendidas en la categoría conceptual 1) agotan completamente la categoría “situación de calle” o “sin techo” (en su acepción inglesa, *rough sleepers* o *roffless* respectivamente). Casualidad o no, es cierto que la focalización en estos individuos cubre los mínimos requerimientos de demarcación categorial, y que cualquier intento de ampliar el universo de situaciones consideradas quedaría circunscrito al campo —más general— de las privaciones residenciales. Las distintas definiciones teóricas y operacionales de la noción *homelessness* y la exclusión residencial, si bien fundamentales para el análisis general de las privaciones residenciales, no podrían ser utilizadas para, en particular, discernir con precisión entre diferentes “situaciones de calle” o “sin techo”, por lo que su introducción en esta investigación (y en otras tantas focalizadas en la misma población) no sería pertinente.

Así configurado el campo, habría que conformarse, simplemente, con aceptar la *multidimensionalidad* constitutiva de las privaciones residenciales (claramente visible en sus manifestaciones extremas) y, en consecuencia, asumir la necesidad de incorporar esta idea —no muy original, por cierto— en los diversos estudios sobre la materia, con independencia de cuáles y cuántas situaciones operacionales sean consideradas. No obstante, si este estudio tiene por objeto obtener una mirada comprensiva que, entre otras cosas, incorpore la dimensión temporal, de modo de situar en su justo término la heterogeneidad de la “situación de calle” o “sin techo”, la demarcación categorial de la noción *homelessness* y la exclusión residencial no resulta, como se verá a continuación, para nada arbitraria.

Trayectorias residenciales

El recorrido por el recién configurado campo de las privaciones residenciales conduce, inevitablemente, a consideraciones metodológicas relativas a la medición del fenómeno. Y la cuestión de la medición no hace otra cosa que confirmar, nuevamente, la necesidad de introducir una perspectiva temporal en el análisis.

No debe olvidarse que la medición del fenómeno de la “situación de calle” o “sin techo” es siempre una cuestión de difícil abordaje. La simple construcción del universo acarrea numerosas dificultades, teniendo en cuenta que no se trata de algo estático. Independientemente de la definición adoptada (y dada la naturaleza del fenómeno), la cantidad de personas en esta situación variará sensiblemente dependiendo de si el conteo se realiza en un punto fijo en el tiempo (medidas de stock), si se consideran las personas que durante un período de tiempo determinado cumplen con los requisitos establecidos en una definición dada (medidas de prevalencia), o si se vuelven personas “en situación de calle” o “sin techo” (sin contar la prevalencia) durante cierto período de relevamiento (medidas de flujo) (Meert, H et. al., 2004; Fitzpatrick et. al., 2000).

Si la medición de un fenómeno (esencialmente dinámico) resulta enormemente complejo, ello se debe a que el requisito de distinción categorial (en nuestro caso, una particular forma operacional de la privación residencial, como dormir en la calle o en un refugio de emergencia) es extremadamente inestable, o está sujeto a fuertes variaciones de corto plazo. Y esto es así porque las distintas formas que adopta la privación residencial están asociadas entre sí, sus probabilidades de ocurrencia están fuertemente correlacionadas y, por tanto, es empíricamente probable (y teóricamente consistente) su encadenamiento y acumulación en el tiempo. No basta, entonces, con definir categorías excluyentes de privación residencial: será también necesario fijar, en una perspectiva dinámica, sus modos posibles de combinación. Esta manera de aproximarse al problema...

... confirma que las situaciones homelessness y la exclusión residencial son parte de un proceso (no son fenómenos estáticos) que afecta a muchos hogares vulnerables en diferentes momentos de su vida. Además, confirma que homelessness es más que dormir a la intemperie, y ello centra la atención en las trayectorias experimentadas por diferentes tipos de hogares vulnerables. (Meert, H et. al., 2004:19) (traducción propia)

Existen entonces trayectorias individuales en general, dentro de las cuales se distinguen trayectorias residenciales en particular. Distintas situaciones de privación residencial pueden coexistir en una misma trayectoria. Y lo que es más importante: la combinación, acumulación y materialización de riesgos, en secuencias continuas o intermitentes, configura patrones diferenciados de privación en el presente.

Pero esta proposición no sólo se sustenta en enunciados de naturaleza teórica, sino que también encuentra fundamento en las observaciones empíricas realizadas. Los estudios de evaluación de los programas de reinserción de personas *homeless*⁵ muestran que las experiencias individuales están marcadas por distintos arreglos de inestabilidad en el acceso a la vivienda:

Fueron encontrados patrones de movimientos de un lugar para vivir a otro en las historias de los reclutas. Algunos habían experimentado dificultades de vivienda particularmente graves, a menudo relacionadas con rupturas familiares en una edad temprana. Otros habían perdido una propiedad (...) Por lo menos seis de los que originalmente empezaron reportaron haber estado literalmente homeless en alguna etapa en el pasado. Esto incluía haberse quedado en alojamientos de “Cama y Desayuno”, alojamientos de emergencia de autoridades locales y haberse quedado con la familia o amigos en una situación de emergencia. Ninguno reportó haber dormido a la intemperie. Al menos otros dos reportaron antecedentes de haber estado en algún momento en calidad de huéspedes, a pesar de que la situación homelessness había sido evitada. De los que se quedaban con uno o ambos padres al momento de iniciar el entrenamiento, algunos habían experimentado también problemas familiares, o se habían movido mucho entre padres separados.

5 Estos programas, desarrollados en el Reino Unido, buscan la reinserción de personas homeless (o en riesgo de serlo) a través de la auto-construcción de viviendas, además de la asignación de transferencias monetarias y capacitación laboral.

Unos pocos parecían tener entornos familiares relativamente estables. Unos pocos nunca habían vivido fuera del hogar de uno u otro padre. (Anderson, I. & Crossan, B.; 2004: 12) (traducción propia)

Según estas evaluaciones, para juzgar el éxito de los programas de reinserción resulta central la idea de que diferentes trayectorias generan probabilidades no equivalentes de salida, y que ellas deben orientar las decisiones relativas a las estrategias de intervención. Es que trayectorias diferentes configuran rangos variables de privación actual: los contextos de intervención están marcados por accesos desiguales a las oportunidades residenciales, o la disponibilidad también desigual de capitales relacionales (en particular, referidos al acceso a redes de apoyo familiar) (Ibidem, p.12). Mediante la confirmación de que “... *los jóvenes reclutas han vivido en un rango de situaciones residenciales, algunas más vulnerables que otras*” (Ibidem), estos programas de reinserción tienen la capacidad “*no sólo de resolver la situación homelessness, sino también la de contribuir a su prevención, incluyendo la posibilidad de evitar su repetición*” (Ibidem, p.13).

En resumen, la idea de privación diferencial asociada a distintos perfiles de trayectoria resulta significativa —ahora en un plano estrictamente académico— para la comprensión del fenómeno. Si la existencia de capacidades individuales diferentes de salida conforma la base para elaborar estrategias de intervención, tanto las trayectorias pasadas como las privaciones presentes constituyen un punto de partida ineludible. En la siguiente sección se profundiza sobre este punto.

1.4 Vulnerabilidad social y privaciones diferenciales

El término “privación” ha sido recurrentemente mencionado en las secciones anteriores, sin nunca precisar con exactitud el significado que aquí se le atribuye. ¿De qué se está hablando cuando se sostiene la existencia de privaciones diferenciales entre las personas en “situación de calle” o “sin techo” que son objeto de esta investigación? ¿A qué apunta la hipótesis principal de este trabajo, cuando supone que los niveles variables de privación están sujetos a diferentes perfiles en las trayectorias de estos individuos? ¿Qué sentido tienen estas distinciones cuando el riesgo de caer en “situación de calle” o “sin techo” ya está

materializado (o sea, es constante e igual a uno) para la totalidad de la población considerada?

En este capítulo se especifican los elementos que serán considerados para la definición del problema de investigación. Para ello se realiza un análisis crítico de los enfoques de vulnerabilidad social, y se incorporan algunas nociones elaboradas por Bourdieu que permiten desplazar el foco de atención desde la vulnerabilidad y los activos hacia las privaciones y trayectorias. La revisión resulta clave para evaluar una proposición enunciada en reiteradas oportunidades, a saber: que a pesar de que las personas en “situación de calle” o “sin techo” reúnen la condición común de ocupar un mismo lugar en el campo de las privaciones residenciales (dormir en un refugio durante cierto período de relevamiento), no es posible establecer una forma única y homogénea de caracterización de sus privaciones; y que en consecuencia es necesario realizar distinciones al interior de la categoría. Se trata de delimitar con precisión el espacio de nuestras variables dependientes, las privaciones diferenciales, para de esta forma hacer posible la construcción de un modelo explicativo que ubique a las trayectorias en el lugar de las variables independientes.

Activos y estructura de oportunidades

A pesar de su generalización, el término “vulnerabilidad” es de uso polisémico. Luego del amplio debate académico suscitado en los últimos años en torno a su definición, parece razonable referirse a la vulnerabilidad, más como un enfoque analítico que arroja luz sobre un número importante de fenómenos sociales, que como un concepto preciso y restringido en su uso (CEPAL, 2002).

Ahora bien, más allá de sus diferentes acepciones, siempre que se utiliza el concepto vulnerabilidad se alude al “... *riesgo o probabilidad del individuo, hogar o comunidad de ser herido, lesionado o dañado ante cambios o permanencia de situaciones externas y/o internas*” (Buso, 2001:8). La ocurrencia de ese evento “negativo” obliga siempre a especificar las características que lo definen (la sustancia o materia del riesgo), por lo que no puede hablarse de vulnerabilidad en abstracto: siempre se es “vulnerable” en relación a “algo”, o sea, se está sometido a una mayor o menor probabilidad de

ocurrencia de un tipo particular de evento⁶ (Ibidem).

En el campo específico de lo social, la noción ha sido útil para escapar de las visiones estáticas y unidimensionales de la pobreza: más que prestar atención a la dicotomía pobre-no pobre, propone la idea de distintas configuraciones vulnerables que pueden encontrarse en sectores pobres y no pobres (Filgueira, 2001). La vulnerabilidad social se define entonces como...

... la escasa capacidad de respuesta individual o grupal ante riesgos y contingencia y también como la predisposición a la caída del nivel de bienestar, derivada de una configuración de atributos negativa para lograr retornos materiales y simbólicos. Por extensión, se puede afirmar que es también una predisposición negativa para la superación de condiciones adversas” (Filgueira & Peri, 2004:21).

La definición revela los distintos componentes de la vulnerabilidad social, cuya distinción resulta central para los objetivos de esta investigación: un evento potencialmente adverso (un riesgo exógeno o endógeno), una incapacidad de respuesta frente a tal contingencia (por la carencia de defensas propias o apoyos externos), y una inhabilidad para adaptarse a los escenarios generados por la materialización del riesgo (CEPAL, 2002). Los individuos son, entonces, más o menos vulnerables a la ocurrencia de un riesgo, pero son también más o menos capaces de elaborar con mayor o menor éxito estrategias de salida, una vez producido el daño.

En general, los enfoques clásicos sobre la vulnerabilidad social han prestado poca atención a este último componente. Así, su principal objeto consiste en identificar grupos de individuos que comparten algún atributo común básico, a los que se les asigna probabilidades similares de caer en situaciones de riesgo social. Esta mirada deja de lado posibles heterogeneidades en su interior⁷: “... como la identificación de los grupos (...) suele ser genérica, se dejan de lado las distinciones internas básicas, que pueden estar vinculadas a la capacidad de respuesta y la habilidad de adaptación de los afectados” (Ibidem).

6 Se dice entonces que un individuo, hogar, grupo o comunidad son, con arreglo a unas características específicas, más o menos vulnerables —por ejemplo— a la pobreza, a la indigencia, al desastre ecológico, a no aprobar una tesis de grado, o a la “situación de calle” o “sin techo”.

7 Estos grupos vulnerables ni siquiera lo son strictu sensu: constituyen meras categorías estadísticas resultantes de la agregación de atributos de un conjunto definido de variables.

Parecería que, más allá de que la literatura especializada en los estudios de vulnerabilidad social presenta matices importantes a la hora de especificar sus determinantes, la dificultad para resolver el problema de la heterogeneidad interna de los grupos vulnerables es un rasgo común y distintivo del enfoque.

La innovación de la propuesta en relación a los enfoques clásicos de la pobreza radica en la observación de los recursos que los individuos tienen, y no en los recursos que los pobres no tienen. Así, prestan atención a la noción de “activos”, entendidos como los recursos y capacidades que disponen los individuos y los hogares para enfrentar situaciones de riesgo social. Se examina entonces la configuración de activos (físicos, educativos, sociales, monetarios, etc.) de los individuos u hogares como un conjunto integrado de recursos (tangibles e intangibles) que se combinan para la elaboración de estrategias (Filgueira & Peri, 2004).

No obstante, si bien el uso de la noción de activos es compartido, tanto el modo en que se acumulan como las condiciones para su movilización son cuestiones de debate. En este sentido, se distinguen dos grandes corrientes. El enfoque clásico —conocido como el *asset/vulnerability framework*—, precursor en el campo de la vulnerabilidad social, se caracteriza por ser metodológicamente individualista. Analiza particularmente los déficit de base en la configuración de activos y las dificultades para su utilización eficiente y, de esta manera, se concentra en las estrategias que desarrollan los pobres para sobrellevar su vida (CEPAL, 2002). Incluso, estas estrategias pueden ser meramente adaptativas: no necesariamente implican mejoras en la situación de bienestar, ni modifican la capacidad para utilizar las vías existentes de movilidad e integración social (Kaztman, 1999).

La segunda corriente —conocida como el enfoque de los activos y estructuras de oportunidades— define a la vulnerabilidad social no únicamente en función de los activos disponibles, sino que también los considera a la luz del contexto socioeconómico. Esta perspectiva, si se quiere más estructuralista, introduce una mirada relacional, en la cual resulta estratégico focalizar en el modo en que una configuración de activos se combina con un conjunto de oportunidades brindadas por el mercado, la sociedad y el estado. Ello permite instaurar una visión más dinámica, que modifica el estatus analítico atribuido a los activos, y que considera el “régimen de bienestar” como endógeno a la teoría. Si en los estudios clásicos de la pobreza o los enfoques individualistas de la vulnerabilidad —por ejemplo, los estudios sobre las necesidades básicas insatisfechas— la

evaluación de los activos resultaba de una reconstrucción estática de aquellas condiciones que se asociaban o explicaban los niveles de privación (por lo que los activos quedaban subordinados a la variable dependiente), en el nuevo enfoque se trata de examinar tanto la lógica interna de interdependencia y reproducción de esos activos (interesan ahora en tanto variables independientes) (CEPAL, 2002), como el rol de las políticas públicas en su generación y distribución.

Así, constituye el aporte fundamental de esta corriente la premisa de que *“... los recursos que controlan los hogares no se pueden valorar con independencia de la estructura de oportunidades a la que tienen acceso”* (Kaztman, 1999:20). Estas estructuras de oportunidades son entendidas como *“... probabilidades de acceso a bienes, a servicios o al desempeño de actividades”*, que en última instancia *“... inciden sobre el bienestar de los hogares, ya sea porque permiten o facilitan a los miembros del hogar el uso de sus propios recursos o porque les proveen recursos nuevos”* (Ibidem, p. 21). En consecuencia, sólo se considerará “activo” a todo subconjunto de recursos *“...cuya movilización permite el aprovechamiento de las estructuras de oportunidades existentes en un momento”*, y dentro de esos activos será posible distinguir “capacidades” como un tipo particular de recursos *“... porque en determinadas circunstancias operan como condiciones necesarias para la movilización eficaz y eficiente de otros recursos”*⁸ (Ibidem, p. 31). Finalmente, los obstáculos materiales e inmateriales que dificultan la movilización de recursos y capacidades pueden ser conceptualizados como “pasivos”, *“...en la medida que su existencia impide el aprovechamiento de oportunidades o la acumulación de activos.”* (Ibidem, p. 33).

8 En este punto, la distinción entre recursos y capacidades parece acercarse al enfoque de las capacidades y funcionamientos de Sen. Sin embargo, la cuestión de la agencia (la libertad de elección del individuo) juega, a diferencia que en Kaztman, un papel relevante en la evaluación del bienestar: los funcionamientos constitutivos del bienestar deben ser juzgados en función de las capacidades reales de elección entre diversas combinaciones de estados y acciones (Sen, 1999). Al contrario, para Kaztman, las capacidades son recursos que en un momento dado ocupan un lugar antecedente en el portafolio de activos: son simples recursos que operan en tanto capacidades en la medida en que son el primer término de relaciones causales que se activan para el logro del bienestar. “En resumen, distintos recursos pueden cumplir el rol de capacidades en un fluido intercambio de posiciones, donde el lugar que ocupa cada recurso en una secuencia de eslabonamientos se define ante cada desafío que enfrenta el hogar” (1999:31). Si ambos autores comparten la idea de que las capacidades no pueden ser definidas normativamente, para Kaztman se derivan de la posición que ocupan en la estructura de activos, mientras para Sen es central la elección (individual o comunitaria) para su determinación.

Si el nivel de vulnerabilidad de un individuo depende de la posesión o control de los activos (primer término) necesarios para el aprovechamiento de las oportunidades (segundo término) que brinda el medio, entonces *“... de las diferentes combinaciones entre ambos términos se derivan tipos y grados de vulnerabilidad que pueden ser imaginados como un cociente entre ambos términos”* (Ibidem, p. 97). A cada grado de vulnerabilidad le corresponde, a nivel de la agencia, una serie de “estrategias”, entendidas como modos diferenciados de articulación de los recursos para el logro de metas. Las estrategias pueden apuntar a *“... mejorar la situación de bienestar presente (estrategias de promoción) o mantenerla evitando su deterioro cuando ella es amenazada (estrategias de adaptación)”* (Ibidem, p. 32). La calidad de esas estrategias, sus rendimientos, sus posibilidades ciertas de satisfacción, dependerá en consecuencia del nivel de vulnerabilidad.

Trayectorias, Posiciones y Disposiciones

Las principales definiciones teóricas (recién presentadas) del enfoque de activos y estructura de oportunidades resultan sumamente efectivas para determinar la vulnerabilidad de las personas al ingreso a la “situación de calle” o “sin techo”. Operacionalmente, permiten distinguir y aislar las características de las personas que están o no están en la calle, o sea, distinguir entre una población vulnerable y otra no vulnerable. No obstante, como la evaluación de los activos es posterior a la ocurrencia del riesgo —se considera “activo” a algún tipo de capital sólo si fue “activado” al momento de escapar o responder a dicho riesgo— se asume que la configuración de activos y el acceso a oportunidades no presentará variaciones significativas al interior de una población vulnerable. Incluso “se corre el riesgo” de que la disponibilidad e importancia de ciertos capitales (potencialmente utilizables para la elaboración de estrategias) pueda desestimarse si la evaluación únicamente considera la relación (empírica) entre el riesgo materializado y la ausencia de algunos activos fundamentales.

Aquí es donde la diferenciación de los componentes constitutivos de la noción de vulnerabilidad —evento adverso, incapacidad de respuesta, e inhabilidad para adaptarse y sortear *a posteriori* el riesgo— resulta central para esta investigación. Si el riesgo de caer en “situación de calle” o “sin techo” ya ha sido materializado

para la totalidad de la población objeto de este estudio (o sea, los individuos son, en relación a dicho riesgo, igualmente vulnerables), resultaría estéril definir como variable relevante a la vulnerabilidad y así explicar los determinantes del ingreso a la “situación de calle” o “sin techo”.

La cuestión de las probabilidades de respuesta debe ser, por tanto, considerada en forma diferente. Más que a una particular situación de vulnerabilidad, las capacidades de adaptación y/o salida (o las estrategias a ellas vinculadas), se ajustan a una posición en el campo de las privaciones residenciales; o sea, a la disponibilidad o no de ciertos atributos: recursos, activos o capitales (como se los quiera llamar), que si bien no han servido para evitar el riesgo, resultan potencialmente movilizables frente a una innovación en materia de intervención o acceso a oportunidades. Como cualquier campo, el de las privaciones residenciales supone —de acuerdo a la definición de campo (Bourdieu & Wacquant, 1995)— una serie de reglas o principios rectores. Las posiciones y disposiciones (generadoras de prácticas) al interior de un campo se diferencian, naturalmente, de acuerdo con el lugar ocupado en un momento dado del tiempo, pero también se fijan según la trayectoria que conduce a cada participante a ese lugar. En palabras de Bourdieu, “...*los agentes sociales son el producto de la historia, esto es, de la historia de todo el campo social y de la experiencia acumulada en el curso de una trayectoria determinada en el subcampo considerado*” (Ibidem, 94). Posición, en un sentido estático, no significa lo mismo que posición, en un sentido dinámico.

Abordar el tercer componente, casi siempre olvidado, que involucra la noción de vulnerabilidad —las capacidades y estrategias de respuesta que, dado un espacio de posibilidades determinado por un campo específico, podrían ponerse en juego una vez materializado el riesgo— obliga entonces a utilizar ya no la noción de activos, sino a contemplar las distintas especies de capital (con independencia de su “activación” frente al riesgo acaecido) y a aislar sus perfiles de trayectoria asociados. Realizado el desplazamiento, la posición (con su trayectoria incorporada) estará dada por el grado y composición del capital, generado en base a una estructura de riesgos —no el riesgo de terminar en la calle, sino otros riesgos de diferente naturaleza, ocurrencia, orden temporal y superposición— que la trayectoria condensa. Es, precisamente, el “efecto trayectoria”, lo que permitirá distinguir, al interior de una categoría de individuos “igualmente vulnerables”, entre las diferentes disposiciones que rigen las prácticas dentro del campo considerado (léase, estrategias de adaptación y/o respuesta) (Bourdieu, 1991).

En consecuencia, una propensión similar al riesgo de caer en “situación de calle” o “sin techo” no necesariamente supone igualdad en los niveles y la estructura de privación que sobrevienen con la ocurrencia del evento. Referir el análisis a la configuración diferencial de las privaciones (o su inverso en positivo, los capitales hoy disponibles) implica retrotraerse a una distribución (variable y acumulativa) de riesgos ya materializados, condensados en las trayectorias.

El análisis crítico de procesos sociales mal analizados y mal denominados que actúan, sin saberlo el investigador, en la elaboración de esta especie de artefacto irreprochable que es “la historia de vida” no es en sí mismo su fin. Lleva a elaborar la noción de trayectoria como serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones (...). El sentido de los movimientos que llevan de una posición a otra (...) se define, a todas luces, en la relación objetiva mediante el sentido en el momento considerado de estas posiciones dentro de un espacio orientado. Lo que significa que sólo cabe comprender una trayectoria (...) a condición de haber elaborado previamente los estados sucesivos del campo en el que ésta se ha desarrollado, por lo tanto el conjunto de las relaciones objetivas que han unido al agente considerado —por lo menos, en un determinado número de estados pertinentes del campo— al conjunto de los demás agentes comprometidos en el mismo campo, y enfrentados al mismo espacio de posibilidades (Bourdieu, 1997:82).

En síntesis, las privaciones diferenciales de las personas en “situación de calle” o “sin techo” —tema central en esta investigación— podrían indicar (en teoría) unas posibilidades de salida también variables, dados los diferentes perfiles de estos individuos derivados de la “serie de posiciones sucesivamente ocupadas” por el agente en los “estados sucesivos del campo”(Ibidem)⁹.

9 La referencia a Bourdieu debe estar acotada a su aporte para la conceptualización de la noción de “trayectoria”, que permite realizar un balance crítico de la perspectiva de la vulnerabilidad social. No obstante, este estudio se aleja de las estrategias de investigación desarrolladas por este autor. Para abordar “los estados sucesivos del campo”, debería en primer lugar definirse un campo, determinar la especie de capital que lo distingue, y reconstruir las posiciones y disposiciones (habitus) sucesivamente ocupadas por los agentes, correlativas a la evolución de su estructura; todas tareas que superan ampliamente los objetivos de esta monografía.

SECCIÓN SEGUNDA:

EL OBJETO

El objeto de estudio hasta ahora construido es, como se ha visto, el resultado de una serie de desplazamientos conceptuales encadenados. Así, evitando la asunción de una definición única y excluyente, se ha revisado, en primer término, la noción “situación de calle” o “sin techo” a partir de los distintos elementos (teóricos y metodológicos) implicados en el término inglés *homeless*. Seguidamente, se ha establecido la necesidad de fundar una mirada que, rescatando las dimensiones temporal y residencial, habilite un abordaje dinámico y multidimensional del fenómeno. Con esos antecedentes —y en tercer término— se ha intentado una integración categorial que hace foco en el campo de las privaciones residenciales y su necesaria articulación, en clave dinámica, con otras dimensiones de privación. Finalmente, se ha retomado la discusión sobre el enfoque de la vulnerabilidad social para —análisis crítico mediante— centrar definitivamente el objeto en la cuestión de las privaciones diferenciales de las personas en “situación de calle” o “sin techo”, y su asociación a distintos perfiles de trayectoria.

Resta ahora por definir con mayor precisión las preguntas que guiarán la indagación empírica y la especificación del sistema de hipótesis a contrastar. A ello está dedicado el presente capítulo.

2.1 El problema y las preguntas de investigación

Del marco conceptual presentado se desprende que la existencia de privaciones diferenciales podría sugerir, en la medida en que se ajustan a una serie de disposiciones —o *habitus*, en la teoría de Bourdieu—, unas capacidades diferenciadas de respuesta en las personas en “situación de calle” o “sin techo”.

Ahora bien, este trabajo no se concentra en su identificación y clasificación. Mucho menos pretende reconstruir el sistema de disposiciones de los agentes y, de esa manera, explicarlas. En este sentido, se asume como dada la proposición teórica que sostiene que estas capacidades de respuesta, en tanto componentes constitutivos de las disposiciones, son resultado de (y a su vez reproducen) la relación entre privaciones y trayectorias.

Tampoco se propone aquí identificar grupos vulnerables y explicar (en base a combinaciones diferentes de activos y oportunidades) propensiones distintas a caer en la situación de riesgo que define nuestra población; esto es, la “situación de calle” o “sin techo”. Como ya se dijo, ello sería una empresa absurda, desde el momento en que el riesgo ha sido materializado para la totalidad de los individuos bajo estudio (la vulnerabilidad, así definida, sería una constante, más que una variable).

Si en una mirada estática los agentes en el campo de las privaciones residenciales no presentan variabilidad en cuanto a su vulnerabilidad, resta por ver si en una perspectiva diacrónica registran diferencias tanto en sus trayectorias como en la composición de algunas especies de capital (o su contrario, las privaciones), o a la inversa, presentan distribuciones relativamente homogéneas. En consecuencia, se trata de subvertir una visión estática y descriptiva del fenómeno, en aras de una mirada más comprensiva y dinámica que informe sobre las condiciones posibles para la emergencia de distintos perfiles de personas en “situación de calle” o “sin techo”. Dichos perfiles podrían sugerir (y esto a modo de supuesto) distintas disposiciones y, en consecuencia, probabilidades diferenciales de salida a esta situación¹⁰.

10 Nuevamente, la cuestión de las disposiciones quedará postergada para otra investigación.

Se parte entonces de la base —y esto es otro supuesto sobre el que se apoyarán las preguntas de investigación— de que, más allá de que la presencia de un tipo particular de privación residencial es una condición constante para las personas en “situación de calle” o “sin techo”, pueden establecerse distinciones relevantes en otras dimensiones de privación. Las principales interrogantes de este trabajo, entonces, quedarían formuladas de la siguiente manera. En caso de existir estas distinciones relevantes, ¿qué elementos de las trayectorias de los individuos resultan significativos en la determinación de estas diferencias? ¿Qué otros atributos correspondientes a su actual situación caracterizan a cada uno de estos perfiles? En otras palabras, ¿de qué modo pueden agruparse las trayectorias vitales de estas personas para dar cuenta de diferentes niveles y acumulación de privaciones? ¿Qué diferentes conjuntos de factores correspondientes a sus “historias de vida” se asocian al modo (en teoría variable) en que los individuos se enfrentan a la “situación de calle” o “sin techo”? En resumen, ¿cómo se articulan los distintos tipos de capital disponible por las personas en “situación de calle” o “sin techo” con sus trayectorias?

Ahora bien, por razones de parsimonia teórica, y dadas las restricciones que impone la información disponible¹¹, resulta imposible abarcar un dominio completo de posibles privaciones. Será necesario, entonces, acotar el espacio desde donde evaluar tanto las especies de capital como los eventos de trayectoria a considerar.

Así, en esta investigación el espacio seleccionado para evaluar las privaciones diferenciales está delimitado únicamente por la intersección de tres dimensiones:

1. La dimensión residencial: como ya se dijo reiteradas veces, la privación de una vivienda, en su manifestación más extrema, supone la carencia de un dominio sobre un espacio físico que pueda ser utilizado en forma exclusiva o restringida, la ausencia de una posesión legítima sobre dicho espacio, y la imposibilidad de entablar relaciones sociales privadas. Operacionalmente, las personas que duermen en la calle o en refugios nocturnos integran esta categoría extrema de privación residencial (Meert. H et. al., 2004). En consecuencia, para las personas en “situación de calle” o “sin techo” —las unidades de análisis en esta

11 Las cuestiones estrictamente metodológicas (incluido un balance de la calidad de la información de la cual se dispone) serán tratadas en la siguiente sección.

investigación—esta dimensión resulta constante.

2. La dimensión relacional: la capacidad de entablar relaciones sociales con el entorno está estrechamente vinculada a la situación residencial. La excesiva movilidad en el espacio físico (o la carencia de un lugar fijo para habitar) puede erosionar las posibilidades de acceso a redes de capital social, en donde circulan recursos, información y contactos que permiten al individuo evitar situaciones de riesgo social y sobrellevar condiciones adversas (Kaztman, 2005; Filgueira, 2001). Ahora bien, una débil inserción en estas redes puede también limitar las posibilidades de acceso a una residencia estable¹². La misma relación de interdependencia se observa entre el capital social y la probabilidad de una inserción laboral exitosa (Granovetter, 1994), o entre el capital social y la posibilidad de hacer uso de las oportunidades educativas (Bourdieu, 1991). Si bien el debate sobre el concepto de capital social se encuentra actualmente en pleno desarrollo, no es posible aquí presentar las definiciones elaboradas y utilizadas por distintos autores, provenientes de los más diversos credos¹³. Tampoco resulta necesario. Basta con aceptar que, al menos en el caso de las personas en “situación de calle” o “sin techo”, la posesión de un pequeño número de vínculos (familiares o de otra especie, fuertes o débiles) que reúnan características mínimas en materia de estabilidad y posición social constituye un umbral mínimo de difícil superación. La exclusión en el plano relacional supone por tanto serias restricciones en las capacidades de respuesta a la “situación de calle” o “sin techo”.
3. La dimensión laboral: no es preciso fundamentar por qué la inserción en los mercados de empleo es central para fijar

12 Ya sea porque está subordinado al control de determinados territorios, o porque la ausencia de “garantías” obliga a basar el contrato en la confianza interpersonal, el acceso al mercado informal de vivienda, regido por relaciones menos mercantilizadas, está restringido a quienes posean los contactos y el aval necesario para ingresar a las redes particularistas que regulan su posesión y uso.

13 Desde Coleman hasta Putman, pasando por Bourdieu o Granovetter, sin olvidar a algunos clásicos de la sociología como Durkheim; distintos trabajos económicos y sociológicos intentan determinar el papel que juegan las redes de relaciones sociales (de distinta densidad, forma, extensión e importancia según los recursos que por ellas circulan) en la estratificación social y el acceso a los medios necesarios para escapar y sobrellevar las privaciones.

las pautas de integración y recompensa social. Numerosos trabajos relativos a las causas de la exclusión social (Atkinson, 1998), la marginalidad (Kaztman, 2005), o la desafiliación (Castel, 1997) sugieren sólidos argumentos en esta dirección. Al igual que con la noción de capital social, no es posible ahora presentar y contrastar dichas proposiciones. Nuevamente, alcanza con aceptar que el empleo bajo relación asalariada, con alta dedicación y mínimas condiciones de protección social, constituye hoy un privilegio para sectores de población de baja calificación (Wacuant, 2001; Tilly & Tilly, 1998). La precarización laboral implicará, en consecuencia, dificultades adicionales para las personas en “situación de calle” o “sin techo”.

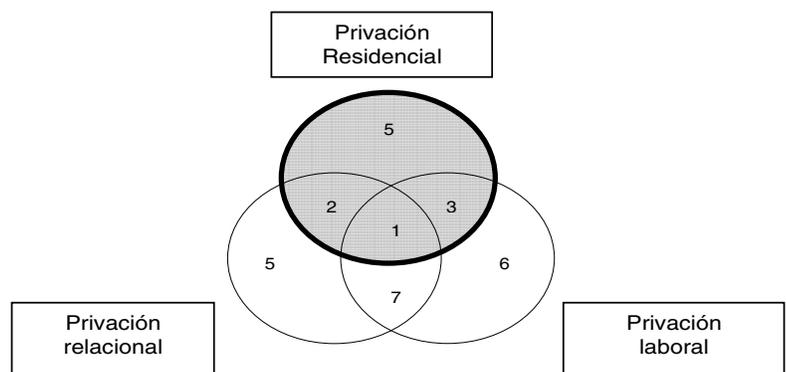
La intersección de estas tres dimensiones configura el espacio desde donde construir una primera clasificación de las personas en “situación de calle” o “sin techo” organizada en torno a sus privaciones diferenciales. La figura 2 (inspirada en los dominios de la exclusión residencial elaborados por Meert) muestra las distintas combinaciones surgidas del cruzamiento de estas esferas. La presencia de privación residencial, como ya se dijo reiteradas veces, delimita las máximas fronteras de nuestro espacio evaluativo, por lo que no serán consideradas las “clases” de individuos que no presenten esta privación (en el diagrama, las intersecciones 5, 6 y 7). Los grupos restantes (1, 2, 3 y 4) quedarán así conformados:

- Grupo 1: Se encuentra en el máximo de privación relativa, ya que sus integrantes, además de sus agudas carencias residenciales, están privados de un umbral mínimo de capital social y no cuentan con una inserción favorable¹⁴ —siempre en términos relativos— en el mercado de empleo.
- Grupo 2: En este esquema, sus integrantes conformarían una categoría intermedia en el conjunto de las personas en “situación de calle” o “sin techo”, ya que a pesar de su privación residencial y relacional mantienen una inserción relativamente favorable en el mercado de trabajo.

¹⁴ La acepción “favorable” se utiliza para caracterizar una situación que indica ausencia de privación. En este sentido, no debe ser interpretada en términos absolutos, y debe tenerse en cuenta que siempre refiere al inverso de una situación de privación relativa.

- Grupo 3: También una categoría intermedia, sus miembros no mantienen una buena inserción en el mercado de empleo y (naturalmente) están privados de una residencia fija y estable, si bien disponen de ciertos vínculos externos al mundo de calle con los que mantienen y acceden a recursos “valiosos”.
- Grupo 4: Sus integrantes resultan mejor posicionados (siempre en términos relativos) en el contexto de las privaciones residenciales. Disponen de un mínimo de capital social y una inserción laboral favorable.

Figura 2: Esferas de privación y diferentes categorías de personas en “situación de calle o sin techo”.



2.2 Las hipótesis

Así diagramado el campo de las privaciones, es posible formular una serie de hipótesis, ya enunciadas en reiteradas oportunidades, pero que hasta ahora no han sido formalizadas ni especificadas para las dimensiones seleccionadas.

Hipótesis general:

Tanto las diferencias en relación a la calidad y número de vínculos (capital social) como las diferencias en relación a la inserción en el mercado de trabajo de las personas en “situación de calle” o “sin techo” están asociadas a sus trayectorias, de modo que una mejor inserción laboral relativa y una mayor capacidad de vinculación relativa están negativamente asociadas a la ocurrencia de eventos adversos en su pasado.

Hipótesis específicas:

- (a) El capital social y la inserción laboral están negativamente asociados al pasaje por situaciones de vulnerabilidad social en los primeros años de vida.
- (b) El capital social y la inserción laboral están asociados negativamente a la presencia de trayectorias laborales precarias.
- (c) El capital social y la inserción laboral están asociados negativamente a la persistencia de situaciones de exclusión residencial.
- (d) El capital social y la inserción laboral están asociados positivamente a una secuencia causal de rupturas en donde la privación laboral y la disolución de vínculos familiares anteceden al inicio de la exclusión en el plano residencial.

SECCIÓN TERCERA:

LA ESTRATEGIA

Como en toda investigación, precisar las fuentes de información que se utilizan, las posibilidades de inferencia estadística que proveen, y las limitantes que de ellas se derivan, resulta una exigencia ineludible si se pretende juzgar su alcance y validez. También las proposiciones teóricas formuladas —las hipótesis recién presentadas— suponen, acto seguido, la realización de una serie de operaciones tendientes a su conversión en enunciados empíricamente observables y, por lo tanto, contrastables. Se trata de delimitar el conjunto de variables que serán consideradas en la operacionalización de los principales componentes de nuestro objeto de estudio.

El presente capítulo aborda estas dos cuestiones. En primer lugar, se detallan las principales características tanto de los datos como del muestreo estadístico utilizado. En segundo lugar, se presentan las principales variables que conforman la base empírica para el análisis de las privaciones y las trayectorias.

3.1 Sobre las fuentes de datos y el diseño muestral

El antecedente principal de esta investigación es el proyecto (actualmente en curso) “Caracterización socioeconómica de las personas que viven en situación de calle”¹⁵.

15 El proyecto contó con el financiamiento de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República. El equipo de investigación fue integrado por Gonzalo Salas, Rodrigo Ceni, Fernanda Ceni y Gabriel Chouhy. La tutoría académica estuvo a cargo de Rodrigo Arim, investigador el área de Empleo e Ingresos del Instituto de Economía (Facultad de Ciencias Económicas y Administración), y el diseño muestral corrió por cuenta del Instituto de Estadística (perteneciente al mismo servicio universitario). Para la realización del trabajo de campo se

Durante los meses de invierno del 2005, se aplicó una encuesta a una muestra representativa de los usuarios de la red de refugios de Montevideo, donde se relevó información relativa a las trayectorias laborales, familiares y residenciales de estas personas, su tránsito por el sistema educativo y sanitario, su vinculación a redes sociales (familiares, de sociabilidad e institucionales), y los distintos momentos de ruptura. La encuesta también indaga sobre la valoración de la asistencia brindada en los refugios y las actividades desarrolladas en la vida cotidiana. Los microdatos obtenidos de la encuesta constituyen la principal fuente de información del presente estudio¹⁶.

De la fuente de datos utilizada se desprende que la información estadística disponible no refiere, en sentido estricto, a las personas en “situación de calle” o “sin techo” (los que no asisten a refugios quedan excluidos). Mucho menos abarca a la totalidad de la población con privaciones residenciales (los habitantes de asentamientos irregulares, por ejemplo, tampoco se incluyen). Los casos (unidades de análisis) que componen la población de estudio son únicamente aquellos individuos que utilizan la red de refugios de

contó con el apoyo (y el interés) de los dos principales actores públicos involucrados en las políticas de atención a las personas en “situación de calle” o “sin techo”: la Intendencia Municipal de Montevideo, que coordina el Comité Interinstitucional del Plan Invierno (en donde a su vez participan diversas agencias estatales y organizaciones no gubernamentales); y el Ministerio de Desarrollo Social, a través del Programa de Atención a los Sin Techo (PAST).

16 Los objetivos del mencionado proyecto eran bien distintos a los planteados en esta investigación, ya que el tratamiento de los datos estadísticos se realizaba con fines meramente descriptivos (como lo dice el nombre, se busca la “caracterización” de las personas en “situación de calle” o “sin techo”).

Montevideo durante un período acotado de relevamiento¹⁷.

En Montevideo, la red de asistencia a las personas en “situación de calle” o “sin techo” está compuesta por dos tipos diferentes de refugios:

1. Refugios coordinados por el Plan Invierno - PAST¹⁸. La asistencia que brindan está articulada a otros programas sociales, por lo que se espera que el tiempo de uso sea relativamente acotado. Para facilitar la intervención, se dividen en 4 categorías, según distintos perfiles de usuarios.
 - Familias. Se caracterizan por mantener el núcleo familiar en funcionamiento. Por lo general, la jefatura está a cargo de los hombres desocupados.
 - Hombres solos.
 - Mujeres solas (con o sin hijos a cargo)
 - Población crónica. Son alojados en refugios denominados de “baja tolerancia” (en alusión a la flexibilidad en cuanto a reglas de conducta).
2. Refugios gestionados por ONGs y organizaciones privadas con fines filantrópicos. Comparten la característica de que la asistencia no está necesariamente vinculada a otras prestaciones sociales. Presentan tasas de rotación significativamente menores, y una mayor diversidad en las reglas de alojamiento. Pueden dividirse en dos categorías:
 - Refugios permanentes. Los usuarios presentan mayores promedios de edad y son por lo general de sexo masculino.

17 Se dice entonces, para ser más precisos, que el marco muestral así construido resulta de una medida de flujo sobre la población: se consideran las personas en “situación de calle” o “sin techo” que en algún momento durante un período de tiempo determinado cumplen con algún principio de demarcación establecido (en este caso, dormir al menos un día en algún refugio) (Meert, H et. al., 2004; Fitzpatrick et. al., 2000).

18 El Plan invierno, iniciado en el 2000 y conocido como Frío Polar, constituye el primer intento de intervención pública específicamente focalizada en la asistencia a las personas en “situación de calle o sin techo”. Básicamente, ofrece dormitorio, ducha, y alimentos y —en los últimos años— se complementa con planes de capacitación laboral, centros de atención diurnos y otros servicios. Por otro lado, el PAST es uno de los componentes principales del Plan de Atención Nacional a la Emergencia Social (PANES), impulsado por la nueva administración con el objetivo de atender las situaciones de extrema pobreza. Se inicia en el 2005, con el objetivo de absorber paulatinamente las funciones coordinadoras del municipio en el área, unificar y nacionalizar la red de refugios, e incorporar algunas innovaciones (entre otras, mantener en funcionamiento los refugios más allá de los meses de invierno, incluir al conjunto de sus usuarios al PANES, y promover la investigación sobre el fenómeno).

- Hogares y centros de atención. Atienden a personas con características particulares. Por lo general, su población se compone de mujeres jóvenes con hijos a cargo.

Tanto las características de la red de refugios como la naturaleza esencialmente móvil de la población considerada acarrearán una serie de inconvenientes para el diseño de una muestra probabilística. En primer lugar, el número de personas que asisten a los refugios varía según el día, por lo que encontrar todos los días siempre a las mismas personas resultaba imposible. En consecuencia, sólo era posible conocer la población total de los usuarios de la red de refugios una vez finalizado el relevamiento¹⁹. En segundo lugar, las personas tienen distintos tiempos de permanencia en tanto usuarios de la red: algunos duermen durante un tiempo considerable en los refugios, mientras que otros lo hacen solamente algunos días. En definitiva, la probabilidad de selección de estos individuos resultaba variable según la permanencia de cada usuario, y según la cantidad de usuarios que duermen en los refugios cada día de relevamiento.

Contar con un marco muestral y conocer la probabilidad de inclusión de los casos en la muestra, son ambos principios ineludibles del muestreo probabilístico. Para superar los inconvenientes planteados y cumplir con estos principios, se diseñó una muestra estratificada por refugio, asignando a cada estrato un tamaño de muestra proporcional a su tamaño relativo (el número de camas del refugio en relación al número de camas totales), y ponderando cada caso en base a la probabilidad de inclusión muestral (variable según la población del refugio el día del relevamiento y los días de concurrencia del individuo al refugio). Intuitivamente, se supone que los individuos con mayores probabilidades de inclusión en una muestra aleatoria (los que utilizan más el refugio) se encuentran sobre-representados en la muestra respecto a la población; y a la inversa, los individuos con menores probabilidades de inclusión (los que lo utilizan poco) están sub-

19 Para contar ex-ante con estimaciones confiables del número de personas en “situación de calle” o “sin techo” sería necesario dar por lo menos dos pasos fundamentales. En primer lugar, establecer una definición institucional (preferentemente ajustada a las definiciones internacionales) de lo que significa estar “en situación de calle” o “sin techo”. En segundo lugar, realizar un censo de la población definida, aplicando una serie de técnicas de rastreo y contabilización. Sobre este último punto se centra actualmente el debate especializado sobre la medición de los homeless. Ninguna de estas acciones había sido realizada en el momento del relevamiento. No obstante, tres semanas antes de la finalización de este trabajo, el PAST (a iniciativa de sus técnicos) realizó el primer conteo de personas en situación de calle en Montevideo.

representados. Fue necesario entonces idear un protocolo de muestreo que corrigiera (aunque fuera a posteriori) el sesgo de la muestra hacia las personas más asiduas a los refugios. Y para ello, se registraron e identificaron a las personas que concurren a los refugios los días de relevamiento. De los registros se estimaron las probabilidades de inclusión, y de ahí se derivaron los expansores: el inverso de las probabilidades de inclusión muestral, o sea, la “representación” de cada individuo en la población total. (Si en una muestra de un listado de “N” individuos sorteamos aleatoriamente “n” individuos para ser entrevistados; cada caso seleccionado “representa” a N/n. Sus respuestas equivalen en la población total a N/n, cuando en la muestra equivalen a la unidad. El expansor queda establecido en N/n)²⁰.

3.2 Sobre las variables a utilizar

Delineadas las dimensiones desde donde evaluar las preguntas de investigación formuladas, y presentadas tanto las fuentes de información como las decisiones muestrales adoptadas, resta enunciar las distintas variables que se consideran en el análisis. Explicitar las decisiones metodológicas que permiten trabajar operacionalmente con las privaciones y las trayectorias es paso previo de cualquier análisis estadístico.

El modelo de análisis que aquí se construye y especifica pone en juego —de manera diferenciada— dos clases distintas de variables:

- Variables de “posición”. El corte temporal es importante para su selección: suponen una mirada estática de una serie de atributos que, operando en conjunto, configuran una tipología de estas personas en “situación de calle” o “sin techo”. Pueden dividirse en dos niveles de importancia:

20 A los inconvenientes recién expuestos, se sumaba el hecho de que, dada la extensión del formulario, la capacidad locativa y las actividades de los refugios, solo puede realizarse una entrevista por día en cada refugio, y solo en algunos días de la semana. En la práctica, se concurre a cada refugio el día anterior al comienzo de las entrevistas, confeccionando una planilla con las personas que asisten ese día. A partir de esa planilla se sortea una persona para que sea entrevistada el día siguiente. Si esa persona no asiste ese día o no accede a ser encuestado se sigue con el siguiente en la lista. Al mismo tiempo, el día que se realiza la entrevista se actualiza la planilla, de manera que al siguiente día que se concurre el sorteo se realiza en base al registro actualizado. El resultado de este procedimiento arrojó una muestra de 129 individuos, expandida a una población de 593 usuarios de la red de refugios de Montevideo.

- Variables de “clasificación”. Dan cuenta de los estados “objetivos” en que se encuentran los individuos en el momento actual. Consideradas en forma combinada permiten aislar las distintas especies de capital y, de este modo, establecer clasificaciones al interior de la categoría “situación de calle” o “sin techo” en base diferentes tipos y niveles de privación. Son, por tanto, el núcleo explicado del modelo.
- Variables de “caracterización”. Informan sobre aspectos adicionales que complementan la descripción de cada una de las clasificaciones realizadas según el primer grupo de variables. Pueden remitir tanto a categorías estructurales típicamente utilizadas en los estudios de pobreza (el sexo, la educación, la edad) como a otras dimensiones relativas a los consumos, las expectativas o las condiciones de salud del individuo.
- Variables de “trayectoria”. Corresponden a las condiciones que llevan a los individuos a ubicarse en una u otra de las clasificaciones delimitadas por las variables de “posición”. En la medida que informan sobre los procesos de acumulación relativa de desventajas, forman parte del núcleo explicativo del modelo. Según el grado en que se presentan y superponen, pueden constituir diferentes clases o tipos de trayectorias. El corte temporal es, ahora, más diacrónico que sincrónico. Pueden clasificarse en tres tipos:
 - Variables de “ruptura”. Refieren a distintas dimensiones en que la privación puede manifestarse y condensarse en las trayectorias (familiar, residencial, laboral).
 - Variables de “tiempo”. Operan en tanto “multiplicadores” de las variables de “ruptura”. Se entiende que ante la ocurrencia de un evento adverso que modifica una situación, la perpetuación en el tiempo del nuevo escenario amplifica sus efectos negativos.
 - Variables de “orden”. Resultan del tratamiento conjunto de los dos grupos de variables recién enumerados. Permiten establecer la precedencia temporal de un tipo de privación respecto de otro, delimitando la secuencia en la cual se organiza una trayectoria.

Las variables de clasificación

La operacionalización de las dos dimensiones utilizadas para diferenciar niveles de privación exige el establecimiento de umbrales mínimos de capital social e inserción laboral. Por debajo de cada umbral, las personas en “situación de calle” o “sin techo” se verán incluidas en sendas esferas de privación; y viceversa, por encima de cada umbral se las considerará “capitalizadas” en la dimensión considerada.

1. Para la evaluación del capital social, se consideran algunas variables relativas a las características de los vínculos (familiares o amigos) que los encuestados declaran tener actualmente, y los recursos de distinto tipo que dichos vínculos transfieren al encuestado. El máximo de vínculos registrado en el formulario de encuesta es 4, por lo que sólo se incluyen los vínculos con los que mantiene contacto con mayor frecuencia. Se excluyen además (si es que tiene) los hijos menores de 14 años y el cónyuge.

La calificación de los vínculos es un paso fundamental para discriminar la composición del capital social y así determinar si la situación relacional resulta potencialmente favorable a la salida a la “situación de calle”. El supuesto que hay por detrás es que la inserción en una red no puede valorarse por su mera existencia, sin atender a las características de los vínculos que la componen; incluso el capital social puede resultar negativo si la clausura de la red y los recursos que por ella circulan favorecen la reproducción de —o la adaptación a— una particular situación de privación. Numerosos trabajos sobre capital social discuten la diferencia entre los lazos débiles (amigos y familiares lejanos) y los lazos fuertes (familiares cercanos) (Filgueira 2001; Granovetter, 1994; Coleman, 1988). La disponibilidad de vínculos más laxos y numerosos como garantía de acceso a mayor información y recursos es defendida por quienes destacan la importancia del capital social conformado preferentemente por lazos débiles. Por otro lado, los que defienden la importancia de los lazos fuertes argumentan que la inclusión en redes relativamente clausuradas y con alta densidad de interacciones constituye la base para la capitalización de los activos fundamentales (por ejemplo, la educación y las competencias básicas para insertarse exitosamente en el mercado de empleo). No es posible aquí retomar esta discusión,

por lo que se entiende que, con independencia de su composición (más lazos débiles o más lazos fuertes), el capital social “valorable” se fija en función del acceso efectivo a una canasta de recursos que por la red circulan.

Siguiendo este criterio de calificación de los vínculos que jerarquizan los recursos que circulan por la red y no la naturaleza del vínculo, se construye un índice sumatorio simple de los vínculos del encuestado²¹, si se cumple que el individuo haya recibido de esa persona, durante el último mes, acceso a un techo para dormir, ayuda en dinero, trabajo o contactos para trabajar. Además, para los denominados “lazos débiles” (aquellos que no corresponden al núcleo familiar) se establece como requisito que no estén en su misma situación, excluyendo del índice los vínculos pertenecientes a las redes propias del entorno de calle.

Finalmente, se fija un determinado valor del índice como el umbral considerado mínimo en la dimensión relacional. En suma, estarán dotados de un mínimo de capital social aquellas personas en “situación de calle” o “sin techo” que dispongan de por lo menos un vínculo calificado. Al contrario, se considera “privado en la dimensión relacional” a un individuo que no tenga ni un solo vínculo con las condiciones especificadas.

2. Como ya se dijo, la inserción al mercado de empleo para las personas en “situación de calle” o “sin techo” tiende a ser en general precaria, por lo que la exigencia que establece el umbral debe ser baja, si se pretende distribuir en proporciones razonables a la población²². Para la evaluación de la dimensión laboral se consideran variables relativas al tipo de relación en el empleo, el medio ambiente donde se desempeña la tarea, la dedicación horaria, y la formalización de la relación laboral.

En primer lugar, la variable “relación laboral en el empleo” establece si el trabajo es remunerado a través de un salario (público o privado), si forma parte de un

21 El rango del índice variará, entonces, entre 0 y 4 vínculos.

22 “Proporciones razonables” no significan “proporciones similares”, sino proporciones lo suficientemente grandes para garantizar la inferencia estadística. En muestras pequeñas, estas proporciones deben ser aún mayores (por ejemplo, el cálculo de un χ^2 , esencial en un test de independencia estadística, exige al menos 5 observaciones esperadas para cada celda de una tabla de contingencia).

emprendimiento familiar, o si es realizado por cuenta propia (en sus tres versiones: sin una inversión en capital físico para el inicio del emprendimiento, con inversión pero sin personal a cargo, y con inversión y personal a cargo). En esta investigación se considera como uno de los rasgos constitutivos de un tipo precario de inserción laboral al trabajo desempeñado por cuenta propia sin inversión o bajo relación de dependencia familiar. Por el contrario, trabajar bajo un contrato asalariado (formal o informal), o contar con el capital mínimo para montar un negocio y/o contratar personal es considerado una forma de inserción relativamente favorable. Sin lugar a dudas, este criterio poco exigente con el tipo de relación laboral resulta discutible. Podría —no sin razón— argumentarse que un trabajo asalariado no garantiza condiciones mínimas de empleo, y que en sectores de baja calificación deviene directamente en explotación. No obstante, el trabajo asalariado proporciona (al menos potencialmente) mayores niveles de protección, mayor estabilidad y mejores condiciones para el acceso a redes de capital social y oportunidades de bienestar que otro tipo de inserción en donde la relación de dependencia no está reconocida. Para una población en la cual la inserción laboral está mayoritariamente caracterizada por la exclusión absoluta o, en su defecto, por la precariedad en la relación laboral —no debe olvidarse que las changas (trabajadores por cuenta propia sin capital físico) constituyen para gran parte de estas personas la única fuente de ingreso laboral—, el trabajo asalariado constituye un requisito necesario (aunque no suficiente) para evitar la exclusión social²³.

En segundo lugar, se toma en cuenta el entorno en donde se desempeña la tarea. Aquí es importante diferenciar contextos de trabajo que reproducen la situación de privación residencial, y ambientes que mantienen al individuo vinculado a “mundos del trabajo” ajenos a la “situación de calle” o “sin techo”. En este sentido,

23 Si se mira esta cuestión desde la política social (o las estructuras de oportunidades), se observa que los regímenes de bienestar, hasta hace muy poco tiempo, organizaban el conjunto de prestaciones sociales en torno a la figura del trabajador jefe de familia, de modo que la precarización del acceso al mercado de trabajo suponía la ruptura del vínculo entre individuo (y su familia) y la matriz de bienestar. En tiempos donde las políticas públicas intentan restaurar la negociación colectiva y recrear el rol mediador del Estado en las relaciones laborales, la “salarización” cobra importancia creciente para el logro del bienestar.

agrupando las tareas desempeñadas en el trabajo de mayores ingresos se obtiene una variable que discrimina si el individuo trabaja o no en la calle. Se trata, en definitiva, de determinar si la calle además de ser el lugar habitual de convivencia es también medio de subsistencia²⁴. Se supone que cuando coinciden ambas situaciones, mayor es la distancia que se establece entre el “mundo de calle” y el “mundo exterior”, por lo que las capacidades —entendidas, siguiendo a Sen (1999), como libertades de opción entre distintas formas de vida—se verán en mayor medida menguadas.

En tercer lugar, con independencia del tipo de relación laboral, la subocupación (medida en horas semanales trabajadas) es un indicador relevante de desafiliación respecto al mundo del trabajo. La dedicación horaria es una variable clave para asegurar mínimos niveles de ingreso. Pero también una baja exposición a entornos laborales significa menores chances de acumulación de un tipo de capital social ajeno al “mundo de la calle” y, sobre todo, menor adquisición de las competencias necesarias para integrarse al mercado, disciplinar el uso del tiempo y proyectar el sujeto en el futuro. El umbral mínimo que aquí se establece será de 30 horas semanales, por debajo del cual el individuo se considera sub-ocupado.

En cuarto lugar, el acceso a la seguridad social constituye un rasgo fundamental de cualquier inserción laboral favorable. No es necesario extenderse en este punto. Basta con recordar que el trabajo asalariado legalmente reconocido garantiza —vía aportes— el acceso a seguros de salud de cierta calidad, al tiempo que genera derechos jubilatorios. Por el contrario, la informalidad en el trabajo viene generalmente acompañada de privaciones en la cobertura de salud y, naturalmente, no permite el acceso al régimen de previsión social.

Finalmente, agregando en un índice sumatorio simple²⁵ las cuatro variables consideradas se fija como umbral aceptable 2 o menos privaciones. En

24 Los cuidacoches, los limpiavidrios, los vendedores ambulantes, o los malabaristas son típicos ejemplos de trabajos desempeñados “en la calle”. No todos los individuos que realizan estas tareas se encuentran en “situación de calle” o “sin techo”, si bien se encuentran sobre-representados en la población de los refugios.

25 Nuevamente, el rango va de 0 a 4.

suma, estarán dotados de una inserción laboral favorable (siempre en términos relativos) aquellas personas en “situación de calle” o “sin techo” que reúnan por lo menos dos de las siguientes características: tener un empleo asalariado, no trabajar en la calle, tener una dedicación horaria igual o superior a las 30 horas semanales y aportar a la seguridad social.

La combinación de las dos dimensiones de privación, así fijados sus umbrales, permite delimitar las categorías operacionales de las personas en “situación de calle” o “sin techo”, tal como se muestra en la tabla 3.

cuanto a la edad, podría esperarse menor acumulación de activos de capital social en los más jóvenes o, en sentido inverso, menores chances de reinserción al mercado de empleo frente situaciones precarias en los más viejos. Finalmente, la educación generalmente favorece la empleabilidad e incrementa el capital social, si bien es discutible la existencia de umbrales mínimos por debajo de los cuales no existirían diferencias en las recompensas.

Otras variables de caracterización pueden ser contrastadas con las categorías operacionales. A priori, parece razonable suponer que una mejor o peor posición relativa en el campo de las privaciones se asocia a distintas estrategias de sobrevivencia, o a

diferentes niveles de exposición a otros riesgos que, aunque de menor jerarquía, vienen atados a una u otra posición. Los indicadores que aquí se consideran para dar cuenta de estos aspectos refieren a la utilización de fuentes alternativas de acceso a vestimenta y/o alimento, la vinculación a organizaciones con fines asistenciales, la experiencia de situaciones violentas, y la prevalencia en el consumo de drogas.

En primer lugar, se toma una variable que mide si

el individuo obtiene o no ayuda en dinero, vestimenta y/o alimentos a través de la mendicidad, el reciclaje de residuos, o actividades ilegales²⁶. Se trata de ver si una mejor inserción laboral y una mayor dotación de capital social vuelven prescindibles dichas actividades o, a la inversa, la mayor integración social facilita el acceso a fuentes alternativas de subsistencia. En segundo lugar, sucede algo similar con la dependencia de organizaciones asistenciales. La variable que aquí se utiliza informa si el individuo

Tabla 3: Categorías conceptuales y operacionales de personas en “situación de calle” o “sin techo”

		Categorías Conceptuales		Categorías Operacionales	
Situación de calle o sin techo	Crónica	1	Con Privación Laboral y Relacional	1	* No trabajan * Trabajan pero cumplen al menos 3 condiciones: - Cuenta propia sin local o no remunerados - Trabajan en la calle - Menos de 30 horas - No aportan al BPS No tienen vínculos familiares que reporten dinero, vivienda o trabajo; o no tienen vínculos no familiares que le reporten dinero, vivienda o trabajo y que además no estén en calle
	Intermedia	3	Con Privación Relacional	3	* Trabajan y cumplen al menos 2 condiciones: - Asalariados - No trabajan en la calle - 30 o más horas - Aportan al BPS No tienen vínculos familiares que reporten dinero, vivienda o trabajo; o no tienen vínculos no familiares que le reporten dinero, vivienda o trabajo y que además no estén en calle
		2	Con Privación Laboral	2	* No trabajan * Trabajan pero cumplen al menos 3 condiciones: - Cuenta propia sin local o no remunerados - Trabajan en la calle - Menos de 30 horas - No aportan al BPS Tienen vínculos familiares que reporten dinero, vivienda o trabajo; y/o tienen vínculos no familiares que le reporten dinero, vivienda o trabajo y que además no estén en calle
	Leve	4	Sin Privación Laboral ni Relacional	4	* Trabajan y cumplen al menos 2 condiciones: - Asalariados - No trabajan en la calle - 30 o más horas - Aportan al BPS Tienen vínculos familiares que reporten dinero, vivienda o trabajo; y/o tienen vínculos no familiares que le reporten dinero, vivienda o trabajo y que además no estén en calle

Fuente: Elaboración propia

Las variables de caracterización

Las variables sociodemográficas son habitualmente utilizadas para dar cuenta de las distintas configuraciones de pobres. Esta investigación no constituye una excepción. Así, conformadas las categorías operacionales (recién presentadas), se trata de analizar si variables como la edad, el sexo o el nivel educativo se distribuyen diferencialmente según los distintos niveles de privación.

Por un lado, en el caso del sexo, se intenta ver de qué modo afecta la inserción laboral. En

26 Obviamente, se excluyen las ayudas provenientes de amigos y familiares, que forman parte de la medición del capital social.

está vinculado a algún tipo de ayuda social, sean éstas organizaciones religiosas, ONGs, comedores, ollas populares, etc. Podría ocurrir que aquellos con peor dotación en las especies de capital consideradas demanden mayor atención de organizaciones colectivas o, en sentido contrario, el mayor desarrollo del capital social colectivo se corresponda con un mayor número de vínculos a nivel individual y una mejor inserción en el mercado de empleo. En tercer lugar, se supone que los individuos privados en el acceso a redes sociales y carentes de una inserción laboral favorable serán más vulnerables a riesgos que atenten contra su seguridad física. Pero también podría suceder que los más adaptados, aunque privados de estos atributos, hayan desarrollado estrategias para evitar dichos riesgos. En este sentido, se considera una variable que mide la exposición a situaciones de robo, abuso, maltrato o violencia durante el mes anterior al relevamiento. Finalmente (y en cuarto lugar), se introduce una variable que mide el consumo de alcohol y otras drogas ilegales durante el último mes (excluyendo el uso de psicofármacos, cigarrillos y estimulantes “blandos”), para ver si el consumo de sustancias psicoactivas puede estar o no asociado a menores niveles de inserción laboral, así como a carencias relacionales.

En conjunto, estas variables proveen una descripción más exhaustiva de las categorías operacionales construidas, fijando las posiciones de las personas en “situación de calle” o “sin techo”. La tabla 4 lista ambos tipos de variables (de clasificación y caracterización) y detalla sus niveles de medición.

Las variables de ruptura

Los diferentes grados de vulnerabilidad que una trayectoria condensa deben ser medidos fijando algunas dimensiones. Aquí se consideran factores pertenecientes a tres dimensiones de privación —familiar, residencial y laboral— que en teoría erosionan (o alimentan) procesos de pérdida (o acumulación) de las distintas especies de capital que, en un corte estático, constituyen

las posiciones de las personas en “situación de calle” o “sin techo”. La inclusión de estos factores no sigue necesariamente el criterio del riesgo materializado. En este sentido, una ruptura en la trayectoria puede definirse como evento negativo acaecido; pero también puede entenderse como exposición a situaciones vulnerables en el pasado, independientemente de que sus consecuencias no puedan ser del todo medidas. Así, se consideran variables que informan, por un lado, sobre la ocurrencia de algunos puntos de inflexión en las historias de vida de los individuos y, por el otro, indican presencia o ausencia de trayectorias marcadas por la privación.

En el nivel familiar, se utilizan dos

Tabla 4: Variables de clasificación y caracterización de las personas en “situación de calle” o “sin techo”

Tipo de variable		Variable	Medición
De clasificación		Capital Social	Dicotómica (por lo menos un vínculo calificado, ningún vínculo calificado)
		Situación laboral	Dicotómica (dos o menos privaciones laborales, tres o más privaciones laborales)
De posición	De caracterización	Años de educación formal	Continua
		Nivel de educación alcanzado	Dicotómica (con umbral en los 10 años de educación)
		Sexo	Dicotómica (con umbral en los 10 años de educación)
		Edad	Continua
		Edad	Dicotómica (la mitad más joven, la mitad más vieja)
		Vínculos con alguna organización colectiva	Dicotómica (sí o no)
		Obtiene ayuda de una fuente no laboral (mes anterior)	Dicotómica (sí o no)
		Exposición a situaciones de robo, abuso, maltrato o violencia (mes anterior)	Dicotómica (sí o no)
Consumo de sustancias en el mes anterior	Dicotómica (sí o no)		

variables que dan cuenta de la estructura y tamaños del hogar de nacimiento. En primer lugar, se considera un indicador que mide el número de integrantes del hogar de nacimiento. Se supone que los hogares más numerosos están asociados a una mayor presencia de niños, o sea, a una menor diversificación de fuentes de ingreso, y por lo tanto a un mayor nivel de vulnerabilidad a la pobreza (Longhi & Fernández, 2002). En segundo lugar —y por razones similares—, se incluye una variable que permite distinguir la presencia de hogares compuestos al momento del nacimiento. Las personas nacidas en hogares con miembros no familiares presentan —en teoría— peores condiciones para acumular “activos”, ya que son el resultado de estrategias de fusión familiar orientadas a maximizar el ingreso mediante economías de escala, por lo que no es casualidad su mayor prevalencia en familias pobres (Kaztman, 1999).

En la dimensión laboral, se atienden criterios similares a los utilizados para definir los umbrales mínimos de inserción laboral favorable. El empleo estable bajo relación asalariada supone, en contextos marcados por la precariedad, el sub-empleo y la baja calificación, una mejor posición relativa que el trabajo realizado por cuenta propia o en forma no remunerada. Se espera entonces que un individuo que en su trayectoria presente una inserción laboral predominantemente asalariada y estable estará en mejores condiciones de afrontar la “situación de calle” o “sin techo”. La variable que en este caso se utiliza resume un conjunto de indicadores de trayectoria laboral. Básicamente, considera los tres trabajos anteriores de mayor duración declarados en la encuesta y la duración de los períodos de desempleo entre cada uno. Aquellos individuos que hayan sido asalariados en dichos trabajos y al mismo tiempo hayan tenido períodos de desempleo menores de seis meses (el tiempo cubierto por el seguro de paro) tendrán entonces una trayectoria laboral relativamente favorable. Naturalmente, se evalúa en forma diferenciada a de las personas con distinta experiencia laboral, evitando penalizar a los más jóvenes (por ejemplo, si el individuo tuvo solamente dos trabajos se consideran únicamente esos dos trabajos y el período intermedio).

En el plano residencial, se utilizan tres variables. En primer lugar, se intenta determinar la gravedad de la exclusión en el acceso a la vivienda en el período inmediatamente anterior al ingreso al refugio (un mes exactamente). En este sentido, se supone que aquellos individuos que en los 30 días de referencia hayan dormido al menos un día en la calle estarán sometidos a mayores privaciones en relación a aquellos que, a pesar de que duermen actualmente en un refugio, pudieron evitar la “situación de calle” o “sin techo” en el sentido estricto del término²⁷. En segundo lugar, se considera la precariedad en la tenencia de la vivienda en el último alojamiento que el individuo declara haber estado estable (donde vivió por lo menos seis meses). Una tenencia irregular o insegura indica la articulación (y seguramente una mayor extensión) de

27 Los lugares que se consideran como “situación de calle” o “sin techo” strictu sensu son los siguientes: en la vereda sin techo o solo con aleros; en la puerta de edificios o garaje (en entradas bajo techo); en una galería o edificio debajo de las escaleras; en los corredores o en la emergencia de un hospital; en casa o edificio abandonado en construcción sin servicios públicos (luz, agua, etc.); en un auto u vehículo; en carpa o casilla; en estación de ómnibus; en un parque, plaza o playa al descubierto; en terreno baldío al descubierto. Por otra parte, los lugares que no se consideran como “situación de calle” o “sin techo” strictu sensu son los siguientes: en un refugio; en una pensión o casa de inquilinato; en un hotel; en un asentamiento; en casa o apartamento.

distintas privaciones residenciales o, en otras palabras, la manifestación de un proceso de exclusión residencial prolongado. La variable que ahora se utiliza distingue situaciones de propiedad o arrendamiento de vivienda (situación regular) de otros contextos residenciales caracterizados por la precariedad (situación irregular): habitante en casa de la pareja, invitado en casa de familiares o amigos, ocupante con o sin permiso de una propiedad u ocupante en relación de dependencia laboral. En tercer lugar, es preciso atender a la ubicación geográfica del alojamiento estable considerado. Una mayor distancia física respecto al último lugar estable indica, en teoría, mayores niveles de ruptura con el contexto social de origen (Filgueira, 2001). Visto que el erosionamiento de vínculos o la pérdida en el acceso a otras oportunidades aumenta cuanto más pronunciada resulta la movilidad geográfica, el migrante estará en peores condiciones de afrontar la “situación de calle” o “sin techo” que el no migrante. La variable aquí considerada diferencia entre individuos cuyo último alojamiento estable se encontraba en Montevideo de aquellos provenientes del interior del país o directamente de un país extranjero.

Las variables de tiempo

Las variables temporales operan como amplificadores de los procesos de exclusión social. La literatura especializada en vulnerabilidad y pobreza aboga por la incorporación del tiempo como una dimensión adicional que incide en la determinación del grado y naturaleza de las privaciones. En este sentido, se argumenta que a las mediciones estáticas que informan sobre la vulnerabilidad de un hogar o individuo deben combinarse con elementos dinámicos que den cuenta de la duración y recurrencia de las condiciones que están en el origen de una determinada situación. Es preciso distinguir, en consecuencia, la privación transitoria de la privación persistente. Las variables que aquí se consideran dan cuenta de la persistencia del riesgo en dos de las dimensiones clave señaladas: residencial y laboral.

En el plano residencial, se utilizan tres variables diferentes para asignar valores de tiempo a esta dimensión. En primer lugar, se toma el tiempo transcurrido entre que el individuo comenzó a dormir en la calle *strictu sensu* y el ingreso al refugio. Como no se dispone de mediciones continuas, se marca un umbral exigente (un año) para discriminar entre las personas en “situación de calle” o “sin techo”

relativamente recientes de aquellas que llevan un tiempo prolongado durmiendo a la intemperie. Naturalmente, este indicador informa únicamente sobre privaciones residenciales agudas e inmediatamente anteriores al ingreso al refugio (correspondientes al último período de inestabilidad), y nada aporta sobre el tiempo de exposición a otras condiciones de vivienda precaria que escapan a la “situación de calle” o “sin techo”, o respecto a situaciones de inestabilidad residencial anteriores al último alojamiento estable. De todas maneras, se asume que aquellos individuos que más tiempo han estado sometidos al rigor de la vida en la calle presenten niveles de privación mayores y que, al contrario, los que menor tiempo durmieron en la calle dispongan de mejores condiciones de empleabilidad y mantengan parte de su capital social aún intacto.

En segundo término, se considera una segunda variable que mide la persistencia de situaciones de inestabilidad residencial declaradas por los encuestados. El argumento que funda la hipótesis es similar al recién presentado: mayor persistencia de situaciones críticas en la trayectoria, mayor privación presente. Nuevamente, se define un umbral exigente que distingue entre los individuos que estuvieron, durante sus vidas, menos de dos veces en situación de inestabilidad, de aquellos que estuvieron tres o más veces.

En tercer lugar, se utiliza un indicador de tiempo social (ya no individual) que podría señalar si la ocurrencia de determinados acontecimientos de nuestra historia reciente que anteceden o suceden el inicio de la privación residencial influyen las posiciones actuales. A priori, se supone que el tiempo, a medida que transcurre, opera como amplificador de las consecuencias negativas de un riesgo materializado. No obstante, la relación entre gravedad y persistencia de un riesgo no necesariamente es lineal y positiva. El tiempo no es sólo individual: los tiempos sociales (en especial los hitos colectivos) marcan a fuego los tiempos individuales y condicionan las trayectorias, al menos en dos sentidos. Por un lado, como los ciclos de vida no son iguales, el efecto del tiempo social sobre el tiempo individual no se absorbe en forma uniforme. Por otro lado, tampoco es análoga la estructura de riesgos asociada a cada hito colectivo, por lo que, con independencia del tiempo cronológico transcurrido desde su ocurrencia, el momento de inicio de una trayectoria individual descendente (antes o después del hito) puede dotar de mayores o menores capacidades de adaptación y/o respuesta. Teóricamente, podría ocurrir, por ejemplo, que una caída generalizada en el bienestar de una comunidad (como una crisis

económica) afecte más negativamente a las personas que en ese momento no se encontraban por debajo de un umbral mínimo de necesidades satisfechas que a aquellos que ya vienen de una trayectoria de privaciones. La adaptación a situaciones de precarización de la vida material lleva su tiempo, y por lo tanto, en el corto plazo los “adaptados” pueden correr con una ventaja relativa en relación a los “recién llegados”. El tiempo podría operar, por consiguiente, en la modalidad de dos fuerzas contrapuestas: el “efecto cuantitativo” (el mayor tiempo transcurrido bajo el riesgo materializado profundiza la vulnerabilidad), y el “efecto cualitativo” (la irrupción de un acontecimiento social modifica la posición relativa entre “recién llegados” y “adaptados” al riesgo). La variable que aquí se considera distingue entre los individuos que iniciaron su inestabilidad residencial antes o después el derrumbe económico del 2002. Se trata de evaluar si el advenimiento de la crisis, con independencia de la acumulación cuantitativa, impacta o no en la estructura actual de las privaciones de las personas en “situación de calle” o “sin techo”.

Finalmente, para la dimensión laboral —y en cuarto lugar— se utiliza una variable que informa respecto al tiempo vital ocupado por el encuestado en el mercado de trabajo, construida en base a una razón que tiene en el numerador la sumatoria de la duración de sus tres trabajos principales (descontando los períodos de superposición entre dos trabajos simultáneos), y en el denominador, el tiempo transcurrido desde su primer trabajo y el momento actual. Se opta por una medida relativa para controlar el “efecto edad”, de modo de no penalizar a los más jóvenes, que por haber vivido menos tiempo trabajaron menos tiempo (en términos absolutos). Así, independientemente de la edad de las personas, lo que importa es la proporción de la vida activa que la persona estuvo inserta en el mercado de empleo. Mayores proporciones representan menores períodos de desempleo, más estabilidad en el trabajo y, por lo tanto, mayor integración social.

Las variables de orden

En una trayectoria no sólo importa la naturaleza y el tiempo de las privaciones. También el orden en que se suceden las rupturas, resultado de su interacción en el tiempo, marca el sentido o la secuencia en que se organizan los tránsitos por la “situación de calle” o “sin techo”. La información disponible no

permite avanzar sobre esta cuestión con la profundidad que el tema amerita. Simplemente se ensaya una aproximación, utilizando algunas variables que combinan las dimensiones de riesgo consideradas con los tiempos transcurridos desde el momento de cada ruptura.

En primer lugar, se estudia la ocurrencia temporal de la ruptura laboral con la ruptura residencial. Se toman dos momentos: por un lado, el año en que el individuo estuvo por primera vez inestable respecto a su vivienda y, por el otro, el año en que el individuo perdió su último trabajo (de los tres de mayor duración) realizado en forma asalariada, por cuenta propia con local, o como patrón con personal a cargo. Así, se entiende que una trayectoria de exclusión originada por una privación residencial tiene lugar cuando el año de inicio de la exclusión residencial es anterior a la pérdida de un trabajo relativamente estable y de calidad, y viceversa, una trayectoria originada en el plano laboral supone que la precariedad en la inserción al mercado de trabajo antecede o es simultánea a la pérdida o inestabilidad de una vivienda.

En segundo lugar, similar operación se realiza con la ruptura conyugal y la exclusión residencial. Como indicador de la primera se toma el año de separación con el último cónyuge con el que convivió al menos dos años. Se considera que una trayectoria de privación originada en una ruptura conyugal es aquella en donde el momento de disolución del vínculo es anterior al inicio de la inestabilidad en el plano residencial. A la inversa, el origen residencial de la privación sucede cuando la pérdida de la vivienda es simultánea o anterior a la ruptura conyugal²⁸.

En conjunto, estas variables de trayectoria proveen una serie de factores que influyen en la probabilidad de pertenencia a una u otra categoría operacional de personas en “situación de calle” o “sin techo”, o sea, su posición relativa dentro del campo de las privaciones. La tabla 5 lista los tres tipos de variables (de ruptura, tiempo y orden) y detalla sus niveles de medición.

Tabla 5: Variables ruptura, tiempo y orden de las personas en “situación de calle” o “sin techo”

Tipo de variable	Variable	Medición	
De trayectoria	De ruptura	Nº de integrantes del hogar de nacimiento	Continua
		Características del hogar de nacimiento	Tricotómica (nuclear, compuesto, otra configuración)
		Inserción laboral pasada	Dicotómica (asalariada estable, no asalariada inestable)
		Durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio	Dicotómica (sí, no)
		Situación residencial cuando vivía en la última vivienda estable	Dicotómica (Segura, Insegura)
	De tiempo	Lugar donde se encontraba el último alojamiento estable	Dicotómica (Montevideo, Interior-Exterior)
		Tiempo que estuvo en la calle antes de ingresar al refugio	Tricotómica (no estuvo, menos de un año, más de un año)
		Prevalencia de situaciones de inestabilidad residencial	Dicotómica (dos o menos, tres o más)
	De orden	Inicio de la trayectoria de inestabilidad residencial	Dicotómica (antes crisis, después crisis)
		Tiempo de vida en el mercado de trabajo	Continua (% de 0 a 100)
Orden de sucesión de la privación residencial y la precarización laboral		Dicotómica (primero vivienda, primero trabajo)	
	Orden de sucesión de la privación residencial y la ruptura conyugal	Dicotómica (primero vivienda, primero pareja)	

28 Obviamente, puede suceder que alguna de las privaciones en las dimensiones consideradas no haya ocurrido para algunos individuos. En este caso, se considera la ruptura que sí está presente (la residencial) como antecedente de una privación ausente.

SECCIÓN CUARTA: LOS HALLAZGOS

La clasificación de las variables recién presentadas permite demarcar el espacio desde donde evaluar la información estadística disponible y a su vez ordenar la interpretación de los resultados de esta investigación. La estrategia de análisis se organiza, por tanto, en dos fases con diferentes grados de pretensión analítica:

1. En una primera instancia, se describen (mediante tabulaciones cruzadas) las categorías de personas en “situación de calle” o “sin techo” especificadas en el capítulo anterior (tabla 3). Así, se presenta la distribución de las personas en “situación de calle” o “sin techo” según las variables de “clasificación”, y se indaga en los rasgos sustantivos de cada grupo a la luz de las variables de “caracterización” (tabla 4). Seguidamente, el análisis se concentra en el estudio de las trayectorias correspondientes a cada una de las cuatro categorías, para lo cual se utilizan las variables de “ruptura”, “tiempo” y “orden” (tabla 5).
2. En segundo lugar, se intenta trascender el carácter descriptivo de la fase anterior, interpretando los resultados de un modelo de regresión logística que permite sopesar, para

un individuo que se encuentra en “situación de calle” o “sin techo”, la incidencia de una determinada trayectoria en la probabilidad de inclusión a la categoría con mayor densidad de privaciones frente a la probabilidad de no tener privaciones.

4.1 La descripción

La clasificación de las posiciones

El cuadro 1 muestra la distribución de las personas en “situación de calle” o “sin techo” de acuerdo a su situación laboral y el capital social disponible. Los resultados son elocuentes: más de 2 de cada 3 individuos (el 70,1%) no posee ningún vínculo calificado —familiares que en el mes anterior a la medición hayan asistido con dinero, vivienda o trabajo (y que en el caso de no ser familiares estén integrados al mercado de trabajo)— frente al restante 29,9% que sí lo posee. Por otra parte, casi 3 de cada 5 (el 79,0%) reúne al menos 3 privaciones laborales —esto es, o no trabajan, o lo hacen en la calle con una dedicación menor a las 30 horas semanales, y bajo una relación laboral no asalariada—, en relación al restante 21,0% que registra una inserción laboral favorable (dos o menos privaciones).

De acuerdo a las definiciones operacionales enunciadas, a cada una de las categorías conceptuales de personas en “situación de calle” o “sin techo” le corresponde uno (y sólo uno) de los cuatro conjuntos-intersección generados por la combinación de estas dos variables. De esta forma, el 60,2% no supera ninguno de los dos umbrales establecidos, es decir, no posee ningún vínculo calificado y al mismo tiempo

Cuadro 1: Distribución de las personas en “situación de calle” o “sin techo” de acuerdo a su situación laboral y el capital social disponible

		Situación laboral		Total
		Tres o más privaciones laborales	Dos o menos privaciones	
Capital social	ningún vínculo calificado al menos un vínculo calificado	60,2%	9,9%	70,1%
		18,8%	11,1%	29,9%
Total		79,0%	21,0%	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a CSIC, 2005

reúne al menos tres privaciones laborales; mientras que, en el otro extremo, sólo un 11.1% supera el umbral establecido en la dimensión relacional y simultáneamente presenta una inserción laboral relativamente favorable. El cuadro también muestra la participación de las categorías intermedias, o sea, aquellas que cumplen con uno de los dos requisitos mencionados. Así, el 9.9% tiene dos o menos privaciones laborales a pesar de no poseer ni un solo vínculo calificado, situación contraria a los que presentan una mayor densidad de privaciones en el plano laboral y a la vez poseen al menos un vínculo calificado (18,8% del total).

De este espacio bi-variado surgen las 4 categorías operacionales de personas en “situación de calle” o “sin techo” (Cuadro 2) que serán analizadas a lo largo de este capítulo. Nótese que la participación de cada una de estas categorías en el total de individuos coincide con las intersecciones recién dispuestas. Naturalmente, la privación residencial, en tanto dimensión constitutiva de la población en estudio, es una característica constante (no es una variable), y por ello no aparece representada en el cuadro.

Cuadro 2: Distribución porcentual de las categorías operacionales de personas en "situación de calle" o "sin techo"

Situación de calle o sin techo	Crónica	1	Con Privación Laboral y Relacional	60,2%
	Intermedia	2	Con Privación Relacional	9,9%
		3	Con Privación Laboral	18,8%
	Leve	4	Sin Privación Laboral ni Relacional	11,1%
	Total			100,0%

Fuente: elaboración propia en base a CSIC, 2005

La categoría “privación laboral y relacional” abarca a los que carecen de vínculos calificados y presentan más de tres privaciones laborales. Éstos constituyen la amplia mayoría de las personas en “situación de calle” o “sin techo” (60,2%). En “privación relacional” se incluyen a los que están privados de vínculos pero presentan una inserción laboral favorable; situación contraria a la categoría “privación laboral”, donde se ubican los individuos calificados en vínculos pero con inserción laboral precaria. Estas dos categorías intermedias representan el 9,9% y el 18,8% respectivamente. Finalmente, los individuos integrados al mercado de trabajo y que presentan vínculos calificados conforman la categoría “sin privación laboral ni

relacional”, y constituyen el 11,1% del total de individuos.

La caracterización de las clasificaciones

¿Cuáles son los rasgos principales de cada una de estas categorías? En principio, no es posible aquí caracterizarlas exhaustivamente. No es objeto expreso de este trabajo, y además desviaría la atención que necesariamente debe prestarse al núcleo explicativo de esta investigación: las trayectorias. Simplemente se consideran algunas de las variables que no pueden faltar en la descripción sumaria de una población, junto a otras que son pertinentes con arreglo al objeto en cuestión (Cuadro 3).

En primer lugar, la distribución por sexo presenta algunas diferencias que vale la pena destacar. Sin desglosar por categoría, se observa que las mujeres representan menos de 1/5 del total de la población (18,5%), lo cual alerta sobre cómo las relaciones sociales de género impactan diferencialmente en la acumulación de privaciones residenciales agudas (en este caso, la “situación de calle” o “sin techo”). Posiblemente, las trayectorias de empobrecimiento entre hombres y mujeres siguen rumbos disímiles. Entre los pobres, la reproducción social es competencia casi exclusiva del sexo femenino —de hecho, la mayoría de las mujeres que se encuentran en “situación de calle” o “sin techo” tiene hijos a cargo, y otro tanto tiene pareja— y por lo tanto la matriz de bienestar (o estructura de oportunidades) privilegia las transferencias sobre las mujeres con hijos con miras a garantizar una cobertura mínima de los costos de manutención de los niños. Probablemente, este rol reproductivo también “proteja” a las mujeres frente a un tipo de privación (la residencial) que prácticamente impide su cumplimiento²⁹.

Ahora bien, si se decompone por tipo de privación, se observa que entre las mujeres aumenta la proporción de individuos que no presentan privaciones en el plano laboral (pasa de 9,9% a 24,6% en los que tienen sólo privación relacional, y de 11,2% a 13,9% en los que no presentan privaciones), mientras que entre los hombres la precariedad laboral aumenta (de 60,3 a 61,6% en los que tienen ambas privaciones, y de 18,7 a 21,4% en la categoría privación laboral). De alguna manera, esto sugiere que el género afecta diferencialmente las privaciones de

²⁹ Evidentemente, las afirmaciones recién expuestas merecen un tratamiento pormenorizado que aquí no es posible desarrollar. Por ahora, deben ser tomadas como un conjunto de hipótesis a ser trabajadas en una investigación posterior.

las personas que se encuentran en “situación de calle” o “sin techo”: a pesar de que los hombres son siempre la enorme mayoría, la inserción laboral favorable presenta un sesgo positivo hacia las mujeres. En cuanto a la dimensión relacional, ésta arroja resultados ambiguos, por lo que no es posible realizar conjeturas respecto a su distribución diferencial por género: aumenta entre las mujeres cuando se presenta sola (en la categoría privación relacional), no obstante disminuye cuando ésta aparece simultáneamente

las que presentan un inserción laboral favorable (38,7 años en los que tienen privación relacional, y 41,4 años en los que no tienen privaciones). Si se considera la mitad más joven de la población, se observa que las categorías en donde la privación laboral no está presente aumentan su participación respecto al total, y disminuye el peso de los que sí tienen carencias laborales. Ello sugiere una mayor dificultad para mantener una buena posición en el mercado de trabajo en los más viejos respecto a los más jóvenes³⁰. Por

Cuadro 3: Categorías de personas en “situación de calle” o “sin techo” según variables de caracterización

Variables de caracterización		Total	Categorías de personas en "situación de calle" o "sin techo"				
			Privación laboral y relacional	Privación relacional	Privación laboral	Sin privación laboral ni relacional	
Sexo	Masculino	81,5%	61,6%	6,5%	21,4%	10,5%	100,0%
	Femenino	18,5%	54,70%	24,6%	6,8%	13,9%	100,0%
	Total	100,0%	60,3%	9,9%	18,7%	11,2%	100,0%
Edad (continua)	Media	45,9	47,1	38,7	48,4	41,4	—
Edad (en tramos)	por debajo de la mediana	50,9%	56,2%	12,6%	13,4%	17,8%	100,0%
	por encima de la mediana	49,1%	64,0%	7,1%	24,4%	4,5%	100,0%
	Total	100,0%	60,0%	9,9%	18,8%	11,2%	100,0%
Años de educación formal	Media	7,3	6,8	8,1	7,1	8,2	—
Nivel de educación alcanzado	Ciclo Básico incompleto	66,0%	65,3%	8,9%	16,1%	9,7%	100,0%
	Ciclo Básico completo	34,0%	50,6%	11,7%	23,6%	14,1%	100,0%
	Total	100,0%	60,3%	9,9%	18,7%	11,2%	100,0%
Vínculos con alguna organización colectiva	No tiene vinculación	52,4%	62,2%	11,6%	16,5%	9,8%	100,0%
	Tiene algún tipo de vinculación	47,6%	56,5%	7,6%	21,8%	14,1%	100,0%
	Total	100,0%	59,5%	9,7%	19,0%	11,8%	100,0%
Obtiene bienes de subsistencia por mendicidad o actividad ilegal	No	53,8%	50,2%	14,8%	19,4%	15,7%	100,0%
	Sí	46,2%	72,1%	4,1%	17,8%	5,9%	100,0%
	Total	100,0%	60,3%	9,9%	18,7%	11,2%	100,0%
Pasó por alguna situación de robo, abuso, maltrato o violencia el mes anterior	No	42,5%	51,2%	12,7%	24,2%	11,9%	100,0%
	Sí	57,5%	64,4%	7,9%	15,2%	12,5%	100,0%
	Total	100,0%	58,8%	9,9%	19,0%	12,3%	100,0%
Prevalencia de consumo de drogas	No consumió	50,8%	61,8%	11,9%	11,9%	14,3%	100,0%
	Consumió	49,2%	58,8%	7,7%	25,6%	7,9%	100,0%
	Total	100,0%	60,3%	9,9%	18,7%	11,2%	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a CSIC. 2005

a la privación laboral.

Si se analiza la estructura etario de cada categoría, sucede algo similar a lo que ocurre con el sexo. Las categorías que están por debajo del promedio de edad general (45,9 años) son

30 Por razones de espacio no se analiza la distribución conjunta de sexo y edad, pero evidentemente se deduce que estas dos variables están correlacionadas: el promedio de edad entre las mujeres es de 34,6 años mientras que en los hombres asciende a 48,2.

otra parte, la distribución por edad arroja resultados inciertos cuando se considera la dimensión relacional. Nuevamente, entre los más viejos la proporción de individuos privados de un mínimo de vínculos disminuye cuando esta carencia se presenta aislada, al tiempo que aumenta cuando viene acompañada de la privación laboral.

En tercer lugar, se considera la variable educación, medida de dos distintas maneras, según se adscriba a un tipo de evaluación de los méritos educativos propio de la teoría del capital humano (escala continua), o a la crítica credencialista que focaliza en la obtención de titulaciones mínimas (escala ordinal). Más allá de que el nivel de escolarización resulta en términos generales relativamente bajo —el promedio total es de 7,3 años de educación, y sólo el 34,0% finalizó el Ciclo Básico de secundaria o UTU— se registran diferencias importantes entre categorías. Si observamos el promedio de años de educación, la brecha es notoria. Mientras que los individuos con alta densidad de privaciones (laboral y relacional) tienen como promedio 6,8 años de educación formal (medido en titulaciones, apenas completan la educación primaria), las otras categorías (cualquiera de ellas) superan en por lo menos 1 año esta cifra: los individuos con privación laboral promedian 7,7 años de educación, cifra cercana a los 8,1 años promediados por los que tienen privación relacional. El nivel educativo más alto se observa, lógicamente, en los individuos sin privación laboral ni relacional (8,2 años promedio). Y si ahora se analizan los niveles de titulación, los resultados van en la misma dirección. Entre los individuos que finalizaron el Ciclo Básico de secundaria o UTU el 50,6% presenta privación laboral y relacional, mientras que el 65,3% de los que no finalizaron presenta esta característica. Inversamente, sólo el 9,7% de los menos educados pertenece a la categoría con menor densidad de privaciones, frente al 14,1% que representa esta categoría entre los individuos con mayor nivel educativo. En síntesis, a diferencia del sexo y la edad, donde el sesgo se presentaba por tipo de privación, el capital escolar afecta simultáneamente a las dos dimensiones consideradas. Cuando el nivel educativo desciende, hay alta densidad de privaciones.

La situación no es la misma si se examina el grado de vinculación a organizaciones colectivas (religiosas, ONGs, comedores, ollas populares, etc.). En un nivel general, casi la mitad (47,6%) de las personas en “situación de calle” o “sin techo” participa de algún tipo de actividad colectiva (en general orientada a la obtención de servicios asistenciales). Ahora bien, cuando se desagrega por tipos de privación, es

posible observar cómo la pauta de vinculación institucional se corresponde con el capital relacional disponible (medido a nivel individual): las dos categorías en donde la privación relacional está ausente aumentan su importancia relativa entre los que presentan niveles superiores de adhesión a organizaciones (21,8% para la categoría con privación relacional, 14,1% para la que no registra privaciones). Al contrario, cuando el capital social colectivo desciende, el capital social individual lo acompaña. Esta tendencia da cuenta de cierta articulación entre distintos niveles de dotación de las capacidades relacionales (en el sentido de Sen). Quienes están privados en su capacidad de establecer vínculos en el plano individual son, al mismo de tiempo, los de más baja inserción institucional.

En quinto lugar, es notoria la relación entre la subsistencia en base a actividades de mendicidad (o directamente ilegales) y la acumulación de privaciones. Si la obtención de ayuda a través de la mediación de instituciones u organizaciones se complementa con la disponibilidad de un mínimo de capital relacional, la inserción laboral precaria aumenta entre los individuos que afirman procurarse ropa, comida o dinero pidiendo en la calle o a comerciantes, revisando contenedores, robando o traficando. Así, la proporción de individuos con ambas privaciones es del 72,1% entre los que sí desarrollan estas estrategias, mientras que dentro de los que no lo hacen el peso de esta categoría disminuye al 50,2%; y la proporción de individuos que presentan sólo privación laboral apenas disminuye entre los que sí deben recurrir a estas actividades. No obstante, entre estos últimos, la proporción de individuos que están únicamente privados en el plano relacional o no presentan privaciones es aproximadamente un 10% menor en relación a los que no llevan adelante tales acciones. Dos observaciones deben hacerse a partir de estos datos. Primero, la acumulación de privaciones efectivamente correlaciona con la dependencia que las personas “en situación de calle” o “sin techo” generan con la beneficencia. Segundo, la dotación de un mínimo de vínculos individuales no es suficiente para sustituir el papel que desempeña el trabajo en la subsistencia.

La vulnerabilidad frente a situaciones de riesgo que atentan contra la seguridad física es una característica destacada en la literatura sobre las personas en “situación de calle” o “sin techo”. Y la información disponible parece corroborarlo: el 57,5% del total de individuos declara haber pasado por alguna situación de robo, abuso, maltrato o violencia el mes anterior. Ahora bien, la categoría que reúne ambas privaciones aumenta su importancia entre los que experimentaron tales situaciones (pasa del

58,8% al 64,4%), hecho que estaría revelando que el riesgo de exposición incrementa la acumulación de privaciones. En sentido inverso, las proporciones de las categorías que reúnen alguna de las privaciones consideradas disminuyen (de 9,9% a 7,9% en la relacional, y de 19,0% a 15,2% para la laboral) entre los expuestos al riesgo de violencia física, mientras que la categoría que supone la disponibilidad conjunta de ambos capitales mantiene prácticamente invariable su participación (pasa de 12,3% a 12,5%).

Finalmente (y en séptimo lugar), el consumo de sustancias psicoactivas es otro de los riesgos comúnmente asociados a la acumulación de privaciones. En este sentido, casi la mitad de las personas en "situación de calle" o "sin techo" (49,2%) sostiene haber ingerido alcohol y/u otras drogas ilegales durante el último mes (excluyendo el uso de psicofármacos, cigarrillos y estimulantes "blandos"). No obstante, a diferencia de la exposición a la violencia o maltrato, la mayor prevalencia en el consumo de sustancias no

hace diferencias en el nivel de acumulación de privaciones sino en el tipo de capital disponible. Así, entre los que sí consumieron durante el último mes, la proporción de individuos con privación relacional disminuye de 9,9% a 7,7%. La misma tendencia se registra para las categorías extremas, mientras que el peso de la privación laboral, cuando se presenta aisladamente, aumenta en forma considerable (de 18,7% a 25,6%). Como la privación laboral no siempre aumenta con una mayor prevalencia (la categoría con ambas privaciones incluso pierde participación), no es posible establecer asociaciones razonables entre la inserción laboral y el consumo de sustancias.

Las rupturas de las trayectorias

Un análisis superficial de las rupturas producidas en la dimensión familiar permite constatar que no todas ejercen la misma influencia sobre las distintas categorías de privación. Si atiende a las características del hogar al nacimiento, se observa que tanto la

Cuadro 4: Categorías de personas en "situación de calle" o "sin techo" según variables de trayectoria / ruptura

Variables de trayectoria / ruptura		Total	Categorías de personas en "situación de calle" o "sin techo"				
			Privación laboral y relacional	Privación relacional	Privación laboral	Sin privación laboral ni relacional	
Nº de integrantes del hogar de nacimiento	Media	5,87	6,56	4,89	4,90	4,60	—
Composición del hogar de nacimiento	otra configuración	88,1%	57,6%	9,7%	19,8%	12,9%	100,0%
	compuesto	11,9%	79,8%	7,3%	12,9%	0,0%	100,0%
	Total	100,0%	60,3%	9,9%	18,7%	11,2%	100,0%
Trayectoria laboral	No asalariada con intermitencias	79,2%	65,0%	8,5%	18,6%	7,9%	100,0%
	Asalariada sin intermitencias	20,8%	38,9%	12,8%	22,6%	25,7%	100,0%
	Total	100,0%	59,6%	9,4%	19,4%	11,6%	100,0%
Durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio	No	42,2%	47,2%	13,9%	19,2%	19,7%	100,0%
	Sí	57,8%	69,3%	7,4%	19,2%	4,1%	100,0%
	Total	100,0%	60,0%	10,1%	19,2%	10,6%	100,0%
Situación residencial cuando vivía en la última vivienda estable	segura	65,7%	58,6%	8,9%	18,6%	13,9%	100,0%
	insegura	34,3%	59,2%	12,8%	20,9%	7,2%	100,0%
	Total	100,0%	58,8%	10,2%	19,4%	11,6%	100,0%
Lugar donde se encontraba el último alojamiento estable	Montevideo	81,1%	60,1%	8,9%	18,8%	12,2%	100,0%
	depto. del interior o país extranjero	18,9%	63,2%	14,2%	15,5%	7,1%	100,0%
	Total	100,0%	60,7%	9,9%	18,2%	11,2%	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a CSIC, 2005

estructura familiares como el tamaño del hogar varían según la categoría de privación que se considere (Cuadro 4).

En primer lugar, existen diferencias importantes en el tamaño del hogar: el promedio de integrantes sigue un camino descendente correlativo a la disminución en las privaciones. En este sentido, los individuos con privación laboral y relacional son al mismo tiempo los que tuvieron el hogar más numeroso al nacimiento (con una media de 6,56 integrantes). En un nivel intermedio se ubican las categorías que reúnen una sola privación (con 4,89 y 4,90 integrantes para los que tienen privación relacional y privación laboral respectivamente). En el nivel más bajo, los que no presentan privaciones nacieron en hogares con un promedio de 4,60 integrantes. Los estudios sobre vulnerabilidad social tienden a asociar pobreza con hogares numerosos, teniendo en cuenta que un mayor tamaño del hogar supone una composición mayoritariamente dominada por niños (que deriva en mayores tasas de dependencia) o está relacionado con estrategias de fusión de los hogares tendientes a aumentar los ingresos y realizar economías de escala. Si la acumulación de privaciones es resultado de un camino largo y persistente de empobrecimiento, las condiciones para escapar de la exclusión social no serán las mejores si desde el inicio de la vida el individuo se ve enfrentado a situaciones de vulnerabilidad social. En suma, el hogar de origen —el punto de partida de una trayectoria— forma parte constitutiva de una posición³¹.

En segundo lugar, la composición del hogar de nacimiento parece confirmar la tendencia recién expuesta. Si bien sólo 1 de cada 10 personas en “situación de calle” o “sin techo” nació en hogares compuestos (esto es, donde viven individuos sin relación de parentesco con el jefe de hogar), la distribución no sigue una pauta regular entre privaciones. Así, la proporción de individuos con alta densidad de privaciones es más de un 20% mayor cuando el hogar de origen es compuesto que cuando no lo es, y viceversa, las diferencias siguen un sentido inverso cuando disminuyen las privaciones: los que tienen privación relacional constituyen el 9,7% de los que no provienen de

hogares compuestos, los que tienen privación laboral representan un 19,8%, y los que no tienen privaciones un 12,9%; mientras que entre los que sí provienen de ese tipo de hogar estas categorías representan el 7,3%, 12,9%, y 0,0% respectivamente. Nuevamente, la importante presencia de hogares compuestos en las categorías que actualmente acumulan más privaciones puede ser leída como un indicio de un punto de partida diferencial que condiciona desde el inicio la trayectoria.

En el plano laboral, se dispone de un índice que sintetiza la calidad de la inserción en el mercado de trabajo en los tres empleos más importantes que el individuo declara haber tenido. Evidentemente, las personas en “situación de calle” o “sin techo” con una historia laboral precaria constituyen la gran mayoría (79,2%), teniendo en cuenta el total de individuos. Ahora bien, el desglose por categorías muestra claramente que la acumulación de privaciones se asocia a trayectorias marcadas por la precarización laboral, y a la inversa, el trabajo asalariado sin largos períodos de desempleo mejora las condiciones para enfrentar privaciones residenciales agudas. Así, entre los que presentan historias laborales estables y con presencia de empleos asalariados, sólo el 38,9% reúnen ambas privaciones, las categorías intermedias representan el 12,8% (privación relacional) y el 22,6% (privación laboral), y los que no reúnen privaciones ascienden al 25,7%. Al contrario, entre los que presentan trayectorias laborales precarias la categoría con mayor densidad de privaciones constituye el 65,0%, siendo un 8,5%, 18,6%, y 7,9% la proporción de individuos con privación relacional, privación laboral, y sin privaciones (respectivamente). Pareciera que, con independencia de las dificultades que la “situación de calle” o “sin techo” trae aparejada, parte de las competencias que se generan en el mundo del trabajo, así como el capital social que por él circula, constituyen activos intangibles que más allá de su cuantificación resultan ciertamente duraderos y, por tanto, fundamentales para desenvolverse en escenarios de riesgo social.

En cuanto a la trayectoria residencial, los tres indicadores utilizados van en el sentido de las hipótesis planteadas. Tanto si se considera el momento inmediatamente anterior antes de ingresar al refugio, la situación en que habitaba el último alojamiento estable, o el lugar donde éste se ubicaba, la densidad de privaciones está asociada a la persistencia de situaciones en el pasado caracterizadas por una mayor dificultad en el acceso a una vivienda.

31 El lector atento estará pensando que existe una relación entre el tamaño del hogar de nacimiento y la edad de los individuos, teniendo en cuenta que la categoría con alta densidad de privaciones es, al mismo tiempo, la que registra un mayor promedio de edad. Como la fecundidad ha venido descendiendo en los últimos cincuenta años, una persona vieja tiene mayor probabilidad de haber nacido en un hogar numeroso que una joven. Como no hay espacio aquí para realizar el control de variables pertinente, el lector deberá confiar en que, efectivamente, la relación especificada se mantiene aún dentro de cada grupo etario.

En primer lugar, el 57,8% durmió literalmente en la calle al menos un día durante el mes anterior al ingreso al refugio, lo que significa que el restante 42,2% pudo cubrir aunque sea mínimamente sus carencias habitacionales y evitar quedar a la intemperie en el período crítico. No es una cifra despreciable, si se tiene en cuenta que en general se asocia a los usuarios de los refugios con las personas literalmente “en situación de calle” o “sin techo”. El hecho de que 2 de cada 5 individuos que utilizan los refugios no hayan estado realmente en la calle alerta sobre la necesidad de reformar la nomenclatura utilizada para referirse al fenómeno y enmarcar el problema dentro de las múltiples facetas que presenta el campo de las privaciones residenciales. Ahora bien, la descomposición por categorías muestra diferencias significativas. Entre los que durmieron en la calle antes de ingresar al refugio, más de 2 de cada 3 individuos (69,3%) tiene privación laboral y relacional, mientras que esta característica se presenta en menos de 1 de cada 2 individuos si se considera a los que no durmieron en la calle (47,2%). A la inversa, sólo el 4,1% de los que durmieron en la calle no presentan privaciones, mientras que entre los que sí lo hicieron la cifra asciende al 19,7%. Si se consideran las categorías que presentan una u otra privación, aparecen también algunas diferencias: mientras que la participación de los que tienen privación laboral es similar entre los que durmieron y no durmieron en la calle (19,2%), la proporción de individuos con privación relacional es 6,5% menor entre los que sí durmieron en la calle. Dos lecturas se desprenden de estos datos. Primero, que la acumulación de privaciones laborales y relacionales en el presente se asocia a la gravedad de la privación residencial reciente y que, en sentido inverso, la disponibilidad de ambos capitales correlaciona negativamente con esta. Segundo, que la inserción laboral favorable (los que no tienen privación laboral) registra una menor prevalencia de carencias habitacionales agudas si se presenta sola que cuando se dispone únicamente de cierto capital relacional, por lo que el trabajo parece ser la mejor protección frente a la inminencia de la “situación de calle” o “sin techo”.

En segundo lugar, la situación residencial en la última vivienda estable arroja resultados similares, pero las diferencias se registran entre la disponibilidad de ambos capitales y la presencia de al menos una privación. En un nivel general, vale destacar que sólo un tercio (34,3%) de los individuos vivía en una situación insegura³²

en su último alojamiento estable, frente al restante (65,7%) que habitaba con mínimas garantías de seguridad en la tenencia³³. Ahora bien, si se considera la distribución de las privaciones entre los que habitaban en una vivienda insegura, se evidencia una mayor participación de las tres categorías con al menos una privación en comparación con las proporciones registradas entre los que su tenencia era segura. Sin embargo, la importancia de la categoría sin privaciones disminuye (en un 6,7%) entre los que estaban inseguros respecto a los que no lo estaban. Una tenencia irregular o insegura previa a la “situación de calle” o “sin techo” indica la ocurrencia de un conjunto variado de privaciones residenciales a lo largo de una trayectoria, hecho que —según nuestra hipótesis—erosiona las posibilidades de acumular las diferentes especies de capital consideradas. Y la relación observada entre una mayor presencia de situaciones residenciales precarias en el pasado y la mayor densidad de privaciones en el presente confirma esta presunción.

Finalmente, la presencia de inmigrantes dentro de los usuarios de la red de refugios es considerable: casi una quinta parte (el 18,9%) vivía en algún departamento del interior o en otro país cuando abandonó su último alojamiento estable. Como se indicó en la sección metodológica, la movilidad geográfica supone la ruptura con las redes del contexto social de origen, por lo que el inmigrante se encuentra en peores condiciones para insertarse exitosamente en el mercado de empleo y, sobre todo, disponer de cierto capital relacional. Precisamente, el peso de las dos categorías con privación relacional es mayor entre los inmigrantes que entre los que tenían su último alojamiento estable en Montevideo (3,1% para la categoría con ambas privaciones, 5,3% para la categoría con privación relacional), mientras que los individuos con privación laboral o que no sufren privaciones disminuyen su participación (3,3% y 5,1% respectivamente) entre los inmigrantes en relación a los que no inmigraron. En síntesis, pareciera que las trayectorias marcadas por la movilidad geográfica impactan negativamente en las capacidades de enfrentar las privaciones habitacionales agudas. El desanclaje relacional que la migración significa opera como telón de fondo de este proceso.

32 Habitante en casa de la pareja, invitado en casa de familiares o amigos, ocupante con o sin permiso de una propiedad u ocupante en relación de dependencia laboral.

33 Propiedad o arrendamiento de vivienda.

El tiempo de las rupturas

¿Es el tiempo —como aquí se ha sostenido en reiteradas oportunidades— una dimensión relevante que incide en la determinación del grado y naturaleza de las privaciones? Se supone que la duración y recurrencia de las condiciones que están en el origen de una determinada situación —esto es, la persistencia de los riesgos— amplifica las dificultades para capitalizar relaciones sociales y mejorar la inserción en el mercado de trabajo. Aquí se evalúa si las distintas categorías de personas en “situación de calle” o “sin techo” pueden diferenciarse en base a la persistencia de los riesgos materializados en sus trayectorias (Cuadro 5).

La asociación se produce en sentido inverso cuando se consideran las categorías con una sola privación, pero sobre todo resulta significativa para los individuos que no presentan privaciones: a medida que el tiempo en la calle aumenta, su importancia relativa disminuye sensiblemente (pasa de un 19,7% entre los que estuvieron menos de un mes en la calle a un 5,4% entre los que durmieron en la calle más de un mes y menos de un año, y entre los que estuvieron más de un año directamente no se registran individuos sin privaciones). Estos resultados alertan sobre la influencia que ejerce la persistencia de privaciones residenciales agudas sobre la capacidad de establecer vínculos e insertarse en el mercado de trabajo. Cuanto mayor es el tiempo transcurrido, más

Cuadro 5: Categorías de personas en “situación de calle” o “sin techo” según variables de trayectoria / tiempo

Variables de trayectoria / tiempo		Total	Categorías de personas en "situación de calle" o "sin techo"				
			Privación laboral y relacional	Privación relacional	Privación laboral	Sin privación laboral ni relacional	
Tiempo que estuvo en la calle antes de ingresar al refugio	menos de un mes	65,4%	47,2%	13,9%	19,2%	19,7%	100,0%
	entre un mes y un año	21,2%	67,0%	8,5%	19,1%	5,4%	100,0%
	más de un año	13,4%	75,0%	4,4%	20,6%	0,0%	100,0%
	Total	100,0%	59,7%	10,2%	19,3%	10,7%	100,0%
Cuántas veces estuvo en situación de inestabilidad residencial	2 o menos veces	71,3%	48,7%	12,5%	25,0%	13,8%	100,0%
	3 o más veces	28,7%	84,5%	4,5%	5,2%	5,8%	100,0%
	Total	100,0%	59,0%	10,2%	19,3%	11,5%	100,0%
Inicio de la trayectoria de inestabilidad residencial	antes de la crisis	64,7%	72,0%	4,2%	13,8%	10,1%	100,0%
	durante o después de la crisis	35,3%	36,7%	21,5%	30,0%	11,9%	100,0%
	Total	100,0%	59,5%	10,3%	19,5%	10,7%	100,0%
Tiempo de vida en el mercado de trabajo en relación a la edad (en %)	Media	39	39,5	39,0	45,4	61,2	—

Fuente: elaboración propia en base a CSIC, 2005

En primer lugar, considérese el tiempo que el individuo estuvo en la calle antes de ingresar al refugio³⁴. La relación positiva entre el tiempo en la calle y la acumulación de privaciones es evidente: a medida que la situación se torna persistente, la importancia de la categoría con privación laboral y relacional aumenta (pasa de un 47,2% entre los que estuvieron menos de un mes en la calle a un 67,0% entre los que durmieron en la calle más de un mes y menos de un año, mientras que entre los que estuvieron más de un año la proporción alcanza el 75,0%).

difícil resulta el retorno hacia posiciones relativamente favorables en el plano laboral y relacional, por lo que la salida se vuelve cuesta arriba.

En segundo lugar, más allá de la duración de la última privación residencial aguda (en la que se encuentra el individuo en el momento del relevamiento), importa la acumulación de situaciones de exclusión residencial que la trayectoria condensa. En términos generales, se observa que el 28,7% del total de individuos pasó por situaciones de inestabilidad residencial en por lo menos tres oportunidades. Existe por tanto una porción significativa de personas en

³⁴ La categoría “menos de un mes” de esta variable incluye a los que no estuvieron en la calle.

“situación de calle” o “sin techo” que de modo persistente se enfrenta a diversas modalidades de privación residencial. Ahora bien, no todas las categorías de privación presentan niveles análogos de persistencia. Las diferencias entre la categoría que reúne ambas privaciones y las demás resultan evidentes en este sentido. Entre los que estuvieron dos o menos veces inestables, la privación laboral y relacional se observa en el 48,7% de individuos; pero entre los que pasaron por situaciones de inestabilidad residencial en más de dos oportunidades esta cifra aumenta al 84,4%. Mientras tanto, las categorías con privación relacional, privación laboral, y sin privaciones disminuyen su importancia (7,0%, 19,8%, y 8,0% respectivamente) cuando se incrementa la prevalencia de la inestabilidad residencial en el pasado. Como en otras oportunidades, la diferencia parece radicar en la presencia de algún tipo de capital, frente a su carencia absoluta; mientras que su acumulación no resulta determinante (en términos relativos los que tienen privación laboral disminuyen más su importancia que los que no tienen privaciones cuando se consideran las trayectorias con mayor inestabilidad residencial).

En tercer lugar, pareciera que la ocurrencia de determinados acontecimientos sociales significativos influyen diferencialmente las privaciones, con arreglo a si la exclusión residencial se inicia antes o después del hito colectivo. Como se indicó en el capítulo metodológico, no se trata únicamente de establecer una relación lineal positiva entre la distancia temporal de la ruptura residencial y las privaciones actuales (el efecto “cuantitativo” del tiempo). También importa si la ocurrencia de eventos sociales que modifican las estructuras de riesgo y las matrices de bienestar social marcan puntos de inflexión (en cualquier sentido) en las trayectorias individuales (efecto “cualitativo” del tiempo). La información empírica no es del todo concluyente al respecto, si bien resulta claro que el mayor tiempo en situación de inestabilidad (efecto “cuantitativo”) incrementa el riesgo de acumular privaciones. En relación al total de individuos, se observa que la gran mayoría de las personas “en situación de calle” o “sin techo” (el 64,7%) registran problemas de acceso a la vivienda con anterioridad a la crisis del año 2002, lo cual estaría mostrando con claridad que el fenómeno no responde a situaciones de pobreza reciente, sino que está en general asociado a un tipo de pobreza estructural y persistente. Descomponiendo por nivel y tipo de privación, es notoria la menor proporción de personas con ambas privaciones entre los que sufrieron su primera ruptura residencial después de la crisis (36,7%), en relación a los que

comenzaron antes sus problemas de acceso a la vivienda (72,0%). Esto estaría indicando que el mayor tiempo transcurrido (efecto “cuantitativo”) impacta negativamente sobre las capacidades relacionales y de inserción laboral. La regla opera en sentido inverso si se consideran las otras categorías de privación: los que tienen privación relacional, privación laboral, o no registran privaciones, aumentan su participación entre los que iniciaron su exclusión en el plano residencial durante o después de la crisis. Sin embargo, los cambios más importantes se evidencian en las categorías con alguna privación, mientras que el incremento proporcional de los que no registran privaciones es sensiblemente menor.

Finalmente, si se considera la proporción de la vida activa que la persona estuvo inserta en el mercado de empleo³⁵, las diferencias entre categorías de privación son elocuentes y van en la dirección planteada en las hipótesis. La razón tiempo empleado/tiempo activo expresada en porcentajes es en promedio sólo un 34% para los individuos con privación laboral y relacional. En las categorías intermedias, la razón promedio aumenta a 39% entre los que tienen privación relacional y a 45% entre los que presentan privación laboral. Las diferencias se vuelven notorias cuando se observa a los que disponen de ambos capitales, promediando la razón en un 61%. Evidentemente, porcentajes mayores representan menores períodos de desempleo, más estabilidad en el trabajo y, por lo tanto, mayor integración social. De ahí la brecha entre categorías extremas. Pero incluso las diferencias entre categorías intermedias muestran cómo el capital relacional (que en gran medida se forma en el mundo del trabajo) sobrevive entre los que han estado mayor tiempo insertos en el mercado de empleo.

El orden del tiempo

Resuelta la cuestión de los efectos que las rupturas y el tiempo de las trayectorias producen en las privaciones, es posible incursionar — aunque sea superficialmente— en el orden en que se suceden las rupturas, dado el momento en el tiempo en que cada una se produce. La información disponible resulta insuficiente para abordar este tema en profundidad³⁶. Sin embargo,

35 Como se dijo en el apartado metodológico, el indicador se construye como una razón entre la sumatoria de la duración de los tres trabajos principales (descontando los períodos de superposición entre dos trabajos simultáneos) y el tiempo transcurrido desde su primer trabajo y el momento actual.

36 Para ello, sería necesario aplicar formularios de encuesta que registraran en un calendario de vida los principales eventos biográficos de un individuo para cada una de las

cruzando algunas variables ya consideradas puede establecerse una combinación de tiempos y rupturas que permite obtener un indicio de la secuencia causal que organiza los tránsitos por la "situación de calle" o "sin techo".

En primer lugar, considérese una variable que discrimina entre aquellos individuos que comenzaron sus problemas residenciales con anterioridad a la pérdida del último trabajo asalariado (sin considerar el actual, en caso de que lo tengan), de aquellos otros cuya ruptura es posterior al fin de una relación asalariada. A nivel general, se observa que para un 51,4% del total de individuos la ruptura laboral es posterior al

En segundo lugar, sólo el 37,0% de las personas en "situación de calle" o "sin techo" registran la disolución de un vínculo conyugal con posterioridad al inicio de la exclusión residencial. El restante 63,0% inició su trayectoria con problemas en el acceso a la vivienda, ya sea porque estos anteceden a una ruptura conyugal, porque el vínculo aún se mantiene, o porque directamente nunca tuvieron una pareja estable (más de dos años de duración). De todas maneras, las distintas categorías se distinguen, nuevamente, según el tipo y acumulación de las privaciones. Dos constataciones deben hacerse a partir de estos

Cuadro 6: Categorías de personas en "situación de calle" o "sin techo" según variables de trayectoria / orden

Variables de trayectoria / orden		Total	Categorías de personas en "situación de calle" o "sin techo"				
			Privación laboral y relacional	Privación relacional	Privación laboral	Sin privación laboral ni relacional	
Orden de sucesión de la privación residencial y la precarización laboral	Comenzó antes la privación residencial	51,4%	67,7%	8,1%	16,8%	7,4%	100,0%
	Comenzó antes la privación laboral	48,6%	45,6%	14,0%	24,1%	16,3%	100,0%
	Total	100,0%	59,5%	10,3%	19,5%	10,7%	100,0%
Orden de sucesión de la ruptura conyugal y la privación residencial	Comenzó antes la privación residencial	63,0%	56,2%	12,7%	19,0%	12,0%	100,0%
	Comenzó antes la ruptura conyugal	37,0%	62,3%	7,9%	20,3%	9,5%	100,0%
	Total	100,0%	59,2%	10,4%	19,7%	10,8%	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a CSIC, 2005

inicio de la privación residencial, frente al restante 48,6%, que declaran haber tenido un trabajo precario antes de experimentar la exclusión residencial. Ahora bien, comparando a los que iniciaron sus trayectorias con la pérdida de una vivienda con los que comenzaron luego de una ruptura laboral, se observa que, dentro de esta última, las categorías con una o ninguna privación aumentan su importancia (en un 5,9%, 7,3% y 8,9% para la privación relacional, privación laboral, y sin privaciones), mientras que la categoría con alta densidad de privaciones disminuye su presencia relativa (en un 22,1%). Todo ello estaría indicando que el riesgo de sufrir privaciones aumenta cuando la secuencia de las rupturas en una trayectoria tienen su origen en la privación residencial.

resultados. Primero, que la categoría con mayor densidad de privaciones aumenta su importancia cuando una crisis conyugal antecede el inicio de la exclusión residencial. Es así que entre los que comenzaron antes la privación residencial el 56,2% de los individuos sufre privación laboral y relacional en la actualidad, mientras que entre los que comenzaron la trayectoria con una ruptura conyugal esta categoría representa el 62,3%. Segundo, que las categorías de individuos con inserción laboral favorable (sin privación laboral) registran una mayor presencia de rupturas en el plano conyugal en el origen de sus trayectorias: el peso de las categorías que actualmente disponen de cierta inserción laboral es menor entre los que registran rupturas conyugales en el origen (7,9% en los que tienen privación relacional y 9,5% en los que no presentan privaciones), en comparación con los que iniciaron su trayectoria con problemas residenciales (12,7% y 12,0% respectivamente).

dimensiones de interés. El relevamiento y conteo de las personas en "situación de calle" o "sin techo" realizado recientemente por el PAST - MIDES - INE ensaya por primera vez esa metodología en nuestro país. Lamentablemente, todavía se está en la fase de procesamiento de datos, por lo que no se dispone de resultados que habiliten algún tipo de comentario.

4.2 La predicción

El análisis recién desarrollado podría considerarse suficiente para satisfacer los mínimos requerimientos planteados en el sistema de hipótesis. Así, se ha visto cómo las privaciones de las personas en “situación de calle” o “sin techo” se distribuyen diferencialmente según algunas características y, sobre todo, sus trayectorias. No obstante, la obtención de conclusiones tajantes respecto a la confirmación o refutación de las hipótesis debe ser tomada con precaución cuando se trata de un análisis de relaciones bi-variadas como las recién analizadas. Si bien resulta útil para explorar y discutir las premisas que guían la indagación empírica, un análisis de este tipo acarrea el riesgo de ocultar la presencia de relaciones espurias y, en consecuencia, introducir sesgos (no conocidos) en las estimaciones (Longhi & Fernández, 2002).

Sin desvalorizar los hallazgos obtenidos, en esta sección se discute la hipótesis general de esta investigación, pero ahora utilizando técnicas de análisis multivariado. Una estrategia semejante permite sondear el peso de cada una de las variables estudiadas operando simultáneamente, y controlar así los problemas metodológicos derivados del tratamiento aislado de cada relación entre la variable dependiente (la pertenencia a una categoría de privación) y las variables independientes (de caracterización, ruptura, tiempo y orden). Dadas las características del objeto de esta investigación (las privaciones diferenciales), la técnica más apropiada es el modelo de regresión logística.

Por sus características, los modelos logísticos resultan idóneos para la consecución de dos finalidades analíticas sustantivas: por un lado, permiten cuantificar la relación existente entre cada una de las co-variables (independientes) y la variable dependiente; por el otro, clasifican observaciones dentro de las categorías de la variable dependiente mediante la estimación de la probabilidad de pertenencia a cada uno de ellas, en función de la presencia de determinadas características dadas en las variables predictoras. A diferencia de la regresión lineal múltiple, la variable dependiente es categórica (nivel de medición ordinal o nominal). No se trata entonces de establecer una función lineal que “explique” la variación de la variable dependiente ante un cambio ocurrido en las independientes. Como las observaciones únicamente pueden clasificarse en categorías, la forma funcional que mejor se ajusta no es lineal, sino una función (probabilística y no lineal) que maximiza la probabilidad de pertenecer a una u otra de las categorías (método de máxima

verosimilitud), en base a la distribución de las variables predictoras. Los modelos logísticos, por tanto, buscan “predecir” la variación en el riesgo de ocurrencia de un suceso respecto a su evento complementario.

A continuación se presenta un modelo de regresión logística binomial que predice la variación ocurrida en el riesgo de acumular una mayor densidad de privaciones en razón del riesgo de disponer de ambos capitales, cuando cambian algunas características en las trayectorias. En primer lugar, se explicitan los criterios adoptados para determinar los procedimientos empleados que ajustan el modelo definitivo, y se especifican los resultados que arroja cada uno de los pasos dados. Además, se evalúa la bondad de ajuste del modelo. Seguidamente —y en segundo lugar— se interpreta el signo y la magnitud de los coeficientes de regresión. Se trata de confirmar, aunque sea parcialmente, la hipótesis general que guía esta investigación, a saber, que las diferencias en el capital social y la inserción laboral observadas entre las personas en “situación de calle” o “sin techo” están asociadas a sus trayectorias, de modo que una mejor inserción laboral relativa y una mayor capacidad de vinculación relativa están negativamente relacionadas con la ocurrencia de eventos adversos en su pasado³⁷.

El ajuste del modelo

La especificación del modelo definitivo se realiza en base a una serie de decisiones metodológicas fundadas en consideraciones de naturaleza teórica. Como no es posible evaluar en un único movimiento la incidencia del conjunto de variables estudiadas en las tablas bi-variadas, resulta imperioso definir unos criterios que orienten su introducción en bloques secuenciados. En este sentido, la clasificación tipológica de las variables utilizadas configura una verdadera “hoja de ruta” que organiza los procedimientos de ajuste. Se trata de establecer un principio jerárquico —teóricamente fundado— que sustente la predilección, más allá de lo observado, de un tipo de variable y no de otra. El marco analítico hasta ahora desarrollado presta especial atención a las variables de trayectoria. Ellas son, en teoría, las que “explican” las diferentes privaciones que presentan las

37 En el anexo se realiza un balance respecto a la validez de los resultados que evalúa el riesgo asociado al trabajo con muestras complejas y de escaso tamaño. También se enumeran las decisiones tendientes a disminuir la influencia de dichos riesgos.

personas en “situación de calle” o “sin techo”. El modelo que aquí se ajusta busca, precisamente, predecir la concentración de privaciones (privación laboral y relacional), enfrentada a su categoría opuesta (sin privación laboral ni relacional), por lo que se dará prioridad a aquellas variables que informan sobre las trayectorias (de ruptura, orden y tiempo) frente a las variables de caracterización.

El procedimiento de ajuste se compone de cinco pasos encadenados. En cada uno de ellos (excepto el último, donde se ajusta el modelo definitivo), se utiliza el método “paso a paso” (*stepwise*), que selecciona el modelo óptimo según unos criterios de entrada y salida en la significación de las co-variables (valorada según el estadístico Wald, que contrasta la hipótesis de independencia estadística entre las variables x e y). No es necesario aquí explicar cada una de las operaciones que el software realiza mediante este método. Basta con destacar que el proceso termina cuando ninguna de las co-variables descartadas del modelo cumple el requerimiento de entrada y ninguna de las incluidas cumple el requisito de salida.

Considerando el reducido tamaño muestral, no se opta por una introducción en etapas de la totalidad de las variables disponibles, sino que se corren cinco modelos diferentes que van agregando sucesivamente bloques de variables según las distintas “familias” especificadas³⁸. En primer lugar, se corre el modelo con las variables de “ruptura”. Luego se ajusta un segundo modelo que incluye sólo las variables seleccionadas en el primero, más las variables de “tiempo”. Las que quedan, son incorporadas a un tercer modelo junto a las variables de “orden”. El cuarto modelo incluye a las variables que “sobreviven” a los tres anteriores y las variables de “caracterización”. Finalmente, se ajusta el modelo definitivo.

El primer modelo incluye entonces a las variables de trayectoria pertenecientes a distintas dimensiones de ruptura. Luego de aplicado el método paso a paso, las variables significativas son únicamente tres: “nº de integrantes del hogar de nacimiento”, “inserción laboral pasada”, y “durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio”³⁹. En el

segundo modelo, que incluye además de las seleccionadas aquellas variables propias de la dimensión temporal, se mantienen como significativas las variables “inserción laboral pasada”, y “durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio”, y se le agregan las variables “tiempo de vida en el mercado de trabajo” e “inicio de la trayectoria de inestabilidad residencial”. Las demás quedan excluidas, junto con la variable “nº de integrantes del hogar de nacimiento”, que en el primer modelo se presentaba como significativa⁴⁰. En el tercer modelo, ninguna de las variables de orden resulta significativa, por lo que el cuarto modelo corre las variables de “caracterización” junto a las cuatro variables seleccionadas previamente. El método por pasos devuelve cuatro variables significativas: “inserción laboral pasada”, “durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio”, “tiempo de vida en el mercado de trabajo” y “edad”; quedando excluidas las demás variables de caracterización, además de la variable “inicio de la trayectoria de inestabilidad residencial”, significativa en el segundo modelo. Por último, cuando se ajusta el modelo definitivo con estas cuatro variables, la “inserción laboral pasada” deja de ser significativa, por lo que el modelo puede presentarse como sigue:

$$\text{(Ln)} \frac{\text{Prob}(Y=1)}{\text{Prob}(Y=0)} = \beta_0 + \beta_1 x_1 + \beta_2 x_2 + \beta_3 x_3$$

Donde $Y=1$ significa “privación laboral y relacional”, $Y=0$ “sin privación laboral ni relacional”

Y donde:

β_0 = Constante del modelo.

$\beta_1 x_1$ = Coeficiente de regresión de la variable “durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio”

$\beta_2 x_2$ = Coeficiente de regresión de la variable “tiempo de vida en el mercado de trabajo”

$\beta_3 x_3$ = Coeficiente de regresión de la variable “edad”

El análisis de la bondad de ajuste del modelo sugiere que su comportamiento general resulta satisfactorio. En primer lugar, el χ^2 del modelo final rechaza con claridad la hipótesis nula de que ninguna variable es significativa. En segundo lugar, si se consideran los indicadores de eficiencia predictiva, sustitutos del coeficiente de determinación correspondiente a la regresión lineal, todos arrojan altos valores relativos: 0,300

38 Con el objetivo de ser exigentes en el mantenimiento de las covariables introducidas, se establece una significación a la entrada menor o igual que 0,05 y una de salida mayor o igual a 0,10 para los primeros tres modelos. El cuarto, previo al ajuste definitivo, se realiza con una salida de 0,05.

39 Para la variable “características del hogar de nacimiento” se construye una variable dummy, una por cada categoría. Lamentablemente, no fue posible incluir la variable que discrimina si el individuo nació o no en un tipo de hogar compuesto, ya que discrimina perfectamente una de las categorías de la variable dependiente.

40 Nuevamente, la variable que discrimina si el individuo durmió o no menos de un año en la calle no puede ser incluida, por problemas de predicción perfecta.

para el R^2 de Cox & Snell, 0,409 para el Pseudo R^2 , y 0,516 para el R^2 de Nagelkerke. Ello puede leerse como que el modelo es capaz de predecir entre un 30% y un 52% de la variación en el riesgo de sufrir ambas privaciones frente a la probabilidad de disponer cierto capital relacional y una inserción laboral relativamente favorable. En tercer lugar, la prueba de Hosmer-Lemeshow indica ausencia de significación, lo que implica que la probabilidad esperada se ajusta adecuadamente a la probabilidad observada. En cuarto lugar, la matriz de covarianzas indica ausencia de multicolinealidad entre las variables predictoras, cumpliendo con el supuesto de aditividad exigido en la regresión logística. Finalmente, las tablas de clasificación también arrojan resultados positivos sobre la eficiencia predictiva: fijando en 0,55 el punto de corte, el modelo predice el 88,2% del conjunto de casos válidos (el 92,2% de los casos que presentan privación laboral y relacional, y el 66,7% de los que disponen de ambos capitales).

La interpretación

Como apreciación general, resulta claro que las tendencias observadas en las tablas de contingencia antes presentadas se mantienen incambiables. El cuadro 7 muestra los coeficientes de regresión de cada una de las variables incluidas en el modelo final, junto a sus errores estandar, el nivel de significación alcanzado (que en ningún caso supera el 0,05 normalmente exigido), y el valor exponenciado de los coeficientes (que no son otra cosa que los *odds ratio* o riesgos relativos de pertenecer a una categoría frente a la otra por unidad de cambio en las regresoras). La interpretación que se realiza a continuación examina tanto el signo como la magnitud de los coeficientes⁴¹.

En primer lugar, haber dormido aunque sea un día en la calle antes de ingresar al refugio aumenta la

probabilidad de acumular mayor densidad de privaciones. Así, el sentido de esta relación confirma la hipótesis formulada previamente, a saber: que el mayor contacto con el mundo de calle impacta negativamente en los niveles de acumulación de distintas especies de capital (el coeficiente, de signo positivo, es igual a 2,328). Y el análisis de los *odds ratio* muestra la magnitud de estas diferencias entre los individuos con ambas privaciones y los que disponen de los dos capitales, cuando se presenta la característica estudiada: el riesgo relativo de sufrir las dos privaciones frente a no sufrir ninguna aumenta aproximadamente 10 veces cuando el individuo durmió al menos un día en la calle durante el mes anterior al ingreso al refugio (si es que la edad y el tiempo de vida en el mercado de empleo son constantes).

En consecuencia, la manifestación aguda de la privación residencial constituye un ancla en las capacidades de mantener vínculos con el entorno anterior a la ocurrencia de las rupturas. También disminuye la probabilidad de mantener una inserción relativamente favorable en el mercado de empleo. Conjuntamente, estas carencias erosionan toda posibilidad de obtener un ingreso, y por tanto incrementan la dependencia de los individuos respecto a las políticas asistenciales. En este sentido, dormir literalmente en la calle marca un antes y un después en la trayectoria de una persona “en situación de calle” o “sin techo”: multiplica las posibilidades de acumular otro tipo de privaciones y, al mismo tiempo, obstaculiza la elaboración de estrategias tendientes a revertir situaciones crónicas de vulnerabilidad.

En segundo lugar, el incremento de la edad también aumenta, aunque en menor medida, la probabilidad de acumular privaciones (el signo del coeficiente es positivo, y su valor

Cuadro 7: Regresión logística binomial para la variable “privación laboral y relacional”

	Coefficientes	Errores estandar	Significación	Odds ratios
Tiempo de vida en el mercado de trabajo	-0,051	0,012	0,000	0,950
Edad	0,073	0,023	0,002	1,075
Durmió al menos un día en la calle	2,328	1,106	0,035	10,260
Constante	-0,070	1,179	0,952	

Fuente: elaboración propia en base a CSIC, 2005

41 Debe tenerse en cuenta que, al contrario de la regresión lineal, los coeficientes devueltos por los modelos logísticos no representan tasas de variación constantes entre variables dependientes y predictoras. Así, el sentido de la relación entre estas variables (inverso o positivo) se desprende directamente del signo de los coeficientes, mientras que la fuerza solo puede cuantificarse a partir de su transformación exponencial. Por esta misma razón, la constante (o coeficiente β_0) no tiene importancia en las predicciones resultantes de los modelos logísticos, por lo que su significatividad resulta intrascendente en el proceso de ajuste.

0,073). Así, el aumento de un año en la edad de una persona incrementa en un 7,5% el riesgo de pertenecer a la categoría “privación laboral y relacional” frente a la probabilidad de no tener privaciones (siempre que se mantienen incambiables el tiempo ocupado en el mercado de trabajo y la privación residencial antes de entrar al refugio).

El hecho de que mientras más viejo es el individuo mayor gravedad presenta su privación el ciclo de vida donde se encuentre ubicada la persona condiciona las posibilidades de reconversión de los capitales disponibles. Es razonable suponer que las posibilidades de reorientar funcionamientos básicos, adaptarse a condiciones adversas y desarrollar nuevas capacidades disminuyan frente al deterioro de las condiciones físicas y la acumulación de experiencias traumáticas derivadas de la privación duradera. En este sentido, el impacto que la ruptura residencial genera sobre la creación de capacidades (imprescindibles para la acumulación de distintas especies de capital y la movilización de activos tendientes a superar situaciones adversas) podría no ser igual para individuos de distinta edad.

Finalmente —y en tercer lugar— la relación entre el tiempo de vida empleado en el mercado de trabajo y la acumulación de privaciones actuales presenta, como era de esperar, un signo inverso a las relaciones especificadas para las dos variables anteriores

actual no hace más que confirmar que el lugar en (ahora el valor del coeficientes es de -0,051). En este sentido, cuando aumenta en un punto porcentual la proporción de tiempo ocupado (y las otras variables se mantienen constantes), la probabilidad de pertenencia a la categoría con mayor densidad de privaciones frente al riesgo de disponer de ambos capitales es menor en un 5% a cuando este aumento no se produce.

En definitiva, con independencia de la edad de las personas y la situación residencial previa al ingreso al refugio, una trayectoria de vida marcada por la escasa influencia del desempleo protege a una persona en “situación de calle” o “sin techo” de la pérdida de capacidades fundamentales para mantener un mínimo de vínculos y una inserción laboral favorable en el presente. Ello confirma la centralidad que la bibliografía especializada sobre pobreza y exclusión social le asigna al papel que desempeña el trabajo a la hora de garantizar niveles mínimamente decorosos de vida e integración al tejido social.

SECCIÓN QUINTA:

CONCLUSIONES

Las principales preguntas propuestas en esta investigación se orientaron a la identificación de distinciones relevantes en los perfiles de las personas en “situación de calle” o sin techo”. En este sentido, se interrogó respecto a si las trayectorias de los individuos resultan significativas en la determinación de estas diferencias. Adicionalmente, se propuso indagar respecto a otros atributos que caracterizan a cada uno de estos perfiles. Se trataba de describir el modo en que las trayectorias vitales de estas personas podían agruparse para dar cuenta de diferentes tipos y niveles de privación. Concomitantemente, se enunciaron una serie de hipótesis, que oficiaron en tanto orientadores del proceso de indagación empírica, y que a su vez permitieron precisar con claridad las fronteras del espacio evaluativo desde donde calibrar la consistencia de los hallazgos. En la práctica, se aislaron un conjunto de factores correspondientes a las “historias de vida” de estas personas, y se sondeó su concentración (o dispersión) en torno a las distintas posiciones o estados de privación, adscriptas a un campo delimitado en base a dos dimensiones: la inserción laboral y el capital social.

Cumplida la tarea, es preciso discutir los resultados presentados en el capítulo anterior a la luz de las preguntas de investigación y la hipótesis formuladas. Así, en primer lugar se sintetizan los aspectos descriptivos del análisis: luego de repasar las características generales de la población bajo estudio, se retoma la descomposición por categoría de privación con miras a discutir cada una de las hipótesis específicas y construir una tipología de las personas en “situación de calle” o “sin techo”. En segundo lugar, se contrasta la hipótesis general realizando, en base a un par de ejemplos, una serie de simulaciones que predicen la probabilidad de pertenecer a una u otra categoría de privación, según las características

especificadas en el modelo de regresión logística. Todo ello permitirá, en tercer lugar, recapitular lo trabajado hasta ahora y realizar un balance crítico respecto a las posibilidades de ampliación y alcance de la investigación.

Tipología de las personas en “situación de calle” o “sin techo”

La distribución por sexo de las personas en “situación de calle” o “sin techo” presenta diferencias considerables (4 de cada 5 pertenece al sexo masculino), lo cual sugiere que las trayectorias de empobrecimiento entre hombres y mujeres siguen rumbos disímiles. La edad promedio es de 46 años, y la educación presenta niveles en general bajos. En relación a esta última, sólo 1 de cada 3 obtuvo créditos educativos equivalentes al ciclo básico de secundaria. Algo más de la mitad no tiene vinculación a organizaciones colectivas, aunque éstas sean de neto corte asistencial. Una proporción similar debe recurrir a la mendicidad y/o actividades ilegales para obtener dinero, ropa o alimentos. También 1 de cada 2 individuos declara haber sido víctima de una situación de robo, abuso, maltrato o violencia en el mes anterior.

En el plano familiar, se destaca el hecho de que casi la mitad de las personas en “situación de calle” o “sin techo” nació en hogares extendidos o compuestos, generalmente asociados a situaciones de pobreza. El número de miembros de ese hogar de nacimiento no hace más que confirmar esta constatación (casi 6 integrantes en promedio).

En el plano laboral, las trayectorias muestran niveles agudos y persistentes de desafiliación: 4 de cada 5 individuos presentan historias laborales dominadas por el cuenta-propismo y/o el trabajo no remunerado, sumados

a largos períodos de desempleo. Ello se ve reflejado en las intermitencias o discontinuidades en la actividad laboral que muestran los indicadores: el porcentaje de vida activa efectivamente empleado en el mercado de trabajo apenas supera el tercio del total. La desafiliación persistente también se hace evidente cuando se constata que casi la mitad de estas personas registran una pérdida de empleo asalariado con anterioridad al inicio de la exclusión residencial.

Precisamente, en el plano residencial, las trayectorias también marcan la recurrencia y el encadenamiento sucesivo de numerosas situaciones de precariedad en el acceso a la vivienda. Casi 3 de cada 5 durmieron literalmente a la intemperie en la etapa previa al ingreso al refugio, y 1 de cada 3 lo hizo durante más de un mes. Además, una proporción similar de individuos se encontraba bajo una tenencia insegura en su último alojamiento estable, y algo menos de un quinto migró a Montevideo luego de dejar dicha residencia. Más de 1 de cada 4 personas en “situación de calle” o “sin techo” afirma haber estado 3 o más veces en situación de inestabilidad respecto a su vivienda y, por último, 2 de cada 3 iniciaron sus problemas habitacionales antes de la crisis del 2002.

Ahora bien, a lo largo de esta investigación se ha trabajado con dos grandes dimensiones conceptuales: la inserción laboral y el capital relacional. Ambos ejes de corte fueron introducidos con el objetivo de hacer tajos en el conocimiento sobre una población uniformemente concebida. La intención no fue otra que la de reticular un objeto, hacer estallar sus diferencias, y deconstruir así una mirada que reduce su comprensión a la inapelable evidencia de la carencia residencial. Fue así que se concibió una tipología que distribuye a la población en cuatro categorías operacionales, todas ellas resultantes de la intersección de estas dos dimensiones. Dos de esas cuatro categorías se caracterizan por la ausencia o presencia conjunta del capital social y la inserción laboral (las categorías “extremas”);

las restantes son las categorías aquí denominadas “intermedias”.

La tabla 6 resume los hallazgos resultantes de la interpretación de los cuadros bivariados, que asociaron las distintas variables seleccionadas para el análisis empírico con cada una de las categorías de privación de las personas en “situación de calle o sin techo”⁴². Los signos de más y de menos (+,-) representan una mayor o menor proporción de la característica que aparece a la izquierda del signo. El objetivo de la tabla es simplemente mostrar el sentido de las diferencias. La fuerza de cada relación no está especificada, y por lo tanto cabe alertar que en algunas ocasiones las diferencias no son porcentualmente importantes. Sin embargo, la tabla debe ser juzgada por su valor heurístico: prácticamente todas las relaciones se corresponden con las hipótesis específicas, por lo que contribuyen en gran medida a confirmar la hipótesis general.

En primer lugar, tal como fue enunciado en la hipótesis (a), *el capital social y la inserción laboral están negativamente asociados al pasaje por situaciones de vulnerabilidad social en los primeros años de vida*. El mayor tamaño del hogar de nacimiento, y la importante presencia de hogares compuestos en la categoría con privación laboral y relacional pueden ser interpretados como claros indicios de esta tendencia. En segundo lugar, la hipótesis (b) sostiene que *el capital social y la inserción laboral están asociados negativamente a la presencia de trayectorias*

Tabla 6: Tipología de las personas en “situación de calle” o “sin techo”

Características	Privación laboral y relacional	Sin privaciones
Jóvenes	-	+
Hombres	+	-
Educación formal	-	+
Mendicidad	+	-
Integración institucional	-	+
Privación residencial aguda	+	-
Estabilidad residencial pasada	-	+
Experiencia laboral asalariada	-	+
Tamaño del hogar de nacimiento	+	-
Hogar de nacimiento compuesto	+	-
Inmigración	+	-
Tiempo en el mercado de trabajo	-	+
Tiempo en la calle	+	-
Veces inestable	+	-
Inicio antes de la crisis	+	-
Origen conyugal de la privación	+	-
Origen laboral de la privación	-	+

Fuente: elaboración propia

42 Como el análisis se ha centrado básicamente en la comparación de las categorías extremas, la consideración de las intermedias —por cierto, de gran relevancia teórica— no será tenida en cuenta en estas conclusiones. Tampoco se incluyen las variables que modifican ambas categorías extremas pero en un mismo sentido.

laborales precarias. Una prueba de ello lo constituye el mayor tiempo empleado en el mercado de trabajo, y una trayectoria dominada por trabajos asalariados sin intermitencias, que aparecen como características propias de la categoría sin privaciones. La hipótesis (c) afirma que *el capital social y la inserción laboral están asociados negativamente a la persistencia de situaciones de exclusión residencial*. En este sentido, la manifestación de privaciones residenciales agudas (dormir literalmente en la calle) previo al ingreso al refugio, la tenencia insegura de la vivienda en el último alojamiento estable, un mayor tiempo en la calle, y la acumulación de situaciones de inestabilidad residencial durante su vida, son todos signos inconfundibles de la categoría con ambas privaciones y que, por tanto, confirman la relación esperada. Finalmente, la hipótesis (d) señala que *el capital social y la inserción laboral están asociados positivamente a una secuencia causal de rupturas en donde la privación laboral y la disolución de vínculos familiares anteceden al inicio de la exclusión en el plano residencial*. Aquí las relaciones observadas arrojan resultados ambiguos: la mayor presencia de rupturas laborales sí está presente en la categoría sin privaciones, pero el origen conyugal de la trayectoria destaca entre los que acumulan ambas privaciones.

Agrupando las características positivas que presenta cada categoría, pueden definirse los rasgos distintivos de cada una de ellas. Por un lado, una persona en “situación de calle” o “sin techo” que actualmente carece de vínculos y está desafiado del mercado de empleo puede ser identificada con un hombre de edad avanzada, de escasas credenciales educativas, que recurre a la mendicidad para sobrevivir, carece de vínculos con organizaciones e instituciones, y que durmió en la calle antes de acudir al refugio (y además lo hizo por un tiempo considerable). Su trayectoria también se destaca por una experiencia laboral precaria, la acumulación duradera y reiterada de situaciones de inestabilidad residencial, una mayor propensión a la inmigración, y la procedencia de hogares numerosos con arreglos compuestos.

Contrariamente, una persona en “situación de calle” o “sin techo” que actualmente dispone de vínculos y una inserción laboral favorable puede ser identificada, aunque en menor medida, con un hombre, preferentemente más joven que el individuo anterior, con un mayor nivel de educación formal, una menor dependencia de la mendicidad o la actividad ilegal, mayor integración institucional, y que no tuvo que dormir en la calle antes de ingresar al refugio (o que si lo hizo, fue por un breve lapso de tiempo). La experiencia laboral está caracterizada por una

mayor presencia del empleo asalariado, con cortos períodos de desempleo. Además, su trayectoria residencial no registra tantas privaciones (estuvo pocas veces inestable, y su último alojamiento se encontraba en Montevideo, bajo tenencia segura). Por último, su hogar de origen presenta niveles inferiores de vulnerabilidad.

El peso de la trayectoria

La hipótesis general de este estudio sostiene que *tanto las diferencias en relación a la calidad y número de vínculos (capital social) como las diferencias en relación a la inserción en el mercado de trabajo de las personas en “situación de calle” o “sin techo” están asociadas a sus trayectorias, de modo que una mejor inserción laboral relativa y una mayor capacidad de vinculación relativa están negativamente asociadas a la ocurrencia de eventos adversos en su pasado*. La confirmación de las hipótesis específicas contribuyen a dar respuesta a las principales interrogantes de esta investigación y arrojan indicios favorables a la confirmación de nuestra hipótesis general. No obstante, no hay garantías de que las relaciones estudiadas operen conjuntamente. La ausencia de un control sistemático de variables, necesario para la eliminación de relaciones espurias, podría precipitar conclusiones infundadas.

Para contrastar ese enunciado, se realizan dos simulaciones que, partiendo del modelo de regresión logística, predicen la probabilidad de pertenecer a las categorías polares estudiadas. Considerando los coeficientes devueltos en el modelo, la ecuación resultante podría formularse como sigue:

$$\begin{aligned} & \text{Prob(privación laboral y relacional)} \\ (\text{Ln}) \frac{\text{Prob(privación laboral y relacional)}}{\text{Prob(sin privaciones)}} = \\ & = (-0,051)\text{Tiempo-trabajo} + (0,073)\text{Edad} + (2,328) \text{Durmió-en-calle} \end{aligned}$$

Por lo tanto, sabemos que el antilogaritmo (exp) del primer término de la ecuación es igual a la razón de probabilidades, llamado también riesgo relativo u *odds*. Tenemos también que:

$$\text{Prob} = \frac{\text{odds}}{1 + \text{odds}}$$

En consecuencia, aplicando la fórmula de la primera ecuación es posible obtener la razón de ventajas, y es a partir de esta última que se calcula la probabilidad de pertenecer a cada una de las categorías. Consideremos dos ejemplos.

En primer lugar, supóngase que una persona de 46 años de edad (el promedio) durmió al menos un día en la calle antes de ingresar al refugio, y estuvo solamente el 25% de su vida activa empleado en el mercado de trabajo. ¿Qué riesgo existe de que esta persona presente alta densidad de privaciones? ¿Y cuál es la probabilidad de que disponga de vínculos calificados y al mismo tiempo disponga de una inserción laboral favorable? Aplicando las fórmulas tenemos que:

$$(\text{Ln}) \text{ odds} = (-0,051)25 + (0,073)46 + (2,328) 1 = 4,381$$

$$\text{odds} = \exp(4,381) = 79,91$$

$$\text{Prob (privación laboral y relacional)} = \frac{79,91}{1 + 79,91} = 0,99$$

$$\text{Prob (sin privaciones)} = 1 - 0,99 = 0,01$$

Considérese ahora una segunda persona, de la misma edad, pero que no durmió en la calle antes de entrar al refugio, y que trabajó el 75% de su vida activa. ¿Cuál es el riesgo de que esta persona presente privación laboral y relacional, y cuál la probabilidad de que disponga de ambos capitales? Nuevamente, se calcula:

$$(\text{Ln}) \text{ Odds} = (-0,051)75 + (0,073)46 + (2,328) 0 = 0,518$$

$$\text{Odds} = \exp(-0,518) = 0,60$$

$$\text{Prob (privación laboral y relacional)} = \frac{0,60}{1 + 0,60} = 0,37$$

$$\text{Prob (sin privaciones)} = 1 - 0,37 = 0,63$$

Si comparamos los dos casos, las diferencias se vuelven evidentes cuando cambian las características de las trayectorias. Así, manteniendo la edad constante, la probabilidad de sufrir ambas privaciones disminuye de 0,99 a 0,37 cuando el individuo aumenta en 50 puntos porcentuales el tiempo de vida ocupado en el mercado de empleo y al mismo tiempo pasa de haber dormido en la calle a no haber dormido. Concomitantemente, la probabilidad de disponer ambos capitales aumenta de 0,01 a 0,63 bajo las condiciones descriptas.

La simulación de posibles escenarios podría seguir indefinidamente. Incluso cabría realizar comparaciones, pero variando solamente uno de los dos indicadores de trayectoria previstos en el modelo. De todas maneras, basta con estos dos ejemplos para ilustrar la proposición más sustantiva de esta monografía, a saber: que la ocurrencia y acumulación de

eventos adversos en las trayectorias de las personas “en situación de calle” o “sin techo” (en este caso, una inserción precaria en el mercado de trabajo y el hecho de haber dormido literalmente en la calle) empeoran la inserción laboral relativa y la capacidad de vinculación en el presente, tal como sostiene la hipótesis general formulada.

Reflexión final: el riesgo del reduccionismo

Los resultados a los que arribó este estudio no deben ser tomados como un punto final. A pesar del esfuerzo realizado por alcanzar niveles adecuados de precisión conceptual y formalización metodológica, la propuesta desarrollada no puede ser considerada más que un movimiento innovador y, sobre todo, atrevido; una apuesta creativa por trascender las barreras de lo inmediatamente imaginable respecto a un fenómeno —si bien nada novedoso— crecientemente problemático. Las pretensiones de rigurosidad no escapan a una realidad que rompe los ojos: la debilidad manifiesta de la información estadística disponible, y la inexistencia casi absoluta de otros estudios que habiliten la realización de comparaciones y establezcan parámetros tendientes a elaborar un juicio sustantivo respecto a la validez de las explicaciones.

De todas maneras, la huella “deconstructiva” que deja esta investigación quizás sea suficiente para justificarla. En este sentido, los futuros estudios no deberán pasar por alto la necesidad de considerar a este tipo de población —que articula privaciones tremendamente complejas— desde una perspectiva que habilite la heterogeneidad de perfiles, prestando particular atención a la acumulación y diversidad de privaciones forjadas en el devenir de sus trayectorias. Bajo esta premisa, las nuevas iniciativas deberán lidiar con un desafío de conceptualización mayúsculo: comprender a una población que linda en las fronteras de las categorías tradicionalmente utilizadas en la investigación académica sobre la pobreza y la exclusión social.

Tampoco la política podrá quedar al margen. El desafío principal en esta esfera consistirá en no desatender las implicancias de una mirada que, por sus características, exige una atención pormenorizada de los elementos que rigen la distribución diferencial de las privaciones, así como de las condiciones que la producen.

ANEXO:

LIMITANTES A LA VALIDEZ DE LA INVESTIGACIÓN

El lector que, interesado por las conclusiones de este estudio, haya llegado hasta el final, se preguntará por qué después de las conclusiones el autor se empeña obstinadamente en destacar sus puntos débiles. La respuesta es sencilla: la validez de una investigación solo puede ser juzgada en la medida en que explicitan las dificultades que se hicieron presentes en el proceso de indagación empírica, así como las decisiones tendientes a controlar y desafectar (lo más posible) dichas limitaciones.

Así, esta investigación se desarrolla en el marco de una tensión permanente: por un lado, la ambiciosa pretensión de asignar valor predictivo al marco analítico elaborado (junto con las herramientas estadísticas que lo acompañan); por el otro, las evidentes restricciones derivadas de la base empírica. El trabajo finalmente desarrollado prioriza lo primero sobre lo segundo, liberando al máximo el potencial de la propuesta de investigación y evitando recortar la innovación conceptual. No obstante, semejante decisión implica forzar al extremo la información estadística disponible y reducir la confiabilidad de las conclusiones.

Aquí se realiza un balance de algunas cuestiones relacionadas con el tratamiento de la información empírica disponible, muchas veces desatendidas en el desempeño profesional. En primer lugar, se reflexiona sobre las limitaciones (tanto tecnológicas como metodológicas) que presenta el análisis multivariado desarrollado, dadas las características del diseño muestral utilizado. En segundo lugar, se finaliza con un comentario referido a la validez de la utilización de encuestas estandarizadas en los estudios sobre pobreza y exclusión.

Sobre la regresión logística en muestras pequeñas con casos ponderados

Lamentablemente, las características de la información disponible imponen limitaciones a la aplicación de técnicas multivariadas como la regresión logística. Entre otras, se destacan el reducido tamaño muestral y la complejidad de su diseño.

En relación a lo primero, una muestra pequeña supone que las variables observadas se alejen de distribuciones normales y que los casos atípicos tengan una influencia importante, lo que hace más probable que el modelo devuelva coeficientes de estimación exagerados, errores estándar elevados, e intervalos de confianza más amplios. Además, la probabilidad de que una co-variable prediga perfectamente cada una de las categorías de la variable dependiente aumenta en los modelos con muestras pequeñas. El problema se agrava cuando una de estas categorías está poco representada (como sucede en esta ocasión) en el total de la población, y cuanto mayor es el número de variables introducidas. La existencia de celdas vacías en las tablas de contingencia creadas durante el procesamiento de datos también alertan sobre la calidad de los diversos test de significación en los que se apoya la evaluación de un buen ajuste del modelo. A modo de ejemplo, el cálculo de un χ^2 , esencial en diversas pruebas de hipótesis, exige al menos 5 observaciones esperadas para cada celda de una tabla de contingencia.

Todo ello obliga a ser conservadores en el número de variables a incluir en el modelo, de modo de disminuir el número de casos inválidos (*missings*) acumulados por la combinación de variables, y minimizar en la medida de lo posible las debilidades enunciadas. De todas maneras, aún teniendo presente estas precauciones,

algunas variables —como se mostró— quedaron estrechamente asociadas a la variable dependiente. Es que cuando se introduce una variable que predice perfectamente una categoría, los dos programas de procesamiento estadístico utilizados (el SPSS y el Stata) detienen la rutina de iteración para el cálculo de estimaciones de máxima verosimilitud (el denominador de los *odds ratio* se hace 0). En consecuencia, los programas la excluyen automáticamente del modelo o en su defecto comunican un error de cálculo.

La complejidad del diseño muestral constituye la segunda gran limitante del análisis multivariado desarrollado. Como ya se mencionó en el capítulo metodológico, dado que los individuos presentan probabilidades desiguales de selección al momento de la medición, se pondera cada una de las observaciones por el inverso de la probabilidad de inclusión muestral. Ahora bien, los paquetes estadísticos más utilizados carecen de todas las herramientas necesarias para la estimación con muestras estratificadas y ponderadas, lo cual conduce a una encrucijada de difícil resolución.

Por un lado, si se incluyen los ponderadores, es posible estimar los coeficientes de regresión con la correspondiente significación de las variables regresoras, pero no se disponen de tablas de clasificación y medidas de bondad de ajuste. En especial, con una muestra ponderada, el SPSS calcula los coeficientes de regresión en base al tamaño de la población, y no de la muestra. El valor de los coeficientes es similar, ya que la distribución multivariada se mantiene incambiada, pero se sobre-estima la significación de las variables que pueden ser incluidas en el modelo, dado que dependen en gran medida del tamaño muestral. En cambio, el Stata tiene herramientas específicas para la estimación de coeficientes con muestras complejas. Por otro lado, si se pasan por alto los ponderadores muestrales es posible realizar todos los pasos imprescindibles para un buen ajuste del modelo, pero se sobreestiman (por defecto y sin controlar) las características de las observaciones con mayor probabilidad de inclusión, incumpliendo un principio básico de las muestras probabilísticas: la probabilidad conocida de selección muestral.

automáticamente excluidas, a pesar de estar

La estrategia finalmente elegida es mixta: en una primera etapa, el procedimiento de inclusión de variables que llevan al modelo definitivo se realiza en base a la muestra ponderada; seguidamente, se juzga su bondad de ajuste sin considerar las ponderaciones. De todas maneras, ello introduce una mayor imprecisión en los resultados obtenidos.

Sobre las encuestas con poblaciones vulnerables

Es preciso alertar sobre la utilización de encuestas estandarizadas para el estudio de esta población. Sabido es que un instrumento de este tipo pierde confiabilidad cuando se lo aplica a poblaciones con bajos niveles de educación y (previsiblemente) sometidos a condiciones (psíquicas y físicas) adversas. A ello se le agrega la relación clientelar generada entre el refugio y su usuario: en forma tácita, el primero exige del segundo la aceptación irrestricta de todo tipo de cuestionario a cargo de un “especialista” a cambio, obviamente, de un servicio asistencial “gratuito”. Todo ello complejiza aún más el contrato que habitualmente se establece en una situación de encuesta y plantea dudas respecto a la confiabilidad del instrumento. De todas maneras —y esto no justifica en nada lo expuesto—, no es un problema que atañe exclusivamente a esta investigación: basta con mirar el conjunto de evaluaciones que se realizan en el campo de las políticas sociales y los estudios sobre pobreza para encontrar, en mayor o menor grado, condicionamientos de esta naturaleza.

En definitiva, a la luz de las limitaciones recién expuestas, las conclusiones de este estudio deberán ser evaluadas preferiblemente por su carácter heurístico. La replicabilidad de la presente investigación (necesaria para la acumulación académica en condiciones de ciencia normal) no dependerá estrictamente de la mayor o menor veracidad de los resultados (mucho menos del grado de falsabilidad de los enunciados observacionales), sino más bien de la capacidad del marco analítico para incentivar nuevas indagaciones, bajo condiciones adecuadas de generalización.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, I.; Crossan, B. (2004): "Pathways out of Homelessness: Self Build as an Employment-Led Strategy". Paper to be presented at the ENHR Conference July 2nd - 6th 2004. University of Cambridge, UK.
http://www.enhr2004.org/workshops/workshop_4.asp
- Granovetter, M. (1994): "Toward a Sociological Theory of Income Difference". En: Gursky, D. Ed. (1994) "Social Stratification: Class, Race and Gender in Sociological Perspective". Westview Press: Boulder.
- Agresti, A. (1996): "An Introduction to Categorical Data Analysis". Wiley-Interscience Publications. New York.
- Atkinson, A. (1998): "Exclusion, Employment and Opportunity". CASE Paper 4. London School of Economics.
<http://sticerd.lse.ac.uk>
- Bourdieu, P. (1991): "La distinción. Criterio y bases sociales del gusto". Taurus. Madrid. Ed. (1979)
- Bourdieu, P. (1997): "Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción". Anagrama. Barcelona. Ed. 1994
- Bourdieu, P. (1999): "La miseria del mundo". Fondo de Cultura Económica de Argentina. Bs. As. 1ª Ed. 1993
- Bourdieu, P.; Wacquant, L. (1995): "Respuestas por una antropología reflexiva". Grijalbo S.A., México, D.F.
- Busso, G. (2001): "Vulnerabilidad social: nociones e implicancias de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI", documento presentado en el Seminario Internacional "Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe" (Santiago de Chile, 20 y 21 de junio). CELADE - División de Población.
<http://www.eclac.cl>
- Cabrera, P. (1998): "Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid". Universidad Pontificia de Comillas. Madrid.
- Castel, R. (1997): "La Metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado" Paidós. Buenos Aires.
- CEPAL (2002) "Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas." a. Síntesis y conclusiones. b. Capítulo1. CELADE - División de Población - Comité Especial sobre Población y Desarrollo.
<http://www.eclac.cl>
- Ciapessoni, F. (2006): "Hombres que quedaron en la calle: un acercamiento a las bases que fundamentan su realidad". Tesis de grado de la Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar. Disponible en biblioteca. Montevideo.
- Coleman, J. (1988): "Social Capital in the Creation of Human Capital". American Journal of Sociology. Vol. 94.
- Filgueira, C. (2001): "La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina". En: "Serie: Políticas Sociales", nº 51. CEPAL - División de Desarrollo Social, Santiago de Chile.
<http://www.eclac.cl>
- Filgueira, C.; Peri, A. (2004): "América Latina: los rostros de la pobreza y sus causas determinantes". En "Serie población y desarrollo", nº 54. CELADE - División de Población. Santiago de Chile.
<http://www.eclac.cl>
- Fitzpatrick, S.; Kemp, P.; Klinker, S. (2000): "Single homelessness. An overview of research in Britain". The Policy Press and the Joseph Rowntree Foundation, UK.
<http://www.crashindex.org.uk/overview.html>
- Gujarati, N. (2004): "Econometría". McGraw-Hill Interamericana. México.
- Kaztman, R. (1999): "Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay." Oficina de CEPAL en Montevideo.
<http://www.eclac.cl>

- Kaztman, R.; Retamoso, A. (2005): "Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo". Revista de la CEPAL 85.
<http://www.eclac.cl>
- Longhi, A.; Fernández, T. (2002): "Dinámica y determinantes de la pobreza. El caso uruguayo en el período 1991-2000". Informe de investigación n°31. Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR.
<http://www.fcs.edu.uy>
- Marpsat, M. (2005): "Constructing Understandings of Homeless Populations (CUHP). A European network on homelessness". Paper to be presented at the ENHR Conference. July 2nd - 6th 2004. University of Cambridge, UK.
http://www.enhr2004.org/workshops/workshop_4.asp
- Meert, H.; Edgard, B.; Doherty, J. (2004): "Towards an operational definition of homelessness and housing exclusion". Paper to be presented at the ENHR Conference. July 2nd - 6th 2004. University of Cambridge, UK.
http://www.enhr2004.org/workshops/workshop_4.asp
- Meert, H.; Maurel, E.; Wolf, J.; Nicholas, S.; Maas, R.; Koch-Nielsen, I.; Christensen, I.; Cabrera, P. (2003): "The changing profiles of homeless people. Macro social context and recent trends". European Federation of National Organisations Working with the Homeless.
<http://www.feantsa.org/>
- Sen A. (1999): "Nuevo examen de la desigualdad". Alianza Editorial. Madrid. 1ª ed. 1992.
- Sen A. (2000): "Social Exclusion: concept, application, and scrutiny". En "Social Development Papers", n°1. Office of Environment and Social Development, Asian Development Bank.
http://www.adb.org/Documents/Books/Social_Exclusion
- Tilly, C.; Tilly, C. (1998): "Work Under Capitalism". Westview Press. UK.
- Tosi, A. (2004): "Demographics and trends of the homeless population in Italy: point-in-time studies". Paper to be presented at the second CUHP Conference. UE-CUHP (Constructing Understanding of the Homeless Population), Madrid.
<http://www.cuhp.org>
- Tosi, A. (2005): "Dynamic perspective on homelessness: a few questions". Paper to be presented at the third CUHP Conference. UE-CUHP (Constructing Understanding of the Homeless Population), Copenhagen.
<http://www.cuhp.org>
- Wacquant, L. (2001): "Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio". Manantial. Buenos Aires.gy. Vol. 9